

LA RECEPCIONISTA QUE SABÍA HOLANDÉS

CRISTINA PÉREZ FEITO



LA RECEPCIONISTA QUE SABÍA HOLANDÉS

CRISTINA PÉREZ FEITO



© Cristina Pérez Feito

@chicatalla44

Imagen de cubierta: Pexels. Pixabay

Sinopsis: María, recepcionista florero de un elegante edificio de oficinas en La Castellana, ve cómo todo su mundo se viene abajo en un solo día: pierde su trabajo, su pareja y la casa donde vive en apenas unas horas. "Un cambio de aires no es forzosamente malo", piensa para consolarse. Pero eso solo es cierto si no te persigue un policía corrupto y la prensa del corazón, si no guardas documentación de alto secreto en tu zapato y si evitas enamorarte de la única persona que te está ayudando en todo ese caos: un tranquilo funcionario del INEM de profundos ojos verdes.

Índice

- [1. El peor lunes de mi vida](#)
- [2. Se veía venir](#)
- [3. Hay que comer](#)
- [4. Churros](#)
- [5. Rumbo a Zara](#)
- [6. El INEM](#)
- [7. Julián](#)
- [8. Oasis](#)
- [9. Miedo y muelles en la espalda](#)
- [10. Registro](#)
- [11. Caldo caliente](#)
- [12. Antonella](#)
- [13. No pensar](#)
- [14. Alexandra](#)
- [15. La llave](#)
- [16. La Idiota](#)
- [17. Una cara bonita](#)
- [18. La pausa](#)
- [19. José Luis](#)
- [20. El mejor partido](#)
- [21. En falso](#)
- [22. Visitas](#)
- [24. Amsterdam](#)
- [25. Lunes](#)

1. El peor lunes de mi vida

No me gustan los lunes ni los zapatos de tacón. Mejor dicho: no me gustan los lunes y me siento ridícula con zapatos de tacón. No sé andar con ellos, me tambaleo, siento que llamo demasiado la atención y además me producen dolor de pies. Prefiero ir por la vida pisando firmemente el suelo y sin el riesgo continuo de dejarme los dientes en la acera. Pero sí que me gustan en otras personas. Cuando veo mujeres con zapatos de tacón que saben llevarlos me resultan elegantes y tremendamente sexis. Pero no para mí.

En cambio, los lunes no me gustan, ni para mí ni para nadie. En ninguna circunstancia. Ni en vacaciones. Ni en Navidad. Nunca. Así que el peor día de mi vida tenía que ser un lunes.

El lunes en que empezó toda esta historia me ocurrieron tantas cosas que, incluso pasado el tiempo, me sigue resultando increíble cómo pudo pasar todo aquello en un solo día. Incluso tratándose de un lunes.

Aquel lunes empezó normal. El despertador sonó a las siete de la mañana, lo paré rápidamente para no despertar a Jacobo y después hice el esfuerzo sobrehumano habitual para no volver a quedarme dormida inmediatamente. El despertador de Jacobo suena a las ocho, momento en que yo casi tengo que estar en la oficina, ya que ficho a las ocho y cuarto.

Desayuné mi café de siempre de la cafetera pija que compró Jacobo pese a mi rotunda opinión en contra, le puse medio azucarillo y me comí la magdalena de siempre. Una sola, para no engordar. Me duché, me peiné y me maquillé, me puse el uniforme y me fui a trabajar sin besar a Jacobo para no despertarle. Todo normal. Quizá demasiado normal, pero no me di cuenta de eso hasta mucho después.

Llegué al trabajo como todos los días, fiché, saludé rápidamente a mi compañera y me coloqué en mi puesto. Estaba en la recepción de un elegante edificio de oficinas en el Paseo de La Castellana de Madrid, en una de esas torres que tienen tornos de entrada como si fueran el metro y en donde las visitas se vuelven locas con las tarjetas imantadas que no saben por dónde meter pero no quieren que se les note.

Mi trabajo diario consistía en atender llamadas telefónicas en inglés, francés y español, recibir a las visitas y entregarles las tarjetas imantadas para

que pudieran entrar en el edificio - o al menos intentarlo -; explicarles en inglés, francés o español por dónde tenían que meter la tarjeta y dónde estaba el ascensor y saludar con una sonrisa inexpresiva a todo el que entrara o saliera. En definitiva, el trabajo de mi vida.

Aquel lunes fatídico ni se me había pasado por la cabeza que pudiera dedicarme a otra cosa mejor que a ser recepcionista de un edificio elegante de La Castellana. Llevaba cinco años sentada en la misma silla negra y metalizada de diseño italiano y no veía ningún motivo para levantarme de ella.

¿Ambiciones en la vida? Sin estudios universitarios y procediendo de un modesto pueblo manchego donde mis padres todavía se dedican al campo, estar sentada en una recepción elegante con un ajustado uniforme azul oscuro de chaqueta y falda, un apretado moño y mucha laca me parecía más que suficiente. Y todo hubiera seguido así de bien si no hubiera sabido holandés.

No es que me guste ser un florero, aunque sea un florero sonriente y multilingüe, simplemente me parece un trabajo cómodo y bastante agradable, sin demasiado estrés ni preocupaciones y relativamente bien pagado. Y soy realista con mis posibilidades.

Soy una chica delgada, de estatura media, bastante guapa y más o menos culta, a base de haberme empapado de libros y películas. Luzco bien en traje oscuro y hablo cuatro idiomas, así que mis opciones laborales fundamentales son recepcionista o azafata, en cualquiera de sus modalidades. Y creo que el conocer tu lugar en el mundo es un paso básico para estar mínimamente bien en tu piel. Salvo cuando se va todo al garete, tu lugar en el mundo desaparece bajo tus pies y no puedes agarrarte a nada. Y todo por saber holandés.

El porqué de saber esta lengua tan poco común tiene una explicación curiosa. Cuando llegué a Madrid procedente de mi pueblo, mi intención era estudiar un módulo de secretariado y aprender idiomas. Las carreras superiores estaban descartadas, ya que necesitaba encontrar trabajo enseguida para poder pagarme los estudios y no me podía permitir estar en clase demasiadas horas ni escoger estudios muy largos y de futuro laboral dudoso. Sencillamente, no podía tirar de la economía de mis padres más que durante unos meses.

Por eso, me matriculé en un curso de secretariado y busqué academias de idiomas. Pero no podía pagarme las dos cosas. Entonces alguien me habló de la escuela oficial, que era barata, tenía buen nivel y título homologado, así que hacia allí me encaminé.

Como ya me habían advertido, en la escuela me dijeron que conseguir

plaza en inglés y francés era realmente complicado. Me explicaron que, una vez se conseguía plaza en un primer idioma, por raro que fuera, entrar en el resto era mucho más fácil. Así que escogí holandés. En qué momento.

Mi objetivo era aprobar el primer curso para poder matricularme al año siguiente de inglés y francés y olvidarme del holandés, pero resultó que el profesor, los compañeros e incluso el idioma me fascinaron, por lo que no lo dejé cuando tenía previsto. Estudié los tres idiomas, de modo que tengo un nivel muy alto de inglés y francés, pero sobre todo de holandés, el único idioma que estudié porque me dio la gana. El holandés nunca me abrió ninguna puerta, ni nunca esperé que lo hiciera, pero lo que tampoco me imaginé es que fuera a cerrármela en las narices.

Volviendo al lunes fatídico, sobre las diez de la mañana entró en la centralita una llamada internacional. Era un cliente para la consultoría de la cuarta planta, una empresa especialmente cargante en la que cada dos por tres alguien se quejaba de algo. El cliente -- holandés -- me preguntó por uno de los directivos de la consultoría, que tenía la particularidad de no contestar al teléfono nueve de cada diez veces. Como el cliente me hablaba en inglés, yo le respondí en el mismo idioma, aunque por el prefijo y el acento del tipo estaba claro cuál era su lengua materna.

Por no cambiar de costumbres, el directivo de la cuarta planta no respondió al teléfono, y así se lo dije al cliente en inglés. El holandés pareció bastante contrariado, y me pidió -- en inglés - que volviera a intentarlo.

Lo hice hasta cinco veces, todas las que me lo solicitó. El cliente estaba cada vez más irritado, pero también yo empezaba a enfadarme. Entendía que debía tratarse de un asunto muy importante, pero eso no le daba derecho a colapsarme la centralita durante cerca de media hora. La sexta vez que me pidió que volviera a llamar, le indiqué con toda la educación que pude que quizá fuera mejor que llamase un par de horas más tarde, ya que era evidente que el directivo no podía atender la llamada. Entonces, el cliente habló por fin en holandés. Traduzco:

- Me estás haciendo perder un montón de tiempo, tía estúpida, y tengo que hablar YA con Mr. X.

Estoy convencida de que creyó que no le entendería. Tenía que haberme callado, como tantas otras veces lo había hecho ante barbaridades como aquella o incluso peores, pero no fui capaz. No después de media hora aguantando sus humos de tío importante. Y contesté - en holandés -. Traduzco de nuevo:

- No soy estúpida y el tiempo lo pierdes tú solo. Y además eres un maleducado.

El holandés colgó el teléfono por fin, me liberó la centralita y me dejó en paz. De momento.

Media hora más tarde me llamaron desde el departamento de recursos humanos. El dichoso holandés se había quejado, había asegurado que yo le había insultado y que me había negado a pasarle con la persona con la que quería hablar.

Al principio pensé que querían aclarar las cosas para ver cómo manejar la situación, pero solo cinco minutos después fui consciente de que iban a despedirme dijera lo que dijese. No les importaba saber qué había ocurrido en realidad, solo librarse de mí con un despido disciplinario y contratar a una chica más joven, más guapa y sobre todo más barata. En cinco años las condiciones laborales habían cambiado, mucho y para peor, y era una ocasión de oro para reducir costes. El holandés engreído se lo había puesto en bandeja, más aún dado que la queja la había cursado por escrito. El muy desgraciado.

No gasté demasiadas energías en defenderme. Únicamente expliqué lo que había ocurrido en realidad, recogí los papeles de mi despido y me levanté de la silla en la que me habían dicho que me sentase. Cuando estaba llegando a la puerta, me dijeron:

- Tiene 24 horas para devolver el uniforme.
- No necesitaré tantas -- respondí muy digna. Mientras salía de allí, una gamberrada empezaba a tomar forma en mi cabeza.

No cogí nada de mi mesa. La "suerte" de trabajar en una recepción de esas características es que está terminantemente prohibido tener nada de carácter personal en ella, ya que las recepcionistas debemos tener más un aspecto de robots que de seres humanos, por lo que fotos de novios o hijos, monigotes o bolígrafos no corporativos no están permitidos. Abrí el armarito camuflado en la pared de madera que tenía detrás de mí, cogí mi bolso y me marché. Cinco años de mi vida metida en aquel lugar y no me llevaba nada ni me despedía de nadie.

Mi compañera casi no se atrevió a mirarme, probablemente por no "contagiarse" de mi mala suerte. Nunca nos hemos llevado demasiado bien, pero estoy convencida de que no se alegró de mi situación, sobre todo porque

lo que me había ocurrido a mí podía haberle pasado a ella, o a cualquiera. O al menos a cualquiera que hablara holandés.

Salí de la oficina a toda velocidad, con la mente funcionando a tope. Estuve a punto de llamar a Jacobo y contárselo, pero no me sentí capaz. Todavía era demasiado pronto. Mientras andaba, con mis zapatos reglamentarios de piel negra y tacón medio, me iba arrancando horquillas del pelo, como en un anuncio de champú. Cuando por fin pude sacudir mi larga melena castaña me sentí mucho mejor.

Seguí caminando a buen ritmo, ya que sabía muy bien hacia dónde me dirigía. Recorrí unas cuantas calles hasta llegar a mi destino: una pequeña tienda de moda colombiana que había en una callecita no muy lejos de mi oficina.

Siempre me había parecido extraño que hubiera una tienda como aquella en un barrio tan elegante, pero ese día no me pregunté por qué. Simplemente entré a comprarme un vestido.

Miré entre los diferentes modelos, todos elásticos, cortísimos y ajustadísimos, hasta que encontré uno que me gustó. Tenía el cuerpo de un tono rosa pálido, con un solo hombro, y la falda negra, con una fina tira de piedrecitas brillantes en un lateral. Por supuesto, se pegaba al cuerpo como un guante. Y me sentaba de maravilla.

Nunca llevo ropa de ese estilo, me gusta vestir sexy pero no ceñida, pero aquella era una ocasión especial. Iba a devolver el uniforme a la oficina y esperaba que mi aparición diera que hablar durante una buena temporada. Y si por mi causa perdían algún cliente, mucho mejor.

Fui a pagar el vestido -- que me llevaría puesto -- cuando me miré los pies. No podía llevar esa mínima prenda sobre mi piel y unos zapatos convencionales de tacón medio. Así que me acerqué a la sección de zapatos y elegí unos de tacón alto de un verde intenso. Eran los zapatos más exagerados que había tenido nunca. Igual que el vestido era lo más escandaloso que me había puesto jamás fuera de mi habitación.

Antes de marcharme de la tienda, volví a maquillarme en el espejo del probador y me peiné la melena con los dedos. La dependienta, con una amplia sonrisa, me dio la enhorabuena por el cambio y me dijo que volviese cuando quisiera. Realmente, la chica que salió de la tienda no parecía yo. Ni por lo más remoto. Ese era precisamente el objetivo.

Eché a andar resuelta hacia la oficina a devolver el uniforme, metido en una bolsa de plástico que me había dado la dependienta de la tienda

colombiana. Era rosa fucsia con letras doradas y crujía espantosamente en cuanto la movías. La bolsa perfecta.

Cuando entré en la oficina, mi compañera estuvo a punto de caerse de la silla al verme. Primero abrió mucho los ojos, luego intentó cerrarlos y después sonrió sin poderlo evitar. Me dio en completo silencio una de las tarjetas imantadas y me dejó pasar.

En Recursos Humanos ocurrió algo parecido, salvo en lo de sonreír. Tanto el director como la secretaria me miraron con los ojos muy abiertos, después intentaron fingir normalidad y después fijaron la vista en la pantalla del ordenador hasta que me hube ido, taconeando alegremente. Metí la tarjeta imantada por el torno de la puerta, que se abrió eficazmente, y me marché de allí para no volver jamás.

Antes he dicho que no sé andar con zapatos de tacón y que me tambaleo cuando los utilizo. Normalmente es así, pero aquel día no me ocurrió. Estaba tan enfadada, tan alterada y tan transformada que anduve con los tacones como si me hubiera pasado media vida con ellos. Ni siquiera me rozaron. Eran de una tela brillante increíblemente suave y caminé perfectamente, incluso con gracia, hasta la parada del autobús.

De nuevo estuve a punto de llamar a Jacobo, pero tampoco lo hice. Eran las doce de la mañana y a esas horas solía tener siempre mucho lío en el trabajo. Le llamaría a la hora de comer y le contaría todo, cuando yo también me hubiera tranquilizado un poco. Y quizá me dejara puesto el vestido hasta que él llegara por la tarde, para reírnos juntos de todo aquello y celebrarlo como correspondía.

Durante el trayecto hacia mi casa, iba pensando en cómo se lo diría a mis padres. Evidentemente no les podía decir la verdad, para ellos sería muy doloroso saber que su hija había perdido su puesto de trabajo por no saber tener la boca cerrada. Mi madre siempre había tratado de inculcarme ese sentido de la obediencia y de la resignación en el trabajo propia de su generación que casi olía a feudalismo, y yo había intentado seguir su consejo, aunque en el fondo de mi alma me sublevaba. Pero evidentemente, en ese caso tendría que haberle hecho más caso. Para ser recepcionista-maniquí de edificio elegante había que saber estar calladita. Y a ser posible no entender holandés.

Llegué a casa sumida en mis pensamientos. Cuando metí la llave en la cerradura acorazada, de lo primero de lo que me di cuenta era de que la casa no estaba cerrada con llave. Me extrañó mucho, dado que Jacobo es

extremadamente cuidadoso con ese tipo de cosas, más aún cuando tenemos cuadros de autores famosos decorando nuestro salón. Horrendos, por cierto.

Tendría que haberme dado la vuelta y marcharme, tal como recomiendan siempre las fuerzas del orden. Aquello lo hubiera cambiado todo. Pero no lo hice. Entré sigilosamente en la casa, con mis zapatos verde esmeralda en la mano. En ningún momento pensé que Jacobo se hubiera olvidado de echar la llave, estaba completamente segura de que había alguien en la casa.

No me equivocaba. En el salón estaba la chaqueta de Jacobo y su maletín, en el que lleva el portátil y del que nunca se separa. Al lado había otro maletín casi idéntico, una chaqueta de mujer y un pañuelo de seda de color azul, precioso y caro. Seguramente de Hermès.

Una parte de mí quería salir de allí inmediatamente, mientras que la otra me impulsaba morbosamente a entrar en la habitación y confirmar con mis propios ojos lo que era más que evidente. Con los zapatos todavía en la mano, eché a andar despacio hasta la alcoba y abrí la puerta suavemente.

Ella era rubia, delgada pero con unos pechos grandes y firmes, una melena interminable y un bronceado perfecto. Estaba a horcajadas encima de Jacobo, cabalgándole con ansia, con una mirada embelesada y llena de deseo que Jacobo correspondía. Me tapé la boca para no gritar, y entonces ella me vio. Me miró con estupor, como preguntándome qué hacía yo allí, mientras que Jacobo seguía dejándose hacer con los ojos semicerrados, sin enterarse de nada.

- Está ahí -- dijo ella entrecortadamente. -- Tu novia.

- ¿María? -- dijo Jacobo con voz entre incrédula y aterrada.

Me di la vuelta y eché a correr, sin soltar los zapatos. Dejé las llaves en la mesa del comedor y me marché, intentado que las lágrimas no me nublaran la vista para poder apretar el botón del ascensor. Deseaba y temía al mismo tiempo que Jacobo saliera a buscarme, porque no tenía ni idea de qué decirle. En ese momento solo quería gritarle e insultarle y después... Ya se vería.

Jacobo no salió a buscarme, ni en ese momento ni después. Tampoco me llamó. Así que me pude sentar tranquilamente en un banco a tres manzanas de la que hasta entonces había sido mi casa y echarme a llorar.

2. Se veía venir

Sentada en aquel banco y llorando a moco tendido no pude pensar de otra manera: lo que había ocurrido se veía venir. Y no voy a decir que había empezado a intuirlo en los últimos meses, estaba claro desde el primer minuto y yo siempre fui consciente de ello.

Jacobo es un chico guapo, rico, inteligente, de buena familia y con un estupendo puesto de trabajo. Además es simpático y ocurrente, tiene don de gentes y paciencia. El único defecto que puedo encontrarle es que es muy ambicioso, pero dados sus orígenes y sus posibilidades en la vida tampoco puede criticársele demasiado. Sus padres lo educaron para que tuviera claros sus objetivos, en el colegio le inculcaron que tenía que intentar llegar a lo máximo sin ponerse nunca barreras a sí mismo y en la universidad y las diferentes escuelas de negocios por las que pasó le enseñaron a ser el mejor. A ser un ganador, como dicen los americanos y a él le gusta repetir.

Le conocí a través del trabajo. Hace tres años, un día de invierno, Jacobo fue a ver a un cliente de la quinta planta, un bufete internacional de abogados de mucho prestigio. Cuando llegó a mi sitio, le expliqué con mi mejor sonrisa cómo tenía que utilizar la tarjeta imantada y dónde estaba el ascensor y él me respondió con la mirada más provocadora que me han dedicado nunca. Noté cómo sus ojos me desnudaban y me sentí a la vez halagada y excitada. Utilizó la tarjeta de manera impecable, sin dudar ni una milésima de segundo, y entró en el edificio con la seguridad de los ganadores.

La visita fue larga, pero a mí se me hizo más que larga: interminable. Quería verle salir de nuevo y que me dedicara otra vez aquella mirada. No podía pensar en otra cosa. Cuando por fin salió, se acercó a mí con una amplia sonrisa y me dejó disimuladamente una tarjeta de visita en mi impoluta mesa de cristal. Mi compañera hizo como si no hubiera visto nada. El reglamento dejaba bien claro que no podíamos charlar con los visitantes, pero no decía nada de aceptar sus tarjetas. Ni de dejarles un mensaje de texto aprovechando la hora de la comida.

Esa misma tarde, Jacobo fue a recogerme a la puerta de la oficina. Me llevó a tomar una cerveza a un sitio elegante de La Castellana, lleno de ejecutivos con la corbata aflojada hablando de trabajo. Yo seguía con el uniforme puesto, ya que Jacobo no me había dejado tiempo para ir a casa a

cambiarme. Tuvimos una conversación insustancial en la que nos dimos cuenta inmediatamente de que teníamos muy poco en común, pero yo estaba atrapada en sus ojos y él no paraba de mirarme la boca. Dejamos enseguida de hablar y empezamos a besarnos, intentando no chocar con los ejecutivos que seguían pidiendo cervezas, entre abrigos, maletines y hombres y mujeres hablando y manipulando sus teléfonos.

Media hora más tarde, Jacobo pagaba las cervezas, me cogía de la mano y paraba un taxi. Vivía cerca, a una media hora en transporte público, pero teníamos demasiada prisa para esperar al autobús. Entramos enseguida en su casa y no llegamos vestidos ni siquiera al salón. En el mismo recibidor nos arrancamos la ropa a tirones, nos besamos y nos devoramos. Jacobo me cogió en brazos y me llevó a su habitación, me tumbó en la cama y siguió besando y mordisqueando mi cuerpo desnudo. Cuando me penetró, supe que quería tener a ese hombre dentro de mí durante toda mi vida. Sentí que me recorría una descarga eléctrica de la cabeza a los pies y que nada tenía la más mínima importancia, solo aquel cuerpo adosado al mío.

Hicimos el amor con la pasión y el ansia de los recién llegados pero con algo más, algo que se podía parecer remotamente al cariño. Llamarlo amor es decir demasiado, pero era un sucedáneo bastante bueno. Aquella primera noche nos buscamos una y otra vez, nos saboreamos enteros, indemnes al cansancio, sin importarnos nada que no fuéramos nosotros mismos.

A la mañana siguiente había que trabajar. Puse mi despertador a la siete y, cuando sonó, lo apagué rápidamente para no despertarle. No me sirvió de nada. Jacobo estaba despierto, excitado y dispuesto a hacerme el amor de nuevo. Yo dejé el teléfono a un lado, le abracé y volví a mecarme con él en la danza del sexo que tan bien interpretábamos juntos. Cuando se hicieron las ocho y media llamé a mi compañera y le dije que me encontraba fatal, con fiebre y mucho dolor de estómago. No se creyó ni una palabra, pero no me importó nada.

Aquella mañana, Jacobo también llamó a su trabajo y dijo que no podía ir, que le había surgido un problema familiar que tenía que solucionar sin demora. Desayunamos juntos café con tostadas, nos cogimos de la mano y salimos a comernos la ciudad.

No teníamos nada en común y ambos lo sabíamos. Yo era una recepcionista normal y corriente, joven, guapa y con un buen cuerpo, y él un ganador, con una carrera profesional por delante, mucho dinero y un increíble

potencial. Me solía contar que la directora del master que estudió siempre le decía que lo veía en pocos años como CEO de una gran empresa, y yo era consciente del abismo que nos separaba. Yo no tenía ni idea de qué iba a ser de mí cuando empezase a ser menos joven y ya no hiciera bonito en una recepción elegante, y estaba claro que él no tenía el mismo problema.

Pero nos moríamos por estar juntos. No podíamos dejar pasar ni un solo día sin vernos y ni una sola noche sin desnudarnos. Dos semanas después de conocerle, me mudé a su piso.

Durante los dos primeros años, aprendimos a conocernos y a respetarnos. Empezamos a entender de qué iba nuestra historia, qué podíamos esperar de ella y a dónde nos podía llevar. Estábamos felices juntos, no teníamos ninguna prisa en destruir nuestra relación, y por eso él no me presentó a su familia ni yo tampoco lo hice.

Mis padres sabían que tenía novio, pero respetaban mis reservas. Para no preocuparles, en lugar de ensalzar las múltiples virtudes de Jacobo, me ocupé de rebajar un poco su perfección para que pudiera parecer más afín a mí. Es triste tener que admitirte a ti misma que no estás a la altura y mentir a tu familia, pero es mucho peor que tus padres te recuerden que esa historia no va a ninguna parte cada vez que hables con ellos.

Mis padres, sobre todo mi madre, son puro veneno para la autoestima. Para ellos, lo único que puedo esperar del futuro es que un "buen chico" se enamore de mí y se case conmigo, a ser posible antes de los treinta. Esperan un hombre sencillo y sin pretensiones, que me cuide y me dé "buena vida". Y si "me quita de trabajar", mejor todavía. Jacobo no encajaba de ninguna manera en ese perfil, así que tuve que maquillarlo un poco, o más bien emborronarlo. No sé qué hizo Jacobo respecto a su familia, pero intuyo que algo muy parecido, seguramente en sentido contrario.

El tercer año de relación, la pasión fue remitiendo poco a poco. No pasó nada, simplemente los dos empezamos a tener nuevos intereses y a querer aumentar nuestra vida social. Y el problema era que ni nuestros intereses ni nuestra vida social tenían nada que ver. Yo volví a ver a mis amigas de clase de holandeses, retomé mi costumbre de ir a ver películas en versión original los viernes por la tarde y rematar la velada con cañas y tapas en los bares de Martín de los Heros y alrededores. Jacobo volvió a jugar al tenis los sábados por la mañana mientras yo dormía hasta tarde y a ir a misa y al vermú los domingos para ver a sus amigos de siempre en el barrio de sus padres. Nos reservábamos el sábado por la noche para hacer algo juntos, que normalmente

era salir a cenar a un restaurante de moda y volver a casa pronto para desnudarnos.

El sábado por la noche era el mejor momento de la semana. Entonces volvíamos -- casi - a ser lo que habíamos sido, hablábamos poco y nos besábamos mucho. El sexo seguía siendo muy bueno y compensaba casi todo lo demás. Con el paso del tiempo se hizo menos apasionado y más sabio, menos primario y más sofisticado. Entraron en nuestra habitación las plumas, las cartas eróticas, la ropa interior de todos los tipos para representar todo tipo de roles, los geles, aceites y lubricantes, incluso los látigos de juguete y las esposas. Disfrutábamos de cada sábado como de una fiesta, pero poco a poco, muy poco a poco, empezamos a espaciar también los sábados por la noche que hacíamos el amor. Nos empezó a entrar el sueño si habíamos bebido vino en la cena, empezamos a estar cansados después de una dura semana laboral, nos surgieron viajes ineludibles, compromisos familiares, catarros y dolores de estómago por haber cenado más de la cuenta. La ropa interior sugerente empezó a pasar más tiempo en el cajón que sobre mi cuerpo y los juguetes eróticos volvieron a sus cajas y de ahí al armario del fondo de la habitación. Empezamos a hacer el amor lánguidamente, en las mismas posturas, casi siempre tumbados.

Por las mañanas, Jacobo dejó de levantarse para desayunar conmigo y yo dejé de besarle antes de irme para que no se despertase. Al llegar a casa nos contábamos lo más importante del día, pero enseguida cenábamos, yo ponía la televisión y él miraba su portátil.

No puedo culpar demasiado a Jacobo por poner los ojos en otra mujer. No lo justifico, eso sería demasiado y yo no soy tan flemática, pero en cierta manera lo entiendo. No deja de ser una jugarreta de lo más rastrero acostarse con otra mujer (seguramente una colega) en mi propia cama, pero no puedo evitar pensar que se veía venir y que las cosas no podían haber acabado más que de esa manera. Nuestra relación era primero sexual, luego sexual y por último sexual, y, por mucho que nos gustara estar juntos, sin proyecto en común era imposible que aquello se mantuviera mucho más tiempo.

Aunque, en mi caso, me seguía encontrando cómoda con Jacobo. Me seguía pareciendo guapo, simpático y agradable, buen compañero y con dinero. Y no es que el dinero me vuelva loca, pero reconozco que vivir en un piso estupendo en la calle Jorge Juan, con cuadros de autor en las paredes, mobiliario de diseño y alfombras turcas no me parecía mal en absoluto. Puede parecer estúpido y superficial, pero, siendo sincera, en los tres años que viví

en casa de Jacobo me acostumbré al lujo, a la cafetera metálica que funcionaba con pastillitas y a que una chica limpiase el piso los viernes por la tarde mientras me iba al cine con mis amigas y Jacobo tomaba cañas con sus compañeros en el Lateral. Era una vida cómoda con fecha de caducidad, pero quizá no hubiera sido demasiado pedir que aquella historia hubiera terminado otro día y de otra manera, no precisamente el mismo en el que me echaron del trabajo y teniendo que ver cómo se acostaba con otra. Quedarse sin empleo, sin novio y de paso sin casa donde dormir era demasiado para un solo día.

Me sentía, usando un término un poco anglosajón, devastada. Como si hubiera pasado un huracán y me hubiera empujado en todas direcciones para luego dejarme caer al suelo. Me dolía la traición de Jacobo, me dolía también que me hubieran despedido de una manera tan injusta, sentía que todo el mundo me trataba mal, empezando por el capullo holandés que lo había causado todo. Y cada vez que pensaba en mi situación, lloraba más.

Allí estaba, sentada en un banco, llorando como una magdalena, vestida de putón, con los papeles del despido, mis zapatos de tacón medio en el bolso y sin tener ni idea de qué hacer. Y lo peor de todo, aunque yo aún no lo sabía, era que aquello no había hecho más que empezar.

3. Hay que comer

Hubiera podido seguir llorando horas y horas, pero mi sentido práctico pudo más que mi pena y me levanté por fin del banco. Además, la gente estaba empezando a mirarme demasiado. Me puse de pie y eché a andar, y enseguida me di cuenta de que los tacones de infarto que llevaba empezaban a hacer mella en mis pies. Pensé en cambiarme, pero los zapatos negros de tacón medio que todavía guardaba en el bolso me recordaban demasiado al trabajo, a Jacobo y a todo lo que ya no tenía. Entré en una farmacia y me compré un paquete de tiritas.

Paseé un poco más sin rumbo fijo, pero fingiendo que sabía adónde iba, con ese paso rápido de ciudad que ya había tomado como mío después de casi diez años en Madrid. Mientras caminaba, decidí pensar simplemente en la siguiente tarea que debía realizar. Esa manera de actuar me había ayudado en otros momentos delicados de mi vida, así que podía servirme de nuevo. Además, era incapaz de mirar más allá.

Media hora más tarde pensé que tenía que comer. Por supuesto que no tenía hambre, estaba demasiado triste, pero de nuevo mi sentido práctico habló por mí y me llevó a un restaurante americano a comerme una hamburguesa, lo único que mi estómago puede tolerar en situaciones así. Aunque, pensándolo bien, nunca me había encontrado en una situación tan desastrosa en toda mi vida.

Entré en el restaurante tratando de pasar inadvertida, me senté, pedí una hamburguesa pequeña y traté de comérmela sin pensar en nada. O sin pensar demasiado.

Miré el móvil. Jacobo no me había llamado ni me había escrito. Y yo no quería hacerlo por el momento, no me sentía capaz de hablar con él. Necesitaba un poco más de tiempo, al menos el suficiente para saber qué hacer y qué decirle. Era evidente que lo nuestro había terminado, pero no quería ponerme a llorar cuando hablase con él y mucho menos a gritar y a insultarlo. No iba a perdonarle, pero quería poder decírselo de una manera civilizada.

Tenía además muchas cosas que resolver con él, cuestiones materiales

imprescindibles. Pero en ese momento estaba demasiado abrumada. Le di un mordisco a mi hamburguesa intentando olvidarme de todo.

Mientras trataba de no pensar, miraba al infinito.

Hasta que me di cuenta de que el infinito me devolvía la mirada, me sonreía y alzaba su cerveza ligeramente en una especie de brindis en mi honor. Sin darme cuenta, había mantenido los ojos fijos en un hombre, mirándole sin verle.

Era un hombre guapo. Moreno, con alguna cana y los ojos azules. Rondaría los cuarenta, y tenía todo el aspecto del que sabe que conseguirá cualquier cosa que se proponga. O simplemente que le apetezca. Me imaginé así a Jacobo con diez años más. Se levantó tranquilamente y fue hasta mi mesa, como yo ya estaba segura de que haría. Si en algo tengo experiencia es en tíos guapos, ricos y arrogantes. Los veía a diario en el trabajo.

- Me gustaría que comieras conmigo - me dijo sin un atisbo de apuro, ni siquiera de duda.

- ¿Y por qué? - le respondí igual de tranquila. Aquel día nada podía afectarme ya.

- Porque así podríamos charlar un rato. No me gusta comer solo y me da la impresión de que tú no tienes un buen día. Quizá charlar conmigo te lo haga más llevadero.

Sonreí. Y pensé que tenía razón. Comer con un hombre guapo podía mejorar mi estado de ánimo. Además, tampoco vendría mal que me invitase. A partir de entonces, mi estado financiero no iba a ser tan boyante como en los últimos tiempos. Eso me recordó de nuevo que tenía muchas cosas en qué pensar. Pero lo haría más tarde.

- De acuerdo - dije simplemente. Me levanté de la mesa con mi vaso de refresco y me senté en la suya. El camarero se ocupó de llevarme la hamburguesa.

El hombre guapo se llamaba José Luis y era un empresario bastante conocido (según me dijo), que tenía una empresa dedicada a la producción y venta de productos cárnicos. Su padre era aún más conocido que él (también según me dijo) y seguramente yo le había visto muchas veces por televisión. Ya no estaba casado con su madre, una vedette muy famosa de los setenta y a la que yo también tenía forzosamente que conocer, y ahora salía con una alemana treinta años más joven que él, que también empezaba a ser

medianamente famosa a través de los programas del corazón. Quizá me contó todo aquello para despertar mi interés o mi admiración, pero solo sentí una cierta lástima por tanta necesidad de reconocimiento. Yo no era nadie, pero tampoco necesitaba sentir lo contrario.

Yo no le conté casi nada de mí. Solo le dije que me encontraba en un momento de cambio y de reflexión, que no sabía muy bien qué iba a hacer con mi vida ni dónde iba a vivir, pero que ya lo averiguaría. José Luis se fue liberando poco a poco de su máscara de empresario de éxito y empezó a mirarme con sus verdaderos ojos, que tenían una mezcla de determinación y dulzura. Me miraba con simpatía, como si quisiera ser mi amigo, y la sensación me resultaba muy agradable. Poco a poco, escuchando el relato de José Luis, conseguí relajarme un poco, terminar mi hamburguesa y que el aire me entrara del todo en los pulmones, cosa que no me ocurría desde que me habían llamado al despacho de Recursos Humanos.

Mientras hablábamos, me di cuenta de cómo iba vestida. Aún llevaba puesto el modelo colombiano hiperajustado y en ese momento ya no tenía solución. Ni siquiera podía volver a casa a cambiarme, ya que no tenía llaves y Jacobo seguramente habría vuelto al trabajo con su rubia después de la pausa del desayuno. Eso en el supuesto de que no estuviera de nuevo en la cama con ella aprovechando la hora de la comida.

Intenté taparme un poco con el pelo, aunque no conseguí gran cosa. Aquel vestido estaba diseñado para dar un protagonismo al cuerpo que era imposible de disimular. Lo que no estaba directamente a la vista, lo realizaba el tejido elástico de manera quizá aún más provocadora. De repente, me planteé qué había pensado de mí José Luis cuando se acercó a mi mesa, o a qué había pensado que me dedicaba.

- No te preocupes - me dijo, interpretando mis movimientos al intentar taparme. - No te he confundido con lo que claramente no eres. No sé qué haces así vestida, pero se nota que no sueles salir con ese tipo de ropa a la calle. Y no hace falta que me lo cuentes si no quieres.

Le miré aliviada. La verdad es que no me apetecía en absoluto contarle nada. Ni de aquel lunes ni de mi vida en general. En cierta manera, aquel vestido y aquellos zapatos me hacían sentirme una persona ajena a mí misma. Y necesitaba mantener la farsa unas horas más para poderlo soportar.

- ¿Nos vamos? - dijo José Luis. - Quiero quitarte ese vestido para ver cómo eres en realidad.

Pensé que acostarme con José Luis sería lo único bueno que podía pasarme aquel día. Y creo que en esta ocasión no me equivocaba, pese a todo lo que trajo consigo.

No caí fulminada con un enamoramiento loco como me había pasado con Jacobo. Fue más bien una tregua a todo lo malo que me aguardaba. José Luis era una especie de oasis dentro de la gran incertidumbre en que estaba inmersa. Me eché a sus brazos con la desesperación de un náufrago, dejé que me arrancara el vestido que se pegaba a mi piel para poder respirar, por fin, desnuda. José Luis me liberó de la ropa interior con la rapidez y la destreza que aporta una larga experiencia en mujeres. En ningún momento cerré los ojos, temiendo que la imagen de Jacobo me asaltase en el momento menos oportuno. Y me dejé llevar.

Disfruté de sus labios por toda mi piel, de sus caricias sabias y certeras y de su miembro grande y firme en mi interior. Yo le correspondí lo mejor que supe, pasando mis manos por todo su cuerpo, bien torneado a base de horas de gimnasio. Le recorrí con placer, incluso con admiración. Disfruté de cada centímetro de él, le besé por donde quise y solo por donde quise y él me devolvió cada uno de mis besos multiplicado por mil.

Pasamos juntos la tarde. Después, me ofreció llevarme a cenar, pero no acepté. Era demasiado tarde para salir a comprarme algo presentable y no quería plantarme en un restaurante bonito, donde probablemente conocieran a José Luis, vestida de fulana.

Lo resolvimos con comida para llevar. José Luis me prestó un albornoz esponjoso de rizo blanco, para que pudiera olvidarme del vestido durante algunas horas. Lo usé el poco tiempo que me hizo falta llevar algo puesto.

Mientras esperábamos la comida, cómodamente sentados en su acogedor salón, José Luis me dijo:

- Eres la persona más sincera con la que me he acostado en mucho tiempo.
- Pero si no te he contado nada de mí - protesté.
- Eso no importa. Te acercaste a mí sin saber quién era yo y viniste a mi casa sin ningún otro objetivo que pasar unas horas conmigo. No tratas de venderme nada, no finges que el sexo conmigo es mejor de lo que es, ni me haces cosas que en realidad no te gustan. No quieres cazarme y te importa un cuerno mi fama y mi dinero.
- Pues sí. Todo eso es verdad. He tenido un día demasiado complicado como para estropear este rato contigo.

José Luis me volvió a abrazar. Mi albornoz cayó al suelo y sus labios volvieron a recorrer ávidamente mi cuerpo. Me encajé a él una vez más en la mullida alfombra de su salón, sin perder de vista ni un segundo sus ojos azules, profundos y dulces, aunque ya no temía que la imagen de Jacobo se cruzara entre los dos. Pocos minutos después de compartir un orgasmo reparador, el portero automático sonó, trayendo nuestra comida.

Un cóctel de marisco y unas costillas glaseadas más tarde, José Luis y yo seguimos dándonos placer mutuamente. Pasamos la noche juntos, acariciándonos y haciéndonos el amor con mimo. Nos entendíamos bien en el sexo. Posiblemente porque, en ese momento, ambos estábamos completamente solos en el mundo y teníamos miedo. Él no me lo dijo, pero no hacía falta. Un naufrago reconoce enseguida a otro.

Nos dormimos abrazados, como con temor a que uno de los dos desapareciera de repente. No hicimos ningún plan de futuro. No tenía sentido.

4. Churros

Un rayo de sol justo en mi nariz me despertó a la mañana siguiente. Los días cada vez eran más soleados y amanecía más pronto. José Luis dormía pegado a mí, muy agitado. Se movía, musitaba en sueños y su respiración era muy acelerada. Era evidente que estaba teniendo una pesadilla. Le acaricié suavemente hasta que su ritmo se acompasó y le dejé seguir durmiendo. Estaba tan acostumbrada a respetar la hora 'extra' de sueño de Jacobo que no me planteé despertarle.

Me levanté con rapidez y organicé un poco mi cabeza: tenía que ir al INEM a entregar los papeles para poder cobrar el subsidio de desempleo. Antes de eso, debía normalizar mi situación bancaria, ya que no tenía ningún sentido ingresar el cheque con mi exigua indemnización y proporcionar al INEM el número de la cuenta que todavía compartía con Jacobo. Tenía que abrir una nueva, y para eso debía llamarle y hablar con él de nuestras condiciones de separación. Todavía no estaba preparada.

La palabra 'churros' se deslizó en mi cabeza, abriéndose camino entre todas mis preocupaciones. Lo mejor que podía hacer en ese momento era ir a por churros y darle una sorpresa a José Luis cuando se despertara. Aun sin conocerle de nada, me arriesgaría. Nunca me había topado con alguien al que no le gustaran los churros para desayunar, sobre todo después de una noche apasionada como la que habíamos compartido. Había que reponer energías, a mí me quedaba un largo camino por recorrer e intuía que a él también. Para eso necesitaba un poco de masa frita y un buen café con leche.

Eché un vistazo a la cocina y vi que había una cafetera de filtro normal y corriente, de esas que hacen un café tipo americano que sabe a puchero. Sonreí. Los churros saben mejor con café aguado.

Dudé respecto a qué zapatos ponerme y al final opté por los verdes. Todavía no quería llevar los del trabajo. Me puse mi vestido colombiano y husmé en el armario de José Luis en busca de algo para taparme un poco. Se me ocurrió que quizá hubiera ropa de mujer en alguna balda, era una posibilidad que no me había planteado aún pero que tenía todo el sentido. Preferí no pensar en cómo me sentiría en caso afirmativo.

Solo había ropa de hombre, lo que me alegró. Cuando José Luis me abordó no quise preguntarle si tenía pareja, pero liarme con hombres con algún tipo de compromiso no va conmigo. Aunque sea para una noche. Solo lo he hecho una vez, al menos conscientemente, y no tengo ganas de repetir la experiencia.

El hecho de que no hubiera rastro de una mujer en aquella casa estaba muy bien, pero me creaba el problema de encontrar alguna prenda que me permitiera poder llegar a la churrería sin demasiadas miradas. Afortunadamente, José Luis no era muy grande, así que cogí un jersey fino y me lo puse encima del vestido.

Tenía una pinta penosa, pero no había otra solución. Cogí un peine del baño e hice lo que pude con la melena, que aún tenía restos de laca. Cuando volviera con los churros y desayunáramos me daría una buena ducha y me despediría de José Luis. Aquello me hizo un poco de daño. Le dejé una nota en su mesilla y salí de la casa. Me molestaba un poco el zapato derecho, como si la plantilla se hubiera arrugado, pero seguí andando sin darle mucha importancia. La arruga estaba justo en el puente del pie y apenas la notaba.

Tardé bastante en encontrar una churrería, pero lo conseguí. Tras comprar media docena de churros y tres porras volví hacia la casa con mi bolsa de papel grasienta, sin prisa, disfrutando del sol. Eran los primeros minutos de paz que me permitía desde que todo había comenzado. Hice bien en aprovecharlos.

Siempre me ha gustado pasear al sol, pero mi horario laboral apenas me deja verlo. Además, Jacobo cree que los paseos sin rumbo fijo ni objetivo alguno son directamente una pérdida de tiempo, así que en los últimos años había dado muy pocos. Pensé que, hasta que encontrara otro trabajo, iba a tener ocasión de volver a pasear. Pero cuando llegué a la puerta de casa de José Luis ya no pude pensar en otra cosa que en el espectáculo surrealista que tenía delante.

Había dos coches de policía y un montón de cámaras de televisión, que de repente empezaron a enfocarme. Cuando dos periodistas me acercaron los micrófonos me puse histérica. No entendía nada, no sabía qué me estaban preguntando y solo quería huir. Oí de fondo que unos preguntaban a otros "¿es una vecina?, ¿la novia?, ¿la amante?"... y en lo único que pensé fue en echar a correr por las escaleras hasta la tranquilidad del piso de José Luis.

Ja, tranquilidad.

Al llegar me encontré un precinto en la puerta y a dos policías, uno a cada

lado. Me sentí pequeña y ridícula, de nuevo lamentando ir vestida como la protagonista de Pretty Woman cuando decide irse de compras a las tiendas de marca. Mi gamberrada me estaba costando muy cara.

- ¿Es usted la acompañante de José Luis Bastos? - me preguntó uno de los agentes.

- Bueno, no sé a qué se refiere como acompañante, pero anoche dormí aquí - dije muy seria. Se supone que no se puede mentir a un policía. Además, tenía que entrar.

- ¿Tiene objetos personales en la casa?

- Sí. Pocos, pero tengo algunos. ¿Le ha pasado algo? - De repente sentí angustia. Aunque no había visto ninguna ambulancia me puse en lo peor.

- Está detenido.

- Dios mío, ¿por qué?

- No se lo puedo decir, lo siento.

- ¿Ha matado a alguien? - Empecé a hiperventilar. Estaba cada vez más histérica.

- No se preocupe, señorita, es un delito económico, pero yo no le he dicho nada.

Sonreí aliviada. Al menos no me había acostado con un asesino, como mucho con un chorizo.

- ¿Puedo entrar?

- Debe hacerlo y después pasar por comisaría para prestar declaración. Dentro encontrará al inspector, que le dirá dónde tiene que dirigirse.

- Pero es que yo tengo que ir al INEM esta mañana, me despidieron ayer.

El policía me miró boquiabierto. - ¿Al INEM? ¿Pero las putas cotizan?

Entonces la boquiabierto fui yo.

- ¿Cómo que puta? Oiga, que yo era recepcionista hasta ayer a mediodía.

- Pues sí que le ha cundido...

Me entraron ganas de darle dos bofetadas, pero pensé que era la peor idea del mundo. No podía seguir liándola más y más. Tenía que recuperar los papeles del INEM, que estaban en mi bolso, para poder continuar con mi vida, y de paso soltar en algún sitio el paquete grasiento de churros, que resultaban el complemento perfectamente patético para aquella escena.

Al bajar, para no ir cargada y evitar seguir paseando el cheque de la indemnización por las calles de Madrid, solo había cogido el monedero y el teléfono, lo que había sido un gran error. Nunca pensé que tendría que

atravesar un cordón policial para recuperar mis cosas. También tenía que conseguir mis zapatos negros, los verdes me estaban matando, y comprobar qué diantres se me había metido en la plantilla.

Pasé el precinto y entré en la casa de José Luis. Me sobrecogí por la actividad que se desarrollaba ante mis ojos. Había tres policías revisando cajones y armarios de manera sistemática. Estaba claro que sabían lo que hacían. Pregunté a uno de ellos dónde podía encontrar al inspector. Me señaló la mesa del comedor.

En el mismo lugar donde, ligeros de ropa, nos habíamos comido el cóctel y las costillas la noche anterior, estaba sentado el inspector, un guaperas moreno con el pelo ondulado y un poco largo, rellenando unos impresos y mirando al mismo tiempo su teléfono. Parecía el típico investigador sexy de las películas de sobremesa. Me cayó mal al instante.

- Buenos días - comencé muy digna.

- Dígame - me miró directamente a los ojos. Era muy guapo, vaya si lo era.

- Soy María Sánchez. Vengo a recoger mis cosas. Ayer conocí por casualidad a José Luis Bastos y he dormido aquí esta noche. Solo tengo aquí un bolso y unos zapatos. Este jersey que llevo quiero dejarlo en el armario, lo he cogido para ir a la churrería.

- ¿Ha bajado a por churros después de pasar la noche con el detenido? Qué considerada - dijo el inspector con una sonrisa llena de perfectos y blanquísimos dientes.

Conté hasta diez. Y luego hasta otros diez. E imaginé todos los insultos posibles en holandés, por si acaso, sin darme cuenta, los decía voz alta. Me salieron diecisiete y todos se quedaron en mi cabeza.

- No soy una puta - dije soltando con brusquedad la bolsa de churros encima de la mesa.

- Yo no le he preguntado nada.

- No hace falta.

De repente me invadió un pensamiento claro como el agua. Si todos creían que era una prostituta era porque alguien se lo había dicho. Mis pintas no eran precisamente las de una hermanita de la caridad, pero tampoco llevaba la palabra "puta" pintada en la cara. Seguramente había sido José Luis. Sentí que la irritación crecía y crecía en mi interior. Decidí ponerle freno, ya que desde la única vez en mi vida que me había dejado llevar por ella, me estaba yendo francamente mal.

- Pues no lo soy. Conocí a José Luis Bastos en un restaurante y surgió algo. Ayer me pasaron muchas cosas malas, me quedé sin trabajo y sin pareja en cuestión de dos horas, así que me comporté de una forma que no suelo hacer.

- Comprendo - dijo el inspector. Me pareció que me había creído, o al menos eso parecía dar a entender. Quizá era una trampa para que confesara... ¿pero qué? Me estaba volviendo paranoica.

- Enseguida le devolverán sus cosas, las están revisando - siguió el inspector, ajeno a mis pensamientos delirantes. Entonces, ¿no conocía al detenido hasta ayer?

- No. Me dijo que era una persona conocida, pero yo no lo sabía.

- ¿No sabía que era famoso?, ¿no ve la televisión? Sale a menudo en los programas del corazón y últimamente también en el Telediario.

- En casa solo vemos series. Montones de series. Mi novio, quiero decir mi ex, es un fanático de las series.

- Le recomiendo que vea algo más que series, señorita - dijo el inspector con su sonrisa de dentífrico.

- Lo haré a partir de ahora - dije.

- ¿Dónde se la puede localizar? - de momento no es necesario que vaya a la comisaría, no ha sido testigo de la detención y no parece que tenga mucha información que aportarnos.

Me quedé bloqueada. No tenía una dirección que dar a la policía. Era una completa paria.

- De momento le daré mi teléfono. No sé dónde voy a vivir. Rompí con mi pareja ayer, la casa es suya. Tengo que contactar con él pero aún no lo he hecho.

- Y anoche durmió aquí...

- Efectivamente. Puedo dejarle mi teléfono móvil y en cuanto tenga una dirección les avisaré.

- Estaremos pendientes. ¿Dónde se dirige ahora?

- Al INEM y a comprarme una camiseta y unos pantalones, a ver si de una vez me dejan de considerar una fulana. - Decidí callarme que debía pasar por el banco, por si creía que iba a ingresar o mover dinero de manera ilícita. No tenía ni idea de lo que había hecho José Luis, así que pensé que era mejor ser prudente. Ya me las apañaría.

- Me parece muy buena idea, sí - dijo el inspector mirándome de arriba a abajo, con un gesto apreciativo que me gustó muy poco. Pese al jersey, seguía

con demasiada poca ropa. - No creo que sea muy adecuado entrar así a un edificio oficial. Pediré a uno de los compañeros que la acompañe.

- No es necesario.

- Cuando vea todas las cámaras que hay fuera comprobará que sí lo es.

Estaba tirando del jersey de José Luis para quitármelo y dejarlo de nuevo en el armario, pero me lo pensé mejor. La idea de salir en todas las televisiones semidesnuda me aterró, especialmente por mis padres. Seguro que en el pueblo me vería todo el mundo. Aquello les rompería el corazón. Pensé que podía taparme la cara, había visto en la televisión que la gente hacía esas cosas. Hablaría con el policía que iba a acompañarme y veríamos lo que se podía hacer.

5. Rumbo a Zara

Me tocó que me acompañara el policía que hacía guardia junto al que me había señalado dónde estaba el inspector. Al contrario que su compañero, tenía aspecto de ser de pocas palabras, pero parecía cordial. Era muy alto y robusto, aunque con un aspecto nada amenazador. Me recomendó que pegase mi cara a su brazo cuando saliéramos, para evitar en lo posible que me reconocieran. No era gran cosa, pero era algo.

Recuperé mi bolso y mis zapatos y bajamos por la escalera. Cuando llegamos a la puerta, todas las cámaras me enfocaron, igual que a la entrada. Volví a oír por todas partes el "¿es la novia?, ¿es la amante?" y aún me impactó más que a la llegada. Ahora sabía qué pasaba, salía custodiada por un policía y sin mostrar mi cara, así que era evidente para toda aquella gente que sí tenía algo que ver con toda esa historia. Pensé que ya habrían tomado mi imagen antes, así que me serviría de muy poco esconderme, pero aun así lo hice. Los focos daban una luz infernal, al menos me parapetaba de eso.

Tras una pequeña carrera de pocos metros llegamos al coche. Me seguían grabando y fotografiando. El policía me metió en el asiento de atrás y me tapé la cara con las manos. Me sentía la más idiota del mundo.

Cuando el coche arrancó y los flashes fueron alejándose, decidí dejar de pensar y torturarme con cómo demonios había llegado a aquella situación. Está claro que la mala suerte existe y que aquel espantoso lunes (que ya se había convertido en martes, aunque siguiera pareciendo un lunes) yo me había llevado todos los boletos de la rifa. Volví a jurar en holandés y a pensar en el susodicho, que me había hundido la vida por su estúpida queja.

El policía no despegó los labios en todo el camino, salvo para preguntarme a dónde me llevaba. Miré en el teléfono cuál era la tienda de ropa y la oficina del INEM más cercanas y le pedí que me condujera al Zara de al lado de mi casa (o más bien de la que había sido mi casa hasta el día anterior). Me lo conocía de memoria y tardaría poco en salir de allí vestida de persona normal. Pensé que, de alguna manera, volver a transformarme en mí misma serviría para que todo aquel caos acabara de una vez.

Le agradecí al policía el favor y entré en la tienda, entre las miradas de perplejidad de los viandantes. No les culpo. Ver salir a una mujer de la parte de atrás de un coche de policía vestida de tigresa y que entre tranquilamente en

un Zara no se ve todos los días. Hubo alguno que me hizo fotos con el móvil, pero no tuve fuerzas para impedirselo. Confié en salir de la tienda completamente irreconocible. Aun con todo, seguía siendo una pobre ilusa.

Escogí unos vaqueros rectos negros y una camiseta azul celeste y me metí en el probador. Quería aprovechar para ver qué demonios tenía en el zapato, que me estaba empezando a hacer daño de verdad. Me senté en el banquito de la cabina y me lo quité. Pasé el dedo por la plantilla y noté algo duro y cuadrado. Y por primera vez me pregunté si habría cámaras en los probadores del Zara, como aseguraban por las redes sociales algunas leyendas urbanas que yo siempre consideré absurdas. Busqué si había alguna indicación de "te estamos filmando" y obviamente no había ninguna. De nuevo me estaba poniendo demasiado peliculera.

Separé con cuidado la plantilla y descubrí una pequeña llave USB, de esas finas y rectangulares que se introducen en el ordenador casi por completo, una de esas minillaves que metes en la ranura correspondiente, después en dos o tres más, y una vez de cada siete encajan sin que tengas que estarlas apretando sin parar.

Me empezaron a temblar las manos. Sin saber muy bien qué debía hacer, volví a meter la llave en donde la había encontrado. Tenía que meditar muy bien mis pasos a partir de ese momento. Jacobo era abogado, quizá podría ayudarme. Debía llamarle. Pero para eso tenía que estar tranquila y no lo estaba. Me probé el vaquero y la camiseta, que me quedaban aceptablemente bien (no era el momento de andarse preguntando si me estilizaban, me engordaban o me hacían arrugas) y salí del probador. Mi intención era pagarlas y pedir que me dejaran pasar del nuevo al probador a cambiarme.

La cajera pasó las prendas por el lector y saqué mi tarjeta de débito. Cuando me disponía a teclear el PIN, leí "tarjeta anulada". Me quedé mirando la pantalla con incredulidad.

- Debe de haberse desimantado - dijo la cajera con una sonrisa. - ¿Tiene otra?

- Sí - balbuceé sacando la de crédito. Tenía una corazonada muy mala.

- Tampoco funciona - dijo la cajera con una expresión neutra. - No sé si ha pasado el monedero por algún arco.

- Puede ser - dije enrojando tanto que pensé que mi cara estallaría. - Voy al banco a ver qué ha pasado. Mientras, ¿me podía guardar la bolsa? En cuanto tenga resuelto el problema volveré.

- Muy bien, señora. Hasta pronto.

Salí de la tienda rápidamente, admirando el temple de la cajera. No se había inmutado por mis pintas y mis tarjetas anuladas, valía para ocupar mi puesto de recepcionista florero. Miré el monedero: me quedaban siete euros. Pensé en tomarme un café para tranquilizarme pero lo desestimé. Guardaría ese poco dinero para... La verdad es que siete euros daban para el autobús y poco más. Me senté en un banco y llamé por fin a Jacobo.

- Hola María - me sorprendió que me cogiera el teléfono

- Hola Jacobo. Tenemos mucho de qué hablar.

- Sí.

- Pero empiezo por lo más urgente. ¿Por qué has anulado mis tarjetas de crédito?

- ¿Eso es lo más urgente? - dijo con una voz tan helada que me asustó.

- Sí - dije casi balbuceando. - No tengo ni un duro, no tengo ni casa ni ropa. He ido a comprarme un pantalón y una camiseta y no he podido pagarlas. Toda mi ropa está en tu casa, no puedo seguir yendo de un lado para otro vestida como voy.

- Ya he visto cómo vas.

- ¿Que lo has visto?

- En el Telediario y en todos los programas matutinos de la tele. En el de Ana Rosa has salido como diez veces con un rotulito abajo diciendo "la bella desconocida que puede tener muchas pistas sobre José Luis Bastos".

- Ay Dios mío - sentí que me derrumbaba y agradecí estar sentada.

- Ay Dios tuyo, sí. ¿Qué has hecho?

- ¡Nada! - grité. - Nada que no hayas hecho tú antes. Me fui de casa ayer cuando te pillé poniéndome los cuernos con aquella rubia. A la hora de comer conocí a José Luis en un restaurante y acabé durmiendo en su casa. No tenía ningún sitio más adonde ir. Salí a por churros para desayunar y cuando volví me encontré todo el tinglado.

- Qué oportuno todo, que haya saltado justo cuando yo te he sido infiel.

- No entiendo qué quieres decir. Si tú no me hubieras sido infiel yo no habría conocido a José Luis.

- Seguro.

- Seguro. No descargues tu culpa sobre mí. El que me puso los cuernos fuiste tú.

Intenté hablar calmada, controlando mi furia porque estaba en la peor posición. Tenía que conseguir que Jacobo reconsiderase su decisión y me volviera a dar acceso a mi propio dinero. El resto de mis problemas se habían

convertido en secundarios.

- Te he sacado de la cuenta corriente, por eso no tienes línea en las tarjetas
- dijo Jacobo con su voz más gélida.

- ¿Pero por qué? Ese también es mi dinero - protesté.

- Por lo que dice la televisión, la familia Bastos está pringada hasta arriba, les acusan de sobornos a políticos para construir plantas a precio de risa en suelos que hasta dos días antes habían sido públicos. También les han denunciado por pagar a inspectores para que falsifiquen los resultados de los informes organolépticos de sus productos supuestamente saludables. Están metidos en un asunto muy grave en el que se mueve mucho dinero. Si has decidido entrar en su juego, allá tú, pero yo no voy a perjudicarme por tu culpa. No quiero que mis cuentas estén asociadas a las tuyas de ninguna manera. Por eso te he sacado de ellas.

- Pero yo era titular igual que tú, no puedes hacerlo sin contar conmigo.

- No eras titular. De hecho nunca lo fuiste. Estabas autorizada, pero nada más.

- ¿Y me lo dices ahora? Cerré mi cuenta propia pensando que teníamos una conjunta. Me has estado robando.

- Yo no te he robado. Has vivido en mi casa y te he mantenido durante tres años. Con tu sueldo no tenías ni para una semana con el tren de vida que llevábamos.

- Ese ritmo era el que tú elegiste, no yo.

- Y tú aceptaste.

- Entiendo que tendré que verte en el juzgado.

- Haré lo que sea por evitarlo. No pienso ser "el ex novio de la bella desconocida" con toda la prensa detrás. Ese circo te lo dejo a ti.

- Eres un desgraciado. Creía que te conocía.

- Yo también lo creía. Y resulta que eres una puta.

- Al menos devuélveme mi ropa - dije con un temblor en la voz que delataba que ya me había rendido. Nunca gané a Jacobo en ninguna discusión y sabía que las cosas no cambiarían en ese momento. Estaba completamente desesperada y muy harta de que todo el mundo me llamara puta impunemente. Temí empezar a creérmelo.

- Dame una dirección y te la mando por mensajero. No quiero que te acerques a mi casa.

- No tengo dirección. No tengo adónde ir. No puedo presentarme así en casa de mis padres y ni siquiera tengo dinero para pagarme el autobús. Me has

dejado sin nada, no sé si te das cuenta de mi situación - le dije casi suplicando.

Estaba intentando apelar a su humanidad, aunque sabía que no iba a conseguir nada. A Jacobo le habían educado para no pensar en nadie más que en él y el hecho de que, incluso en los tiempos en que nuestra relación era buena me hubiera engañado con el dinero, dejaba muy claro que no iba a cambiar de opinión. Probablemente, dentro de su visión egoísta de la vida, creía que estaba haciendo lo correcto y que yo me merecía lo que me estaba pasando.

- Llama a alguno de los hermanos de José Luis Bastos - me contestó con desprecio. - Seguro que te hacen hueco en su mansión. Y cuando tengas una nueva dirección, mándamela lo antes posible. Estaré encantado de enviarte tus cosas y recuperar el espacio que has ido invadiendo en mi casa en estos años. Además, es posible que pronto necesite el armario de la habitación para otra persona. Y otra cosa: en cuanto te abras una nueva cuenta corriente cambia los datos de facturación del móvil antes de que lo dé de baja. Te doy tres días.

Jacobo colgó el teléfono antes de escuchar mi río de insultos. Esta vez no fueron en holandés.

6. El INEM

Eran demasiadas cosas y demasiado injustas para poder pensar con claridad. Empecé a dudar de todo y de todos y a creer que a partir de aquel momento cualquier cosa podía ocurrirme, desde que me llamaran de un programa de cotilleo de la tele para que les contara mi historia, que me acusaran de cómplice de los manejos de la familia Bastos y me encarcelaran hasta que una banda de encapuchados me robara los zapatos.

Me aterraba pasar por el banco, temía que al intentar ingresar el cheque me detuvieran. Todo era absurdo y yo no había hecho nada malo, el cheque estaba completamente justificado e incluso podían llamar a mi empresa para confirmarlo, pero estaba inmersa en una pesadilla, y en las pesadillas, como en todos los sueños, pueden suceder en cualquier momento cosas sin sentido.

Pensé que el único lugar seguro era el INEM. Allí podría entregar la documentación que llevaba en el bolso y empezar los trámites para poder cobrar el subsidio, aunque sin dirección postal ni cuenta bancaria poco iba a poder hacer. No estaba segura de cuántos días tenía para formalizar los papeles, el despido había sido tan repentino que no me había dado tiempo a asesorarme, y, evidentemente, desde entonces tampoco había sido posible hacer mucho más que huir hacia delante. Iría a la oficina del paro, explicaría como pudiera mi situación y al menos me enteraría de lo que tenía que hacer.

Cuando estaba en la puerta del edificio a punto de entrar, me sonó el teléfono. Era mi madre, la última persona con la que quería hablar en aquel momento. No tenía ni idea de qué decirle ni cómo maquillar una realidad que ni yo misma entendía. No obstante, decidí contestar, porque pensé que evitarlo podía preocuparla mucho más. Además de que no dejaría de llamarme hasta que no le diera alguna respuesta.

- Hola mamá - dije intentando sonar alegre.
- Hija, ¿estás bien? Estoy muy asustada.
- Estoy bien, no te preocupes que no pasa nada.
- Te hemos visto en la tele, hija. ¿Te van a meter en la cárcel?
- No, por Dios. Nadie me va a meter en la cárcel. Yo no he hecho nada, es la tele que todo lo exagera.

- Yo sé que tú no has hecho nada, cariño, pero esa gente es muy mala y te pueden cargar a ti con culpas, tengo mucho miedo. Además, te ha visto todo el

pueblo, ya han venido dos de tus tías a preguntarme por ti. Me da miedo que alguien llame a la tele y diga algo que te haga daño. Ya sabes cómo es la gente.

- Tranquila, que todo se va a aclarar. Y a la gente no le hagas caso. No he hecho nada malo y nadie va a llamar a la tele, ya lo verás. Esto se olvidará enseguida y las tías te dejarán tranquila y buscarán a otra a la que criticar.

- Dios te oiga, hija. Tu padre me ha dicho que coge la furgoneta y se va a Madrid a por ti, que te trae al pueblo para que nadie te haga daño. No quiere que te llame por si te han pinchado el teléfono, pero yo le he dicho que es mejor que hablemos primero contigo.

- Has hecho muy bien en llamarme, mamá. No hace falta que vengáis a buscarme, tengo que organizar algunas cosas y luego iré a veros.

- Claro que sí. Además tienes que trabajar. ¿Cómo que no estás en la oficina?

- Me he cogido un día de asuntos propios. Mañana vuelvo.

- Muy bien. Eso es lo importante, que vuelvas enseguida al trabajo y te alejes de personas malas. Y si nos necesitas, llama. Cuídate mucho y no te metas en líos.

- Sí, mamá. Tú no te preocupes. Dale un beso a papá. Adiós.

Colgué el teléfono triste. Odio mentir a mi madre, pero no me quedaba más remedio. No podía explicarle lo que estaba pasando, porque no lo entendería y se preocuparía más todavía.

El gran problema de mis padres es que no saben escuchar, una cuestión que además empeora con la edad. Cada año que paso en Madrid siento que el abismo entre ellos y yo se agranda, pero ninguno podemos evitarlo. Ni ellos ni yo podemos ni queremos cambiar.

Guardé el teléfono y entré en la oficina de empleo. Era mejor dejar las cosas como estaban. El problema radicaba en que, tras la conversación con mi madre, quedaba definitivamente descartado pedirles ayuda ni un sitio donde dormir, aunque casi lo había estado desde el principio. Me sentí todavía más sola.

Eché a andar con fingida determinación y precario equilibrio por el pasillo. A medida que iba siendo consciente de lo desesperado de mi situación, me costaba más trabajo dominar mis tacones. Me acerqué al guardia de seguridad y le pregunté qué tenía que hacer. Aunque parecía una persona sumamente afable, yo seguía con el miedo en el cuerpo y esperaba cualquier respuesta. Temí que ya no me atendieran o que estuvieran dados todos los números del día, pero, seguramente por primera vez desde que había

empezado toda aquella locura, mis miedos no se cumplieron. Quizá tuve suerte por una vez, o sencillamente las oficinas de empleo de los barrios ricos estaban menos saturadas que el resto.

Darme de alta como demandante de empleo fue sencillo. Me pidieron el carnet de identidad y me sacaron una hoja de papel con varias fechas en las que tenía que presentarme a sellar. Me dijeron que también podía hacerlo por internet y me dieron un recorte pequeño fotocopiado con las instrucciones. Nadie me miró raro, ni me insultó ni me hizo preguntas embarazosas, ni siquiera miraron más de medio segundo mi extraño aspecto. Pensé, aliviada, que los trabajadores de aquella oficina tenían que ver cosas muy raras todos los días para no haberme prestando ninguna atención.

La dirección de mi DNI era la casa de Jacobo, así que les dije que iba a cambiarme de domicilio en breve. Me respondieron que no tenía importancia, dado que el documento estaba en vigor, y que les avisase cuando me mudara para poder modificar los datos de envío de los cursos y ofertas de trabajo a las que me debía presentar. Les prometí que lo haría inmediatamente. En cuanto pudiera, me preocuparía de aquello. No tenía ni idea de cómo lo haría, pero necesitaba un lugar donde vivir, y rápido.

Quedaba el paso siguiente y más complicado, pedir el subsidio en mi extraña situación. Además de que tenía derecho a él, en ese momento me era completamente imprescindible. Lo necesitaba para vivir.

Estuve un buen rato esperando, hecha un manojo de nervios. Las mesas de los subsidios iban mucho más lentas, ya que los trámites eran más largos y complicados. Intenté dejar la mente en blanco, pero no pude. Así que, para matar el tiempo y calmarme en lo posible, decidí abordar la cuestión que más me angustiaba.

Busqué "José Luis Bastos" con el teléfono. Aparecieron un montón de noticias y fotos de su detención, y de paso alguna foto mía con cara de pasmo, el vestido colombiano, el jersey de José Luis y la bolsa de churros. Si no fuera por la situación tan comprometida en la que me encontraba, incluso me hubiera reído.

Jacobo me había resumido muy bien la situación. José Luis había sido detenido por soborno, tanto a la autoridad como a una inspectora de sanidad, que a su vez también estaba detenida por falsificación de informes sobre los productos cárnicos de la empresa Bastos. La policía había registrado concienzudamente la casa de José Luis en busca de pruebas y habían llenado un furgón de documentación, además de llevarse el ordenador para

examinarlo. En varios periódicos hablaban de que "la compañera sentimental de Bastos había salido del domicilio del imputado para hacer algunas compras cotidianas y no se encontraba en el lugar durante la detención" (foto mía con la bolsa de churros).

Compañera sentimental. Bella desconocida. Y se suponía que esa era yo. No me extrañaba la reacción de mi madre. Incluso me pareció bastante prudente dado cómo suele comportarse ante el más mínimo suceso que se sale de lo cotidiano. Cerré los ojos con fuerza, los volví a abrir y me concentré en la pantalla que iba marcando los turnos para acudir a cada mesa. Era lo mejor que podía hacer para no volverme loca.

Por fin llegó mi turno. Notaba todo el cuerpo rígido y me sudaban las manos. Me encaminé a la mesita que me había asignado la pizarra. Tenía dos pequeños biombos transparentes que le daban un poco de privacidad, lo que me alegró bastante. Había ciertas cosas que tenía que contar que no me apetecía que fueran en público.

El funcionario que me tocó era un chico joven, de unos treinta años, rubio, con el pelo ondulado recogido en una coleta. Tenía unos ojos verdes bonitos, pausados, que contrastaban con el dinamismo de sus gestos. Era el típico hombre en el que no te fijas demasiado la primera vez que lo ves, pero que si lo miras una segunda no puedes entender cómo no te habías dado cuenta antes de su atractivo. Un guapo de incógnito. Me reñí a mí misma por pensar en esas cosas cuando tenía semejante embrollo encima, pero no lo pude evitar. El chico me había llamado la atención.

Le entregué los papeles y decidí ser completamente sincera con él. Pensé que decir la verdad era la única opción que tenía si quería salir mínimamente airosa de aquella situación.

Primero le dejé hacer. Cogió el sobre que me habían dado en recursos humanos y con una rapidez pasmosa colocó a un lado unos papeles, dejó otros, tecleó en su ordenador, también en una calculadora de mesa y después se giró hacia mí.

- Necesito un número de cuenta - me dijo.

- No tengo - respondí.

-¿No tiene? - me preguntó con un gesto de sorpresa mucho menor del que yo había esperado.

- Mi ex pareja me ha eliminado esta mañana de la cuenta que compartíamos. Rompimos ayer.

- Pero eso no puede ser - dijo con una seguridad que me hizo sentir aún

más pena de mí misma.

- Eso creía yo - contesté. - También creía que era cotitular de esa cuenta, pero solo estaba autorizada. Y también creía que me era fiel.

- No lo entiendo. Su salario no podía ir a una cuenta en que la estuviera solo autorizada, no tiene ningún sentido, deberían haberle avisado en su empresa.

- Pues así era. Cuando empecé a trabajar allí tenía mi propia cuenta, después, cuando me fui a vivir con mi ex pareja, la cerré y cambié la domiciliación. Supongo que no lo comprobaron, como tampoco yo lo hice. Usaba mis tarjetas de crédito pero no accedía a la cuenta, de eso se ocupaba él, así que no me he enterado hasta esta mañana.

- Entonces vaya al banco y abra otra cuenta para que podamos domiciliar el pago del subsidio.

- Sé que tengo que hacerlo, pero no he podido aún.

- No se preocupe por el plazo, tiene quince días para solicitar el subsidio. Vaya al banco, abra una cuenta a su nombre y vuelva aquí. Dejaré su documentación preparada para cuando tenga el trámite hecho. No se inquiete, tiene tiempo de sobra. - El funcionario sonrió y empezó a colocar los papeles para dar paso a otra persona. Deseé dejarme contagiar por la tranquilidad de aquel hombre y pensar que la solución era así de fácil, pero el caso es que no lo era.

- Muchas gracias - contesté muy seria. Tenía los pies clavados en el suelo. No me moví.

-¿Necesita alguna cosa más?

- La verdad es que sí.

- Dígame.

- No tengo casa. No puedo volver a la de mi ex pareja, y esa es la dirección que figura en mi tarjeta de demandante de empleo. Si me envían papeles allí supongo que los tirará.

-¿No tiene casa? Pero habrá un lugar donde se haya ido a vivir, aunque sea de manera provisional, y donde le podamos mandar las notificaciones. No importa que no esté empadronada en ese domicilio, es solo para contactar con usted.

- No tengo dónde dormir, no tengo a nadie en Madrid con quien tenga la confianza suficiente para pedirle ese favor. Mis padres viven en un pueblo y no saben que me han despedido. Tengo que buscarme un sitio donde quedarme, pero para eso necesito dinero. Las tarjetas de crédito de mi anterior cuenta

están anuladas, así que solo puedo abrir una cuenta nueva y utilizar mi indemnización hasta que empiece a cobrar. Tengo el cheque en el bolso. Pero no me atrevo a entrar en el banco vestida con esta pinta y no puedo comprarme ropa, porque no puedo pagarla hasta que no vaya al banco. Estoy en un bucle que no sé cómo solucionar.

El funcionario tenía cada vez los ojos más abiertos. Miró de reojo mi ropa y no dijo nada. Empecé a dudar de si me estaba creyendo. Un instante después se giró y se puso otra vez a teclear a gran velocidad en el ordenador. Cuando terminó, volvió a dirigirse a mí. Su voz era suave y resuelta a la vez.

- Lo de la dirección está resuelto - me dijo. - He puesto la de mi casa, así que todas las notificaciones que lleguen a tu nombre te las haré llegar. No es muy ortodoxo, pero esta es una situación excepcional. Entiendo que no quieras entrar así al banco, aunque no creo que tuvieras ningún problema para abrir una nueva cuenta. Me parece que estás demasiado abrumada por la situación, y no me extraña. Tengo media hora para desayunar que nunca utilizo, porque me da apuro hacer esperar tanto a la gente, así que hoy voy a usar el tiempo que sea necesario para acompañarte a una tienda a por ropa y después al banco.

-¿Por qué haces esto? - No se me había escapado que había empezado a tutearme, así que yo hice lo mismo.

- Alguien tiene que ayudarte.

Estuve a punto de no decir nada más y dejarme llevar sin más, pero no era justo. Aun arriesgándome a que cambiara de opinión, tenía que contarle el resto. Ya se estaba levantando, así que le hice un gesto para que esperase.

- Tengo que decirte una cosa más antes de que me ayudes - le dije muy seria.

- Pero, ¿hay más? - su cara de desconcierto tenía algo de cómica.

- Mucho más. Quizá me hayas visto en la tele. Si aún no ha pasado, seguramente me verás en el telediario de mediodía. Resumiendo mucho, ayer me despidieron y media hora después me encontré a mi pareja con otra mujer. Salí huyendo de casa y en un restaurante conocí a José Luis Bastos. Pasé la noche con él y de milagro no estaba en su casa cuando lo detuvieron. La gente cree que soy una especie de Mata Hari, pero no es verdad, no tengo nada que ver con esa historia ni sé nada. Tampoco tengo cuentas secretas ni soy una delincuente. De hecho, si lo fuera no estaría aquí ni en una situación tan complicada.

- ¿Eso es todo? - el funcionario, por alguna extraña razón, sonreía.

- De momento sí. Pero ten en cuenta que son solo las once y media de la

mañana.

- Vámonos entonces y arreglemos todo este lío.

7. Julián

El funcionario se echó una mochila al hombro y atravesó el pasillo a zancadas largas, conmigo detrás siguiéndole lo más rápido que los tacones me permitían. Me esperó en la puerta y salimos juntos del INEM. Lo sentí un poco por las personas que estaban esperando pacientemente su turno, pero, dadas las circunstancias, mi gratitud hacia ese hombre estaba muy por encima de mi solidaridad con el resto de la cola. Me animé pensando que la mayoría estaría en mejor situación que yo, aunque era evidente que mi argumento era bastante poco consistente. No sabía por qué aquel chico me estaba ayudando, pero, tal y como se habían puesto las cosas, me importaba bastante poco.

- Me llamo Julián, por cierto - me dijo mientras pasaba un brazo protector sobre mis hombros. Quizá en otro momento no me hubiera agradado nada esa cercanía un poco machista de un desconocido, pero, como él había dicho, era un caso excepcional. Necesitaba sentirme protegida.

- Yo, María - contesté tontamente.

- Lo sé - dijo sonriendo, - he tecleado tu nombre unas diez veces en media hora.

- Es verdad - yo sonreí también.

- ¿Dónde vamos?

- A Zara. He dejado una bolsa separada en la caja con lo que me iba a comprar cuando me di cuenta de que las tarjetas de crédito estaban bloqueadas. Al menos, la cajera me ha dicho que me las guardaría, pero no estoy segura de que lo haya hecho. Mi pinta no es precisamente de persona solvente. Son unos pantalones y una camiseta, cuarenta euros en total. En el mismo banco saco dinero y te lo devuelvo. - Me paré para coger aire. Entre los nervios, lo deprisa que caminaba Julián y mis zapatos estaba casi sin resuello.

- Tranquila - dijo Julián aminorando el paso. - Soy funcionario, cobro todos los meses. Ya me lo darás cuando empieces a cobrar tu subsidio. Sé dónde vives.

Al escuchar aquello, una ráfaga pasó por mi cerebro. Más que Pepito Grillo, resonaba en mi cabeza la voz de mi madre. "¿En qué nuevo lío te estás metiendo con ese chico? Ha puesto como tuya la dirección de su casa y te está comprando ropa. Y ya sabes que un hombre que te regala ropa es porque te la

quiere quitar, te lo digo siempre. Además, te está pasando el brazo por los hombros y tú le estás dejando. No te extrañe que se lo intente cobrar. Y lo mismo hasta quieres que se lo cobre. ¿Has perdido la cabeza?"

Le di una patada en el culo a la ráfaga antes de que siguiera con el "tienes que hacerte valer, si no te respetas a ti misma, cómo quieres que lo hagan los demás" que siempre venía después y el definitivo "así nunca te casarás" que cerraba mis autoflagelaciones. Seguí andando, concentrada en dar un paso después del otro sin romperme la crisma y dispuesta a resolver mis problemas inmediatos. Cuando pudiera, reordenaría mis ideas y mi vida, aquel no era el mejor momento de dejarme llevar por mis demonios. Un dolor agudo en el pie me recordó la llave USB que llevaba en el zapato. Aún me quedaban muchas cosas por hacer antes de reordenar nada.

Pasamos por un quiosco. La noticia ya estaba en las nuevas ediciones de algunos periódicos. En uno de ellos, en una pequeña ventanita, estaba mi foto con la bolsa de churros. "Los oportunos churros que libraron a la novia de Bastos de presenciar su detención". Ya me habían ascendido a novia. Me pareció que aquello no tenía nada de bueno y empecé a entender por qué José Luis le había dicho a la policía que era prostituta.

- ¿Te fuiste a comprar churros mientras le detenían? - preguntó Julián.

- No. Bajé a por churros y cuando volví me encontré todo el lío. Yo no sabía nada. La verdad es que tuve suerte, si llego a estar dentro de la casa cuando entró la policía me da un infarto.

- Visto así, fue lo mejor que podía pasarte. Quizá has evitado además que te detuvieran a ti también, aunque fuera solo para que te explicaras.

Seguimos caminando. Nuestra velocidad ya se había acompasado y estábamos cómodos. Julián no había retirado el brazo de mis hombros y yo no quería que lo hiciera.

- Tengo otra curiosidad - dijo Julián después de una pausa. - ¿Te puedo hacer una pregunta?

- Claro. Dime.

- ¿Por qué vas vestida así?

- No soy una puta - salté sin poderlo evitar.

- Ya lo sé. Eres recepcionista. También lo he tecleado en el ordenador esta mañana. Por eso te pregunto por qué llevas esa ropa.

- Cuando me despidieron me exigieron que devolviera inmediatamente el uniforme. Me compré este vestido para fastidiar a los de Recursos Humanos.

Julián estalló en carcajadas. Paralelamente, yo empecé a enfadarme.

Cuanto más reía él, más me enfadaba yo.

- No tiene gracia - dije por fin.

- Perdóname, ya sé que la situación no es como para reírse. Pero es que me parece un broche de oro genial a un despido. Menos mal que no se te ocurrió vestirme de payaso, de conejo o de cualquier otra cosa. Llevarías dos días paseándote por Madrid disfrazada de a saber qué y habrías ocupado todas las portadas del periódico. Se hablaría más de ti que José Luis Bastos.

- Yo pensaba cambiarme en cuanto llegara a casa - dije con voz fría. - Y cuando entré me encontré a mi pareja en la cama con otra. Por eso me fui sin cambiarme.

Julián dejó bruscamente de reírse.

- Perdóname. Tienes razón en que no tiene ninguna gracia. Bastante llevas encima como para que además yo me ría de ti.

- No te preocupes. Desde fuera, la situación debe de ser bastante cómica. Lo malo es que yo estoy dentro.

- Y ahora yo también. Vamos a por tu ropa para que recuperes un poco la normalidad.

Entramos en Zara. Fuimos directamente a la caja y pagamos lo que había dejado reservado. Sorprendentemente, la dependienta lo había guardado pese al numerito de las tarjetas. Me había ido convencida de que me suponía una compradora compulsiva.

Volví al probador y me cambié. Cuando salí, me sentía mucho mejor. Con los vaqueros y la camiseta volvía a parecer una chica normal. Julián me estaba esperando fuera.

- ¿No quieres comprarte otros zapatos? - me preguntó. - Con esos taconazos deben de dolerte los pies. A no ser que los lleves siempre, que, vistos tus andares, no me lo parece.

- Nunca llevo tacones - respondí. A aquel hombre no se le escapaba una. - Pero de momento no me los puedo cambiar. Tengo otros en el bolso más cómodos, pero quiero llevar estos. Ya te lo explicaré.

- Estoy deseando que lo hagas - dijo sonriendo de nuevo. En realidad parecía estar pasárselo en grande. - También te he comprado unas gafas de sol. Es un regalo mío, no quiero que me las pagues. Creo que te vendrán bien.

- Gracias - las acepté sin dudarle, efectivamente era una muy buena idea. - Lo de los zapatos te lo contaré cuando pueda.

- No hay prisa.

Desde la tienda nos encaminamos al banco.

- ¿Te da igual uno que otro? - me preguntó Julián.
- Sí. Como comprenderás, no me estoy planteando el porcentaje TAE que van a darme por mis ahorros, solo tener una cuenta corriente y una tarjeta de crédito que me permita dejar de pedir favores.
- Lo entiendo. No quería molestarte.
- Le miré a los ojos un momento y me sentí fatal.
- Soy yo la que lo siente - dije enseguida. - Encima que me estás ayudando pago contigo mi frustración. Sí, me da igual el banco.
- Entonces vamos a este. Es con el que trabajamos en la oficina. Me conocen y todo será más sencillo.
- ¿Estás seguro de que quieres que te vean conmigo?
- Haré como que no te he oído.

La ráfaga volvió, pero esta vez con mi propia voz y para decirme que, si Jacobo hubiera sido un hombre de ley y me hubiera querido, aunque fuera un poco, me habría apoyado en esto en lugar de dejarme tirada en la calle. A Julián, que no me conocía de nada, le importaba un pimiento que alguien pudiera relacionarle conmigo, mientras que Jacobo se había encerrado en su búnker ante el primer indicio de problemas. Tenía que elegir mejor en lo sucesivo. Otra tarea más para cuando reordenara mi vida.

Entramos juntos al banco y Julián fue directo a una de las mesitas, en la que estaba una mujer de mediana edad y aspecto eficiente.

- Viene a abrir una cuenta corriente. Va a ingresar el cheque de la indemnización y domiciliar el cobro del subsidio. Trátala bien, es amiga mía - dijo Julián después de saludar a la mujer. - Antes de que yo pudiera hablar, siguió. - Se está quedando unos días en mi casa hasta que reorganice unas cuantas cosas, los últimos días han sido muy difíciles para ella. De momento, pon mi dirección hasta que alquile un piso.

- ¿Dónde vives? - le pregunté en voz baja.
- Tomás Bretón, 35. 28045.
- Vale.

La empleada del banco me trató estupendamente, mientras Julián esperaba en una silla en el vestíbulo. No me preguntó nada embarazoso ni me puso ningún impedimento. Me dijo que la tarjeta de crédito me llegaría "a casa" en dos días y mientras tanto podría sacar dinero con mi DNI. Pedí 300 euros en ese mismo momento, para devolver el préstamo a Julián y poder empezar a funcionar. Fue un gran alivio. Sentí como si me devolviera mi derecho a la ciudadanía.

Salí del banco con Julián, sonriendo por primera vez en muchas horas.

- Pareces otra persona - me dijo.

- Seguro que sí. Ya no parezco una loca en busca y captura.

- Nunca lo has parecido.

- Ahora necesito solo dos cosas para convertirme definitivamente en una persona normal. Comprarme una muda y darme una ducha. Créeme si te digo que las dos cosas me hacen mucha falta.

- Me lo imagino. No creo que los policías te hayan dejado ducharte mientras hacían el registro.

- Ni se me pasó por la cabeza pedírselo.

Llegamos a la puerta de la oficina de empleo. El camino de vuelta se me hizo mucho más corto que el de la ida. Tenía que volver a volar sola y la idea me hacía poca gracia.

- Supongo que aquí se separan nuestros caminos - dije, sintiendo muchas cosas a la vez. - No dejes de avisarme si llegan cartas para mí.

- ¿Y qué piensas hacer?, ¿esperarás a encontrar un piso de alquiler o una habitación para poder ducharte?

Me quedé callada. Tenía razón, no era viable.

- Creo que aún necesitas que te ayude un poco más. Estas son las llaves de mi casa. Vete para allá, dúchate y come algo. Hay un poco de todo en la nevera. Metro Delicias.

- No puedo aceptarlo. Es demasiado, no me conoces. Podría ser una delincuente de verdad.

- Correré el riesgo. No puedo dejarte deambulando por las calles de Madrid aunque ahora lleves ropa normal. Estás demasiado sola.

- Supongo que tienes razón. Iré a tu casa, me ducharé, comeré y empezaré a buscar piso. ¿A qué hora llegarás?

- A las tres. Tienes un par de horas para desvalijarme.

- Gracias. Lo haré en hora y media por si llegas antes.

Eché a andar, intentado darle a mis pasos un aire decidido y un poco sexy. Pero me dolía demasiado el pie, así que los tacones me temblaron ligeramente. Lástima.

Busqué en mi teléfono la tienda de lencería más cercana y me compré dos conjuntos sencillos: uno blanco y uno negro. Acto seguido, mandé un mensaje a Jacobo con la dirección de Julián para que me mandase mi ropa. No podía esperar a tener una definitiva para poder vestirme, y seguir gastando dinero era un disparate. Puse la dirección de Julián en el GPS del teléfono y me metí

en el metro.

Mientras veía por la ventanilla cómo se sucedían las estaciones, pensé dos cosas. La primera, que debía averiguar lo antes posible y muy discretamente qué contenía la llave USB para decidir qué tenía que hacer con ella. Si José Luis la había puesto en mi zapato en lugar de dársela a la policía tenía que ser por una razón importante. No sabía de quién la estaba ocultando ni por qué, pero de lo que sí estaba convencida era de que se trataba de algo lo suficientemente grave para darme problemas. Destruirla no era una opción. Al menos no hasta que conociera su contenido.

La segunda cosa que pensé fue que debía desconectar la conexión GPS de mi teléfono, para dejar de repartir pistas por todas partes a cada paso que daba. Al menos, hasta que supiera qué tipo de partida estaba jugando y si me estaba enfrentando con alguien, debía ser cauta.

Cuando salía del metro en la estación de Delicias, tuve una corazonada. En un impulso, frené en seco y me senté en un banco del andén, vacié mi bolso y lo revisé a conciencia. Una vez lo hube sacado todo, noté algo pequeño y duro entre el forro y la piel. Hurgué con los dedos hasta que encontré un pequeño descosido en la costura. Lo agrandé un poco y rescaté un aparatito negro. Sin ser una experta en el tema, tenía toda la pinta de ser un micrófono, un transmisor o las dos cosas. Así que la policía había revisado a fondo mis cosas antes de devolvérmelas. Y tanto que lo había hecho.

Simplemente con mi teléfono móvil podían rastrear mis pasos, pero querían además escucharme. Si destruía el aparato, ¿qué podía pasar? Pensé que era mejor guardarlo conmigo por el momento.

Salí del metro en una gran avenida llena de tiendas. Pasé por delante de un establecimiento de ropa china y se me ocurrió una idea brillante de las mías. Compré un bolso negro y funcional, el único que encontré sin hebillas gigantes, marcas imposibles ni detalles de colores chillones. Ya había llamado bastante la atención los dos últimos días.

Llené mi nueva adquisición con el contenido de mi bolso original y salí de la tienda. Busqué en mi teléfono la dirección de la oficina de correos más cercana y me encaminé hacia allí. Pedí una caja verde para envíos, metí el bolso dentro y garabateé una nota para Jacobo: "Este bolso me lo regalaste en el primer San Valentín. Francamente, ahora no me apetece llevarlo. Haz con él lo que quieras. María". Listo. La caja verde con mi bolso y el transmisor ya estaba en algún rincón de la oficina de correos. Me eché mi bolso 'made in China' al hombro y me encaminé a la casa de Julián.

8. Oasis

El GPS del teléfono me llevó hasta la casa de Julián, en pleno Barrio de Delicias, una zona que apenas conocía y que me hizo sentir bien desde que asomé la cabeza del metro. Parecía un microcosmos en plena ebullición.

En la corta distancia que recorrí y que separaba el metro de la casa de Julián, sentí como si estuviera haciendo un viaje inverso en el tiempo. A pocos pasos del fragor del Paseo de las Delicias, la calle Tomás Bretón parecía haberse escapado del loco desarrollo de los últimos setenta años. Me encontré un pequeño racimo de casas bajas de arquitectura muy original, decoradas con arcos, con un punto modernista. Irradiaban tranquilidad y sosiego, como si me hubiera internado en un pequeño pueblo de principios del siglo XX ajeno al resto de la ciudad. Aquellas casitas parecían decir que entre sus paredes no podía pasar nada malo. Me prometí que, cuando todo terminara, buscaría el origen de esas construcciones.

Saqué las llaves que me había dado Julián (solo dos, la del buzón y la de la puerta) y entré con determinación en el número 35. Tras pasar un pequeñísimo vestíbulo, me encontré de lleno en el salón de la casa. Era una vivienda muy sencilla, pequeña, decorada al estilo hippie. El comedor tenía una mesa de madera clara con sillas de mimbre, un sillón bastante desastrado pero con pinta de cómodo y una televisión pequeña de marca barata. En una de las paredes había un gran pañuelo de colores vivos bordado con espejitos, que hacía juego con la sencilla lámpara de forja y cristales de colores que colgaba del techo.

Pensé en el piso de Jacobo, en el que había vivido los últimos tres años y en el que siempre sentí estar de paso, con sus muebles de diseño, sus cuadros abstractos carísimos y su suelo de tarima blanca e impoluta. La casa de Julián tenía vida, no era una exposición de arte moderno ni una declaración de riqueza.

Me acerqué a la cocina, que parecía haber vivido su última reforma en los años 80, y busqué la cafetera. Estaba sobre la encimera. Era italiana, bastante vieja, con la parte de abajo roja y de gran tamaño. Al lado estaba el paquete de café, comprado en una tienda especializada muy famosa de Madrid y cerrado con una pinza de la ropa. Esa cafetera sí que era una auténtica declaración de intenciones. Sonreí.

La habitación tenía una cama grande hecha con prisa y un armario sencillo de puertas correderas, una mesa pequeña, una silla y un ordenador portátil. Otra silla vieja y desparejada que había un rincón acumulaba un pequeño montón de ropa arrugada. Estaba claro que Julián no esperaba visita.

Me puse a husmear en busca de la caldera, para asegurarme de que había agua caliente antes de meterme en la ducha. El salón tenía otra puerta que daba a un pequeño patio común con otras dos casas. Ahí estaba la caldera, un modelo moderno de condensación. El icono del agua caliente estaba iluminado.

Cerré la puerta del patio y volví a la habitación en busca de una toalla. No me quedó más remedio que abrir el único armario que había. Aunque estaba en casa de Julián y había visto sus cosas, abrir su armario me parecía una intromisión excesiva. No obstante, necesitaba secarme, así que lo hice.

La ropa estaba bastante ordenada. Era casi toda de estilo desenfadado y con mucho colorido, camisas sport, camisetas alegres y pantalones de colores neutros y con muchos bolsillos. En un lado había un traje oscuro y una corbata colocada directamente sobre la percha. Supuse que era "el traje de las bodas", como llamaba con desprecio Jacobo a esos trajes gris marengo que algunos hombres repiten en todos los acontecimientos importantes a los que tienen que acudir.

En la parte de abajo del armario había una balda para zapatos y un cajón grande con sábanas y toallas. Me llamó la atención lo bien dobladas y planchadas que estaban. Cogí una toalla grande de color naranja, dejé los zapatos junto a la puerta para no pisar con ellos las baldosas del baño y me fui a la ducha.

El baño era antiguo, como el resto de la casa, con baldosines anaranjados, un gran espejo y una bañera con cortinas. Me recordaba al de la casa de mis padres. Al menos, los sanitarios eran blancos, no se habían llegado a contagiar de la locura de lozas de colores de la Movida, muy probablemente porque eran anteriores. No tenían demasiado brillo pero estaban impecablemente limpios.

Me di una larga, tibia y placentera ducha. Me lavé el pelo con un champú desenredante especial rizos que encontré en la bañera y me froté bien el cuerpo con un jabón de glicerina. No había ni rastro de gel. Me sequé bien, me envolví en la toalla y salí. No tenía peine en el bolso, así que tuve que abrir el armarito del baño en busca de uno.

Que Julián tuviera el pelo largo fue de gran ayuda. Encontré un peine

ancho que usé para desenredarme y otro más fino con el que me peiné. En una cajita había una colección de gomas de pelo marrones y negras. Había incluso secador. Me dejé el pelo suelto, lo ahuequé un poco con las manos y salí del baño.

En el salón me esperaba una sorpresa en forma de señora mayor armada con una escoba, barriendo mientras cantaba. Ahogué un grito para no asustarla y me quedé plantada en el umbral del baño, sujetando la toalla contra mi cuerpo con las manos tensas. Busqué con la mirada mis zapatos verdes. Estaban donde yo los había dejado. Se me había pasado por la cabeza que aquella mujer podía ser una espía de la policía o de quién sabe qué mafiosos. La ducha no parecía haberme despejado demasiado las ideas.

La señora me vio y dio un pequeño respingo.

- Ay, perdona, bonita - me dijo. - No sabía que había alguien. Te habré asustado.

- No se preocupe. Un poco sí me ha asustado, la verdad, no la he oído entrar, supongo que por culpa del ruido de la ducha.

- Lo siento. Yo tampoco he oído nada, pero en mí es normal. Estoy un poco sorda, pero no hago caso a mi nieto y no me dejo poner sonotone.

Sonreí al oír aquella palabra. No sabría decir cuántos años hacía que no oía llamar así a un audífono.

- Me llamo María - le dije.

- Yo, Engracia - respondió la mujer. - Soy la abuela de Julián.

Engracia me contó que se dejaba caer de vez en cuando por la casa de su nieto (me dio la sensación de que todos los días) y le daba un pequeño repaso. Le planchaba la ropa, le recogía la habitación y le "pasaba" la cocina y el baño. A veces también le metía comida en la nevera. Él se empeñaba en que no lo hiciera, pero sin demasiado ímpetu. A cambio, se ocupaba de pedirle la hora para el médico, la llamaba con frecuencia y la llevaba a comer fuera los domingos.

La mujer me explicó que vivía en la casa de al lado, un apartamento igual que el de Julián, con baño, cocina y una sola habitación. Inicialmente había sido una sola casa más grande, pero ella hizo la reforma cuando enviudó en los años ochenta y sus hijos ya no vivían con ella, con intención de alquilar una de ellas y sacarse un dinero.

Julián se empeñaba en pagarle un pequeño alquiler, pero ella lo estaba

guardando aparte para cuando él se casase y necesitara una casa más grande. Engracia me recordaba bastante a mi propia abuela, tan agradable, tan sencilla y tan proclive a contarle su vida entera a cualquiera que quisiera escucharla.

Me llamó la atención que no se inmutara al haberme encontrado medio desnuda en casa de su nieto a una hora en la que toda la gente normal está trabajando. Me pareció que no me juzgaba, como tampoco lo había hecho Julián. Esa naturalidad en asumir las situaciones más peregrinas parecía venirles de familia.

Me sentí obligada a explicarme, aunque no fui capaz de decirle la verdad tal cual.

- He conocido hoy mismo su nieto - le dije cuando terminó su charla. - Estoy pasando un mal momento y se ha ofrecido a ayudarme. No sé qué impresión le habré causado al salir de la ducha a estas horas, pero los dos últimos días han sido muy difíciles para mí. Espero encontrar un sitio donde vivir lo antes posible y no causarle más molestias a Julián.

Entonces sí que noté que Engracia se sorprendía.

- Qué pena - me dijo.- Creí que eras su novia. Hace mucho que Julián no sale con ninguna chica y me había hecho ilusiones. Además eres muy guapa.

- Gracias -contesté. Me sentí halagada, sobre todo en un momento en que tenía aquella sensación tan intensa de que todo el mundo pensaba mal de mí.

- Me voy a vestir - dije. - A este paso me voy a enfriar.

- Sí, claro, bonita. Ve a vestirte, que te estoy entreteniendo y seguro que tienes mucho que hacer.

Me metí rápidamente a la habitación con los zapatos en la mano. Me cambié por fin de ropa interior y me puse de nuevo la camiseta y el pantalón que me había comprado en Zara. Rescaté la llave USB de su escondite y me la metí en el bolsillo trasero del pantalón. Empezaba a ser urgente ver qué contenía.

La ropa desordenada de Julián ya no estaba en la silla. Su abuela la había recogido y seguramente metido en la lavadora o guardado en el armario. Sin dudar de las capacidades de Julián, ahora entendía mejor por qué su casa estaba tan limpia y la ropa blanca tan bien planchada.

Miré mi teléfono. Tenía varios mensajes de Jacobo y otro de un número desconocido. Empecé por los de Jacobo. Resumen:

"Prisión sin fianza a la espera de juicio. Tu querido novio debe de ser una buena pieza. Mañana por la mañana voy a dar de baja el móvil, apúntate los teléfonos importantes por si se te borran. No te molestes en conservar el mío".

Precioso. Me entraron ganas de estampar el teléfono contra la pared, pero me contuve. No quería asustar a la abuela de Julián ni destrozar el móvil antes de leer el mensaje del número desconocido.

"Me queda una hora para llegar. Date prisa en desvalijarme ;)"

Evidentemente era Julián. Respondí:

"No te preocupes. El truco de mandar a tu abuela a echar un vistazo ha sido un plan muy inteligente. Casi me pilla llevándome la plata"

La respuesta de Julián tardó un poco en llegar.

"Perdona. No había pensado en que fuera a pasarse por casa. Esta mujer es imposible. Espero que no te haya asustado"

"No, es muy maja. Me ha dicho que soy muy guapa" - contesté.

"Ya hablaré yo con ella. Es una casamentera de cuidado. Con eso no quiero decir que no seas guapa :)"

"Bueno, voy a ver qué puedo llevarme sin que me vea. Hasta ahora".

"Hasta ahora".

Salí de la habitación, vestida pero descalza. Ya que había cambiado la USB de sitio no era necesario seguir arrastrando aquellos condenados zapatos de tacón. Engracia estaba pasando una bayeta por la encimera de la cocina.

- ¿Has comido? - me dijo. - Acabo de meter una fiambra de albóndigas en la nevera. O quizá quieras esperar a Julián. Vendrá muerto de hambre, como siempre, porque no baja nunca a desayunar. Dice que le da apuro con tanta gente esperando. Un día se va a marear.

- Pues hoy tampoco ha desayunado...

- ¿Lo ves? Si es que es un caso. A ver si tú consigues convencerle de que no puede estar desde la siete de la mañana que sale de aquí hasta las cuatro sin comer. Es una barbaridad, por mucho que desayune fuerte.

- Tiene razón. Es demasiado tiempo - dije convencida. Mis tripas empezaron a rugir. Yo tampoco había comido nada desde hacía ni se sabe las horas. - Le esperaré y le diré que ha traído usted albóndigas.

- Muy bien. Y llámame de tú, por favor.

- Lo intentaré.

Engracia abrió la puerta del patio y se marchó con su paso menudo.

Abrí la nevera y saqué las albóndigas. Busqué una cacerola, las eché dentro y las puse en el fuego. Tenían una pinta estupenda. Engracia había dejado también una barra de pan envuelta en una bolsita de papel encima de la

mesa del comedor. En un impulso audaz, puse la mesa para dos. Después, cogí mi teléfono, tomé nota de los números más importantes que no me sabía de memoria, lo apagué y quité la batería.

Seguramente, si lo encendía al día siguiente ya no estaría operativo, pero pensé que, de alguna manera, era lo mejor que me podía pasar. Si alguien estaba siguiéndome a través del GPS, ya no podría hacerlo. Si Jacobo quería seguir haciéndome daño, tampoco. Me buscaría un teléfono simple de prepago, llamaría a mi madre y le daría el número. Y quizá a la policía, aunque eso todavía no lo había decidido.

Un rato después llegó Julián. Me levanté del sillón en el que me había sentado a falta de nada mejor que hacer y fui a saludarle. Era una situación extraña. La mesa estaba puesta y yo, recién duchada, iba a darle la bienvenida. Aquello parecía una escena cotidiana y natural, aunque no tenía nada de eso. Pensé que, en el fondo, no me hubiera importado que lo fuera.

Efectivamente, las albóndigas estaban buenísimas. Llevaban azafrán, uno de los sabores que me pierden. Julián estuvo alegre y hablando durante toda la comida, y yo me limité a seguirle la corriente como buenamente pude. No quería hablar de nada comprometido, lo que limitaba mucho mis posibilidades.

Cuando acabamos las albóndigas me ofrecí a hacer café. Julián insistió un poco en hacerlo él, argumentando que de alguna manera era su invitada, pero no le dejé levantarse y me fui a la cocina.

Una de las pequeñas cosas que más me gustan en la vida es oler el café cuando voy a prepararlo. El momento de meter la cuchara en el paquete y escuchar el crujido al mismo tiempo que el aroma sube hasta mi nariz me supone un enorme placer. En ese momento del ritual cierro los ojos y me concedo unos segundos de no pensar en nada. Aquella cafetera vieja olía a mil cafés, parecía un testigo mudo de otras tantas historias. Ahora iba a escuchar una más.

La cerré a conciencia, apretándola contra mi cuerpo para hacer más fuerza, como siempre había hecho en casa de mis padres. La puse al fuego y volví al salón.

Recogimos todo en un momento y nos sentamos en el sillón con el café. Julián se puso serio.

- No sé si te ha dado tiempo a ver las noticias - me dijo.

- No. Pero mi ex novio me ha mandado un mensaje diciéndome que el juez ha mandado a José Luis a prisión sin fianza a la espera de juicio. También me

advertía de que mañana daría de baja mi teléfono móvil.

- Dejando a tu ex novio aparte, ¿en qué situación te deja a ti este asunto?

- La verdad es que no lo sé. Yo no vi nada ni sé nada, así que en teoría no debería afectarme, pero tengo una llave USB en el bolsillo trasero del pantalón que no sé qué contiene y que José Luis metió en mi zapato antes de que le detuvieran.

Julián miró instintivamente a derecha e izquierda.

- No te preocupes. He apagado el teléfono y le he sacado la batería. Mi bolso tenía dentro un transmisor, pero va de camino a casa de mi ex en forma de paquete postal. No me atreví a quitarlo y tirarlo directamente, desembarazarme del bolso me pareció la mejor opción. Ahora llevo uno mucho más feo pero a prueba de espías.

La cara de Julián se volvió impertérrita. No le culpé. Seguramente estaba pensando que su arrebato de buen samaritano podía costarle muy caro. Me dispuse a facilitarle las cosas, como ya había decidido hacer mientras calentaba la comida.

- Yo me marchó ya. No tienes por qué cargar con esto ni exponerte a algo que ni siquiera sé lo que es por una persona a la que no conoces de nada. Yo me he encontrado metida en este lío y tengo que salir, pero eso no te atañe a ti. Dale las gracias a tu abuela por las albóndigas y dile que, cuando todo esto acabe, me pasará a verla y le pediré la receta.

Me levanté del sillón y fui a buscar mis zapatos.

- María - me llamó Julián. - Espera.

Di media vuelta y me quedé mirándole, yo de pie y él sentado.

- ¿Sabes por qué pedí que me destinaran al INEM cuando aprobé a oposición?

- No.

- Porque me gusta ayudar a la gente. Ni en mi vida personal ni laboral dejo tirado a nadie. No tienes adónde ir y los dos lo sabemos. Necesitas mi ayuda, aún más ahora que José Luis está en la cárcel y de momento no tienes manera de devolverle la llave. Tenemos que saber qué contiene para poder decidir qué hacemos con ella. También tenemos que saber quién puso el transmisor en tu bolso y si han conseguido seguirte hasta aquí.

- Creo que el transmisor lo puso la policía. Revisaron mi bolso antes de devolvérmelo. Me lo dejé en casa de José Luis cuando fui a por los churros. Dado que también les di mi número de teléfono, no me extrañaría que me hubieran seguido hasta aquí.

- Si es la policía estamos relativamente seguros. Lo que me preocupa es que no hayan sido ellos, o que quien haya sido no esté siguiendo las indicaciones oficiales. Hay mucho dinero por medio.

- Lo sé. Yo también lo he pensado.

Julián se levantó por fin, pasó por mi lado y fue a su habitación. Abrió un cajón de su cómoda y volvió. Me dio una pequeña bolsa de cuero con un cordón.

- Es de cuando era más joven, una bolsita de las que se llevaban para meter el hachís. Yo nunca fumé, pero me parecía que me hacía muy malote llevarla colgada en el cuello. Creo que es más práctica que esos taconazos. Si te parece bien, pon la llave dentro y vamos a una zapatería. Necesitas urgentemente unas zapatillas de deporte por si tienes que echar a correr.

- Gracias - contesté. Cuando me tendió la bolsa le cogí deliberadamente la mano. Lo necesitaba.

Recogimos las tazas, me puse la bolsa de cuero de Julián por debajo de la camiseta y salimos de casa, mirando hacia un lado y hacia otro. No nos pareció ver a nadie, pero eso no significaba que no nos estuvieran vigilando. Volvimos al Paseo de las Delicias, entramos en una zapatería y compramos unas zapatillas de deporte cómodas y baratas y dos pares de calcetines. Salí de la tienda con los zapatos verdes en una bolsa y siete centímetros menos de estatura.

Pareces una persona completamente distinta a la que entró esta mañana en el INEM - dijo Julián.

- Pues esta soy yo de verdad.

- Encantado de conocerte - respondió Julián sonriendo.

Julián volvió a pasarme su brazo protector por encima de los hombros y de nuevo me dejé hacer. Íbamos por la calle como una pareja más, entre los cientos de paseantes que se movían de un lado para otro en aquella avenida tan grande en la que apenas se podía avanzar sin tropezar. Acostumbrada a los barrios elegantes donde había trabajado y vivido los últimos años, aquella mezcolanza de gentes me llamaba mucho la atención. Había negros, latinos, chinos y españoles completamente mezclados, en general vestidos de manera sencilla y con distintos bultos en la mano.

En aquella calle no se veían hombres trajeados, mujeres con vestidos oscuros, peinados sobrios y tacones ni maletines de trabajo; había hombres en vaqueros y pantalones de estilo deportivo, con polos y camisetas desgastados,

y mujeres vestidas de mil maneras: con ropa deportiva, vestidos elásticos y ajustados, camisetas y pantalones desenfadados... Me crucé muchas mujeres jóvenes, bajitas y redondeadas, orgullosas de sus formas voluptuosas, con ropa ceñida de colores llamativos, tintes mal dados y cejas demasiado depiladas, desafiantes ante la vida, atrevidas y coquetas. Quizá, en aquel barrio, mi vestido colombiano no hubiera llamado tanto la atención. Pero no me lo quería volver a poner en lo que me quedaba de vida.

Lo que más me sorprendió de aquellos paseantes fue que muchos sonreían. Estaba acostumbrada a pasear por las calles de la 'city' madrileña, en que todo el mundo se movía muy seguro de sí mismo y con mucha prisa, pero donde nadie parecía feliz. Incluso daba la sensación de que lo que se valoraba era parecer estresado para darse más importancia.

Además, en aquel paseo había niños. De todas las edades y colores, corriendo de un lado para otro entre chillidos de madres nerviosas porque los perdían de vista entre el gentío y el ruido de los coches. Donde yo vivía antes apenas había niños, y, los que había, llevaban ropa bonita y rígida, lazos grandes en el pelo las niñas, calcetines bien estirados y con borlas los niños. Pese al ruido casi ensordecedor de los coches y el miedo que se había aposentado en la parte baja de mi espalda, disfruté del paseo.

Un par de horas más tarde volvimos a la casa de Julián. Todo parecía en calma.

Nos sentamos de nuevo en el sillón. Teníamos que hacer planes.

- Creo que lo primero que tenemos que hacer es saber qué contiene la llave para saber qué pasos debemos dar a continuación. Pero no me parece prudente utilizar este ordenador - me dijo Julián. - Si yo fuera un hacker pagado por la policía o a saber por quién, el primer paso que daría sería espiarlo o directamente ventilarlo con un par de oportunos virus. Si no te parece mal, mañana me llevaré la llave a la oficina y la abriré allí. Quien sea que esté interesado en esto no se atreverá a tocarme ahí dentro, con vigilantes de seguridad en la puerta y la oficina llena de gente.

No respondí. Mi mente iba a toda velocidad, tratando de analizar posibilidades.

- Los ordenadores no son una maravilla - siguió Julián - pero son muy robustos y están muy bien protegidos de ataques cibernéticos porque contienen datos muy sensibles. Seguramente me esté jugando el puesto de trabajo al descargar allí la llave, pero creo que es lo más sensato que podemos hacer. Si me pillan ya me inventaré algo.

- Me parece bien - le dije por fin. No veía una forma más segura de proceder dejando a Julián al margen. - No voy a darte las gracias cada vez que me haces un favor porque no acabaría nunca.

- No lo hagas. Ya te dije que no dejes tirada a la gente. Te ayudaré hasta que salgas de este lío.

- Espero que no te arrepientas.

- Seguro que no.

Improvisamos una cena a base de huevos y patatas y pusimos la televisión para ver el informativo de la noche. Efectivamente, José Luis Bastos había sido enviado a prisión sin fianza por grave riesgo de fuga y destrucción de pruebas. Volvió a aparecer una imagen de su detención, pero afortunadamente yo ya no salí. Parecía que los medios se habían olvidado de mí. La noticia sobre José Luis tampoco fue demasiado extensa, enseguida pasaron a otra cosa.

- Deberíamos dormir - me dijo Julián. - Mañana nos espera un día largo. Estaría bien que vinieras a la oficina sobre las once, en mi rato de desayuno me saldré del sistema y miraré contigo la llave. Después veremos lo que hay que hacer.

- De acuerdo - respondí. - ¿Cuánto es de segura esta casa?

- Bastante, aunque no lo parezca. Hace treinta años, mi abuela la blindó por todas partes, era una época en que había muchos adolescentes en el barrio enganchados a la droga que robaban lo que pillaban y tenía miedo. Las cerraduras son antiguas, lo que las hace más difíciles de forzar. No te digo que no pueda entrar nadie, pero les costará un poco.

- No sé si me estás diciendo la verdad o solo tranquilizándome, pero te aseguro que necesito dormir. Y antes de que me ofrezcas tu cama, te anticipo que me quedo en el sofá. Sé que no dejas tirada a la gente, pero yo no invado las camas de los demás.

- Bueno - dijo simplemente Julián. Se levantó y trajo una sábana y una manta fina. - Como es un piso bajo hace fresco por la noche. Que duermas bien.

- Gracias - contesté suavemente. Julián desapareció en la habitación. De repente me sentí muy sola.

9. Miedo y muelles en la espalda

El sofá no era tan cómodo como me había parecido en un principio. En un primer momento pasaban inadvertidos, pero tenía unos pequeños muelles en el interior de los cojines que se me fueron clavando poco a poco en la espalda hasta que no me dejaron pensar en otra cosa. Además, era demasiado estrecho para moverme con libertad, lo que me obligaba a cambiar de postura con sumo cuidado para no caerme.

Enseguida tuve los brazos entumecidos y la espalda rígida. Y era cierto que, aunque ya hacía calor, sobre todo a mediodía y por la tarde (estábamos en una primavera especialmente cálida), aquella casa era húmeda y fría de noche.

Luego estaba el miedo. Ahora que tenía una relativa calma que me dejaba pensar en mi situación en lugar de limitarme únicamente a actuar, el miedo se hizo dueño y señor de mi mente.

No sabía a quién me estaba enfrentando. Quizá lo más prudente era llevar la USB a la policía y olvidarme de todo, pero volví a pensar que antes tenía que saber lo que contenía. Se lo debía a José Luis. Aunque solo hubiéramos estado juntos unas horas, no podía olvidarme así como así de él.

Aquello iba mucho más allá de la atracción física que me había llevado a su cama. Lo que me impulsaba a no quedarme pasiva ante su situación era la soledad que había adivinado en él, las pesadillas de aquella noche, su desamparo. Aunque fuera un hombre poderoso, estaba completamente solo, como yo cuando le conocí.

No me había enamorado de él. No ocurrió aquella noche ni ocurriría. Pero sí había establecido un vínculo con él, una suerte de lealtad, que no pensaba dejar de lado. Tenía que saber qué estaba pasando y actuar en consecuencia. Quizá estaba completamente equivocada, pero me daba la sensación de que José Luis no era como le describía la prensa. Al menos no lo fue conmigo.

O quizá simplemente yo era como Julián, que no dejaba tirada a la gente. Mi mente volvía una y otra vez a pensar que, si se había arriesgado a dejar aquella llave en el zapato de una casi desconocida, tenía que tener una razón poderosa para ello.

Me dolía la espalda. Por el sillón pero sobre todo por el miedo. Era la segunda noche que dormía fuera de la que había sido mi casa durante los últimos tres años. En el fondo siempre supe que algún día Jacobo y yo

romperíamos y yo me marcharía con una mano delante y otra detrás, pero nunca pensé que lo de "irme sin nada" iba a ser tan literal. Segunda noche fuera de "mi" casa y segunda noche en casa de un hombre diferente. No podía seguir yendo así por la vida.

Julián me había dejado una camiseta suya para dormir. En una silla estaban mis escasas pertenencias: dos pares de zapatos, unas zapatillas, dos pares de calcetines, dos mudas, un vestido imposible, un conjunto normal, el jersey de José Luis y un bolso del chino. A eso añadíamos ahora una camiseta vieja de Julián. Maravilloso. Solo me faltaba un carro de la compra robado del Mercadona y un peluche tuerto. La USB estaba en mi cuello, metida en la bolsita de cuero de Julián. Me agarré a ella e intenté dormir.

La espalda se me quedó totalmente rígida. Sentía escalofríos. La casa tenía sus propios ruidos, a los que aún no estaba acostumbrada, y no podía dejar de mirar la puerta que separaba el salón del pequeño recibidor. Pensaba que en cualquier momento se podía abrir. En la semioscuridad, me pareció ver en más de una ocasión que el pomo se movía.

Empecé a respirar con cierta dificultad. No podía dejarme vencer por la ansiedad ni por el miedo, no tenía más opciones que seguir adelante, pero sentí que me estaba quebrando.

Para calmarme, hice un esfuerzo para recordar los rasgos de la cara de Julián, sus ojos verdes sosegados, su boca perfecta, su nariz recta y ligeramente ancha y su pelo rubio, largo pero muy masculino. Intenté recordar su olor cuando me pasaba el brazo por los hombros, un aroma suave, a piel clara y un poco pecosa. Aquel ejercicio me ayudó a sentirme mejor. Hasta cierto punto.

En realidad me moría de ganas de ir a la habitación de Julián y acurrucarme con él en la cama. Me molestó tener que reconocérmelo a mí misma, pero era la pura verdad. Curiosamente, dejar de negar la evidencia me ayudó mucho a tranquilizarme. Pero no me quitó en absoluto las ganas de ir a buscar a Julián.

No quería sexo, o al menos no solo quería sexo. Me sentía más sola de lo que nunca había estado en mi vida. Tenía miedo, me angustiaba pensar que alguien pudiera hacerme daño y todavía no había superado ni el despido ni la infidelidad de Jacobo. Las dos cosas habían herido mi orgullo en lo más profundo.

Cuando eres recepcionista florero, tu orgullo no le interesa a nadie. La mayoría de la gente con la que interactúas a lo largo del día apenas te ve como

una persona. El uniforme y el peinado estándar hacen que pierdas tus rasgos distintivos; los saludos rígidos y estereotipados y el hecho de que tu función sea casi más decorativa que funcional hacen el resto. Eres una pieza intercambiable que debe limitarse a cumplir su función sin que ninguno de sus rasgos llamen demasiado la atención y mucho menos el carácter o el orgullo. Las recepcionistas florero debemos tener una belleza sin estridencias, una voz sin estridencias y el orgullo bien metido en el armario, disimulado en la panelización de la pared para que nadie lo vea.

Esa represión de todo lo que eres acaba pasando factura fuera del trabajo, por muy fuerte que seas y mucha personalidad que tengas. Y en mi caso, tener una relación sentimental casi únicamente basada en el aspecto externo, con un hombre mucho más rico y mejor situado que yo, empeoró bastante las cosas. Me sentía un florero dentro y fuera del trabajo.

Acababa de darme cuenta de que llevaba un día entero sin maquillaje. Aquello me dejó muy sorprendida. Había pasado años maquillándome a diario, todos los días de la semana. Me pasé las manos por la cara con cierto placer. Ni rastro de base. Tenía una barra de labios, un lápiz de ojos y un bote pequeño de maquillaje en el neceser que llevaba en el bolso, ya que el trabajo me exigían tener siempre un aspecto impecable, pero ni se me había pasado por la cabeza utilizarlos. Aunque siempre me ha gustado maquillarme, ahora me apetecía pasar un tiempo sin hacerlo, me parecía una buena forma de empezar a recuperarme a mí misma.

Me senté en el sillón. Ya había renunciado a dormir. La angustia había desaparecido pero el miedo seguía ahí. La única manera de descansar un poco era ir a ver a Julián. No sabía lo que me esperaba al día siguiente y necesitaba recuperar fuerzas. Al menos esa fue la excusa que me puse para derribar mis últimas barreras. Me puse de pie y me encaminé a la habitación.

Julián estaba despierto. Tenía la luz apagada y los ojos cerrados, pero su respiración dejaba claro que no dormía. En cuanto oyó mis pasos en la habitación abrió los ojos y encendió la luz de la mesilla. Me sorprendió verle con el pelo suelto. A la luz de la lámpara parecía más rubio y sus facciones más armónicas. Se echó el pelo hacia atrás en un gesto tan mecánico que estuve segura de que llevaba muchos años con el pelo largo. Intenté no pensar en lo guapo que era.

- Tengo miedo - le dije simplemente. - Me siento sobrepasada por todo esto. Y además los muelles me están destrozando la espalda.

- Ese sillón engaña - me respondió. Cuando llevas un rato acostado en él parece que estás en la cama de un faquir.

- Veo que lo conoces bien.

- He tenido pareja - dijo sonriendo. - Y cuando las cosas se pusieron feas pasé unas cuantas noches en ese sofá.

- Lo que me hace pensar que ya no tienes.

- No. No tengo.

- Perdona la intromisión, te lo he preguntado porque quería pedirte que me dejaras dormir contigo - dije enrojeciendo un poco y agradeciendo la poca luz de la habitación. - Igual que tú no dejas tirada a la gente, yo no me meto en la cama de hombres que tienen pareja. Aunque sea solo para dormir.

- Me parece muy sensato. Además de no dejar a la gente tirada, no me aprovecho de las situaciones de vulnerabilidad de las mujeres. Así que puedes estar tranquila.

- Gracias.

Julián me hizo hueco y me metí en la cama. Estaba agradablemente tibia y olía a él. El mismo aroma tenue que había reproducido en mi mente cuando estaba tumbada en el sillón. Me sentí mejor enseguida. En teoría tendría que haberme pegado al borde y haber intentado no rozarle siquiera, pero no lo hice. El no saber qué sería de mí me hizo seguir mi instinto y pegarme al cuerpo de Julián, buscando su protección y su calor.

- Estás helada - me dijo poniéndome de nuevo su brazo protector bajo el cuello.

- Ya lo sé. Lo siento.

- No lo sientas. No tienes la culpa.

Poco a poco fui entrando en calor. Seguía teniendo el miedo apretándome la espalda, pero Julián me reconfortaba. No me despegué de él, aunque mentalmente me regañaba por ello. Me había dicho que no se iba a aprovechar de la situación, lo cual era una manera muy elegante de decirme que no pensaba hacer el amor conmigo. Comprendía sus razones.

Apoyé mi cabeza en el pecho de Julián y dejé que me abrazara más fuerte. Me hubiera encantado besarle, pero me reprimí. Julián era una buena persona. Tenía que respetar sus convicciones, sus principios y su manera de hacer las cosas. Sabía que, cuando las cosas se calmaran, me daría cuenta de que con su decisión nos estaba haciendo un favor a los dos.

Las horas fueron deslizándose una a una sin que ninguno de los dos

cambiara apenas de postura. No dormíamos, la cercanía incompleta de nuestros cuerpos nos lo impedía. Pese a todo, me sentía bien. Cuando empezaba a amanecer, por fin me dormí.

10. Registro

El despertador sonó a las seis y cuarto de la mañana. Abrí los ojos inmediatamente y miré a Julián. Todavía tenía la cabeza sobre su pecho. Él ya estaba despierto. Me miró y sonrió. Antes de incorporarse en la cama, me abrazó fuerte. Tuve que volver a emplearme a fondo para no besarle.

- ¿Has dormido algo? - le pregunté.
- Creo que unos diez minutos. ¿Y tú?
- Más o menos lo mismo, supongo. Vamos a desayunar. Te preparo el café.
- No hace falta. Quédate en la cama y descansa un poco más.
- Gracias, pero no. No podría dormir, estoy demasiado nerviosa. Además me encanta preparar café.
- Pues adelante entonces. Así desayuno acompañado. Es mucho más agradable.

Julián se metió en la ducha y me fui hacia la cocina. Tenía que buscar algo que hacer hasta que llegara el momento de ir a buscarle a la oficina y conseguir el veredicto del contenido de la llave. Puse el café en el fuego y busqué en la nevera y los armarios algo para desayunar. Descarté la idea de ir a por churros, es más, supuse que tardaría mucho tiempo en volver a comerlos.

Encontré pan, mantequilla y mermelada, una botella de leche, zumo de naranja de caja y un paquete de bollos mantecados con azúcar, supuse que aportados por la abuela de Julián. Hacía años que no los comía. Julián salió de la ducha envuelto en una toalla y se fue a la habitación a cambiarse. Me concentré en buscar servilletas y cucharillas para distraerme. La noche anterior ya había sido consciente de su cuerpo ancho y bien torneado, pero a la luz del día me resultaba aún más atractivo. Abrí el paquete de bollos mantecados para tener algo que hacer con las manos.

Julián se sentó por fin en la mesa del comedor, convenientemente vestido. Fue un alivio para mis maltrechas hormonas.

- ¿Has encendido el teléfono? - me preguntó mientras untaba una gran rebanada de pan con mantequilla.
- No.
- He estado dándole vueltas. Creo que es mejor que no lo enciendas, al menos por el momento. Cuando hayamos tomado una decisión respecto a la llave será el momento de volver a la circulación.

- Estoy de acuerdo. Si me surge algún problema, ¿cómo puedo llamarte? ¿Tienes teléfono fijo? A primera vista no he encontrado ninguno por la casa.

- No. Lo di de baja hace años. He pensado que puedes pedirle su móvil a mi abuela. Se lo compré yo por si se iba a algún sitio y no lo usa casi nunca. Ella sí tiene teléfono fijo y no sale del barrio. No tiene ni GPS ni nada de nada, es un prepago antiguo. Un Nokia 3310.

- Madre mía, una verdadera reliquia.

- Funciona como el primer día.

- No me cabe ninguna duda.

- Además, mi abuela le hizo una funda de ganchillo para podérselo colgar al cuello si se lo lleva al mercado, y no se le ha caído nunca.

- Tu abuela es genial.

- Ya lo sé.

Puse la mano en mi cuello y tiré del cordón para sacarme por la cabeza la bolsita de Julián. No fui ajena a sus ojos, que siguieron el recorrido de mis manos en todo momento. Me levanté de la silla y me fui hacia él. Todavía iba vestida solo con su camiseta.

- Vas a necesitar esto - dije colocándole la bolsita en el cuello. Su mano se apoyó suavemente en mi cadera.

Es curioso volver a llevar este colgante tantos años después - me dijo sonriendo. Dejó caer su mano, se levantó de la mesa y fue hacia el vestíbulo. - Mi abuela se levanta pronto, puedes ir cuando quieras a su casa. Llama varias veces porque no oye bien, pero no me hace caso y no va al médico. En el cajón de la entrada hay una copia de la llave, puedes usarla para entrar y salir cuando quieras. No hace falta que te diga que tengas cuidado, sé que lo tendrás.

- Ten cuidado tú también.

- También lo tendré.

Abrió la puerta y se marchó. Con un gran suspiro, me metí en la ducha.

Estuve mucho rato bajo el agua caliente. A toda la incertidumbre que acumulaba por mi situación personal, se unía lo que estaba empezando a sentir por Julián. Cuando le vi marchar sentí una especie de vacío en el estómago, algo que hacía muchísimos años que no sentía y que nunca me había ocurrido con Jacobo.

Para recordar un sentimiento parecido debía retrotraerme al menos a diez años atrás, a los primeros amores del instituto. Mientras me frotaba con ímpetu con el jabón de glicerina de Julián, pensé dos cosas: la primera, que no me

podía permitir enamorarme en aquel momento. Necesitaba toda mi energía y capacidad de concentración para salir bien parada del lío en que estaba metida. La segunda, que cabía la posibilidad de que las circunstancias tuvieran mucho que ver en los sentimientos que Julián me inspiraba. No quería equivocarme.

Salí por fin de la ducha, me sequé y volví a ponerme la ropa de Zara. Al menos pude cambiarme de muda. Recogí un poco, pero tardé mucho menos de lo que me hubiera gustado.

Si me quedaba en casa me volvería loca, así que, aunque no era lo más prudente, decidí salir y dar un paseo. Me parecía que estaba cerca del parque de Madrid Río, del que todo el mundo hablaba pero yo todavía no conocía. Como ya no podía servirme del GPS, opté por intentar llegar preguntando a la gente. Si antes de la llegada de los smartphones se hacía, seguro que aún era posible. Cogí el monedero y las llaves y dejé todo lo demás en la casa de Julián.

Me resultó sumamente extraño salir sin teléfono. Por un lado me inquietaba y por otro me resultaba muy relajante. Me aportaba una sensación falsa de seguridad. Miré de reojo al salir de casa por si alguien me seguía, pero no me pareció ver a nadie.

Efectivamente, Madrid Río estaba muy cerca de la casa de Julián y bastante concurrido a esas horas tan tempranas. Además de la gente que iba con prisa hacia la estación de Legazpi acortando terreno por el parque, había muchos otros caminando, corriendo o paseando perros.

Salir del bullicio de las grandes arterias de la ciudad y pasear por los caminos del parque fue un bálsamo para mi ánimo agitado. Aunque no era un jardín propiamente dicho y la tierra y el cemento predominaban sobre los árboles, la zona tenía un encanto especial. Era una mezcla entre arquitectura industrial y artística, entre moderna y tradicional. Los edificios del Matadero, aunque recordaban con crudeza el propósito con que habían sido concebidos y que habían mantenido hasta no hace tanto tiempo, tenían también algo de artístico e inspirador. El parque era como el barrio: variopinto, abierto y alegre. Proyectaba optimismo y ganas de hacer cosas.

Estuve paseando casi dos horas. Necesitaba gastar tiempo y pensar en otra cosa, o a ser posible no pensar. Para evadirme de todos mis problemas, me imaginé que era una vecina más del barrio, que vivía en casa de Julián, iba al mercado por las mañanas, organizaba la comida del mediodía y la cena para mi familia y charlaba con las vecinas en el patio al sol.

Paradójicamente, parecía añorar todo aquello de lo que había huido cuando salí del pueblo en busca de un porvenir diferente al de mis padres. No me arrepentía de haber probado suerte en Madrid, pero empezaba a sentir que era el momento de hacer algo más con mi vida. Supongo que el hecho de haberme quedado sin nada también ayudaba.

Cerré los ojos e intenté pensar en qué quería para mí. Una casa propia, con luz, con ventanales grandes y desde donde pudiera oír pájaros por las mañanas. Me había dado cuenta de que echaba muchísimo de menos los pájaros.

También quería un trabajo en el que mi cerebro fuera más importante que mi cuerpo. Y una pareja con la pudiera hablar de mis sentimientos, no solo desnudarme con ella por las noches. Y quizá un hijo. No inmediatamente, o sí. Un hijo al que poder querer muchísimo.

Quería maquillarme cuando me diera la gana y peinarme como me diera la gana. Poder cortarme el pelo o dejármelo largo sin tener que dar explicaciones a nadie, teñírmelo de colores si quería. Quizá convertirme unos meses en rubia platino con el pelo corto. Y poder hablar alto, sin tener que utilizar un tono monocorde sin estridencias. Y reírme cuando tuviera ganas.

Conocer Holanda, aunque fuera de vacaciones. Practicar de nuevo el idioma, quizá buscarme un grupo de fanáticos del holandés como yo y salir una tarde a la semana a beber cerveza y charlar. Quizá volver a estudiar, pero algo que me hiciera feliz, por el simple placer de aprender.

Escuchar música, pero de la mía. Rock and roll metalero de los ochenta y noventa. Jacobo me decía que era música de gente mayor o de niños de pueblo y yo me empeñaba en creerle y en intentar que me gustara la música tan hipster, indie y moderna que él prefería y que quedaba tan apropiada con la decoración de la casa. Nunca lo conseguí, según él, por falta de interés. Seguramente fuera cierto.

No se me escapaba que lo que deseaba en realidad era ser yo misma, imponer por una vez mis criterios a los del resto. Que me tomaran en serio. El camino iba a ser largo, pero me sentía con fuerzas para emprenderlo.

Era el momento de volver al presente. Tenía que ir volviendo. Aunque llegara un poco antes de la hora a la que había quedado con Julián no pasaría nada. Podía sentarme tranquilamente en la sala de espera, camuflada con el resto de demandantes de empleo o con la excusa de saber qué cursos de formación había disponibles.

Antes de coger el metro, pasé por la casa de la abuela de Julián. Así como

no me había importado salir a pasear sin teléfono, ya no me sentía segura estando incomunicada.

- Hola, bonita - me saludó Engracia a la tercera intentona.
- Buenos días, Engracia, tengo que pedirle un favor muy grande.
- Pasa y me cuentas.

Entré en su casa, casi idéntica a la de Julián, pero con una decoración completamente tradicional.

- Se me ha roto el teléfono móvil y tengo que reunirme con su nieto para arreglar unos papeles. Me ha dicho que usted tiene un teléfono que apenas utiliza y que me lo podría prestar hoy.

- Sí, claro que sí. Seguro que tú le das más uso que yo. Voy a por él.

Engracia volvió con su Nokia azul marino indestructible en su fundita de ganchillo.

- Aquí lo tienes. El pin es 1234.
- Muchas gracias, no sabe el favor tan grande que me hace.
- No te preocupes, yo no lo necesito. En el bolsito de ganchillo lo puedes llevar muy bien al cuello para que no se te pierda.

Julián y su abuela me maravillaban. Te hacían los mayores favores pero de manera que no te sintieras mal por ello, como si nos les costara ningún trabajo. Pensé por un momento que no debía encariñarme con ellos, porque seguramente nuestras vidas no volvieran a cruzarse cuando todo acabara, pero después deseché la idea. En mi nueva vida quería devolver cariño a quien me daba cariño.

Cuando tenía la mano en el pestillo para salir de casa de Engracia, me llamó de nuevo.

- He pasado por casa a recoger un poquito hace un rato. He ordenado la habitación, que estaba todo por el suelo.

- ¿Por el suelo? - casi grité. - Ay, Dios mío.

- Sí, había mucha ropa sobre la cama y cosas de los cajones por el suelo. No he visto la pantalla que Julián suele tener en la habitación.

- El ordenador.
- Eso. El ordenador.
- Ay, Engracia. ¿Y lo ha recogido y limpiado?
- Sí. ¿He hecho mal?
- No lo sé. No se preocupe. Creo que no importa.

Cuando volvía a aproximarme a la puerta, una alegre y metálica melodía salió del móvil de Engracia.

- Nunca me llama nadie, qué cosa más rara. ¿Quién es?
- Dolores, dice aquí.
- Ay, esta mujer. Es la única que me llama al móvil para hacerse la moderna. Pero seguro que está en su casa.
- Hable tranquila. En un ratito paso otra vez por su casa.

Salí por fin de casa de Engracia. Las piernas me temblaban un poco. No sabía si debía entrar o no en casa de Julián, ni lo que me iba a encontrar si lo hacía. Decidí arriesgarme. Pensé que lo más adecuado era entrar, tomar nota de la situación, volver a casa de Engracia y avisar a Julián. Aunque la mujer no hubiera limpiado a conciencia la casa y aún pudieran obtenerse huellas, no tenía nada claro que fuera interesante acudir a la policía y denunciar el robo. De lo que sí estuve segura es que Julián había hecho muy bien en no descargar la USB en su ordenador.

Cuando acerqué la llave a la cerradura oí una voz a mi espalda.

- Buenos días, María.

Di un respingo y me giré. Me sonaba la voz pero no era capaz de ubicarla.

Era el inspector de policía guaperas, sonriendo como siempre con sus dientes perfectos. No me gustaba nada su mirada.

- ¿Puedo pasar?

- Adelante - respondí. Evité deliberadamente decir sí y reactivé mis modales de recepcionista impecable.

Eché un vistazo rápido a la casa. Efectivamente, todo estaba recogido. Engracia había sido muy eficaz. El inspector miró también y, aunque intentó no cambiar de gesto, noté que se sorprendía.

- Ya veo que no has tardado nada en encontrar dónde vivir y a alguien que te pague los gastos - dijo, socarrón.

No contesté. No iba a dejarme intimidar. Estaba claro que no había encontrado lo que buscaba y pretendía conseguirlo de otra manera. Pero yo no podía darle lo que quería porque no lo tenía.

En un primer momento, el no llevar encima la llave USB me tranquilizó, pero después me preocupó más. No tenía nada que ofrecerle si las cosas se ponían feas. Mi lealtad con José Luis no era tan grande como para jugarme la vida y me parecía que el inspector era capaz de cualquier cosa.

- Voy dejarme de rodeos - dijo por fin. - Creo que sabes a lo que he venido.

- Supongo que a comprobar que todo va bien - respondí con mi voz más

neutra. - No tengo nada que ver con lo que sea que estéis investigando. Dado que no os he proporcionado mi nueva dirección, entiendo que os preocupáis mucho por mí, hasta el punto de seguirme.

- María, en este tipo de juegucitos, los detectives ganamos de calle a las fulanas - dijo con un tono que me puso los pelos de punta. Aun con el miedo atenazándome, no tenía más remedio que seguir huyendo hacia adelante. No podía mandarle directo contra Julián, tenía que conseguir que se fuera y me dejara un poco de tiempo. Pero no iba a ser fácil.

- Pues aquí no hay ni una cosa ni la otra - contesté, en mi línea. - Que yo sepa, tú eres policía y yo recepcionista en paro.

- Llámalo como quieras. Pero a mí me parece que te ganas muy bien la vida.

No pude controlar la ira de mi mirada, aunque sabía que no debía buscar los límites del "detective". No se me escapó que no se llamaba a sí mismo policía. Muy probablemente, Julián tuviera razón y el inspector no estuviera siguiendo los cauces oficiales. Y cada vez tenía más claro el porqué de la decisión de José Luis de dejarme a mí la llave.

- Vamos a volver a empezar - dijo el inspector sonriendo con sus perfectos dientes. - Es evidente que de esta manera no llegamos a ningún sitio. Solo dame lo que quiero y podrás volver a tu vida. Hacer como que no sabes nada no te ayudará en absoluto. Lo que quiero no estaba en la casa. Si te has dado cuenta tan rápido de que alguien te estaba siguiendo, supongo que no eres tan tonta como para haber dejado algo tan valioso en manos de otra persona. Por cierto, el truco del transmisor fue muy divertido, aunque a tu ex novio no le hizo ninguna gracia vernos por allí. Tienes que escoger mejor a tus parejas, al menos ese no tiene ningún sentido del humor.

El inspector se había ido acercando a mí mientras hablaba. El juego había terminado.

- Yo no tengo nada - dije débilmente. Ahora sí estaba aterrada. Su mirada me hacía sentir como un ratón en manos de un gato. Tenía mucho miedo a que me hiciera daño. Le veía perfectamente capaz de hacerlo, e incluso de disfrutarlo.

Cuando advirtió mi miedo y mi derrota, su mirada cambió. Eso me tranquilizó un poco. Muy poco.

- Aunque te sorprenda, estoy casi seguro de que estás diciendo la verdad; pero de todas maneras me voy a asegurar. No tengas miedo, no voy a hacerte ningún daño. Al fin y al cabo soy policía. Los policías somos los buenos.

Respiré hondo para intentar conjurar el miedo. Ni siquiera tenía un teléfono para tratar de pedir socorro, así que tenía que salir de aquello yo sola. El inspector se acercó a mí todavía más, con las manos abiertas, en señal de paz. Se fue acercando poco a poco, hasta que estuvo a escasos centímetros de mí. Me concentré en sus ojos. Eran negros y brillantes como carbones. Era un hombre muy guapo, con una belleza peligrosa y salvaje. Me fijé en sus brazos musculados, cuyas nervaduras quedaban patentes a través de los pliegues de la camisa. Sus manos eran perfectas, grandes, morenas, de dedos largos y uñas bien cuidadas. No parecía un policía, sino un mafioso. Seguramente fuera ambas cosas.

- Te voy a registrar - me dijo con un susurro en mi oído. Su voz se había transformado. Era más ronca, en cierta manera acariciadora. Estuve segura de que, lo que me iba a hacer a mí, lo había repetido muchas veces antes.

Entrecerré los ojos y me prohibí a mí misma pensar. Si lo hacía sería mucho peor. Me concentré en sus ojos, en su belleza física, y cerré mi mente a todo lo demás. Deseé que la práctica que había adquirido en la recepción de sonreír a gente a la que no podía soportar me sirviera de algo.

Después, el inspector acercó sus manos a mi cuello y lo acarició suavemente, desde la nuca al escote. Muy despacio me quitó la camiseta. La miró con todo detenimiento, examinando las costuras y las etiquetas.

- Siéntate en la mesa - volvió a susurrarme. - Y dame las zapatillas.

Obedecí. Las examinó cuidadosamente pero sin dañarlas. Miró que no hubiera ninguna grieta, por pequeña que fuera, en las suelas ni en las plantillas interiores, quitó los cordones y comprobó todos los recovecos. Después volvió a acercarse a mí y me sacó los calcetines. Los puso del revés y examinó las costuras.

Volvió hacia mí, me empujó suavemente para que me tumbara en la mesa y me desabrochó el pantalón muy despacio. Me lo fue quitando con cuidado, casi con mimo. Arqueé el cuerpo para ayudarle y noté cómo sus ojos se clavaban primero en mi ombligo y después en mi pecho. Cerré los ojos mientras el inspector recorría cada bolsillo del pantalón y examinaba los dobladillos. Poco después sentí su mano en mi mejilla, en una caricia que me sorprendió por su suavidad.

- Me queda muy poco ya - musitó muy cerca de mi oído. - No tengas ningún miedo. Si quieres sigue con los ojos cerrados. No va a pasarte nada.

Volví a obedecer. Tumbada en la mesa cerré los ojos y eché un doble candado a la mente. El inspector pasó las manos detrás de mis costillas y me

desabrochó el sujetador. Me cubrí con el brazo. Miró los aros, las dobles telas y el cierre.

Solo quedaba una prenda. Con las puntas de los dedos tiró del elástico y bajó mis bragas. Les echó un vistazo rápido y las dejó con todo lo demás. Volvió a acercarse a la mesa y me separó suavemente las rodillas.

- No tengas miedo - volvió a decirme mientras se colocaba entre mis piernas. Coloca tus manos en mis caderas, así te será más cómodo.

Abrí los ojos para mirar los suyos e hice lo que me decía. El inspector comenzó una larga caricia, desde el cuello al vientre, sin pasar por los pechos. Buscó mi clítoris y, muy poco a poco, empezó a estimularlo. Y éste empezó a responder. Mi vagina comenzó muy despacio a abrirse. Su mano se perdió dentro, cuidadosa, buscando entre los pliegues y la oquedad que quedaba ahora a su alcance. Jugó suavemente en su interior y humedeció bien su dedo corazón. Con cuidado, me colocó de lado y, muy despacio, se fue abriendo camino en mi trasero mientras me acariciaba la espalda. Pocos segundos después volvió a colocarme boca arriba. Puso su mano en mi nuca y fue levantando mi cuerpo poco a poco, hasta que me quedé sentada frente a él, con sus ojos frente a los míos y su cuerpo encajado entre mis piernas. Su mirada había cambiado. Creo que la mía también.

- Como imaginaba, me estabas diciendo la verdad. No tienes nada escondido en tu cuerpo. Pero necesitaría registrarte mucho más a fondo. Aunque esta vez quiero que me autorices a hacerlo.

No sabía hasta qué punto podía a elegir y, en ese momento, tampoco estaba demasiado segura de lo que quería. Mi cuerpo estaba completamente tenso y excitado. Le miré a los ojos y me limité a asentir con la cabeza.

El inspector abrió su cartera, sacó un preservativo y se aflojó la ropa. Me penetró con rotundidad pero al mismo tiempo con cuidado. Enlazó su cuerpo con el mío y marcó una cadencia pausada al principio, después cada vez más rápida. Pegó su frente a la mía y no despegó su mirada de mis ojos. La danza fue breve pero muy intensa. Llegamos al orgasmo casi al mismo tiempo. Me tuvo abrazada unos segundos más y después fue despegándose de mí muy poco a poco.

Cogió mi ropa, que había dejado en el suelo, y la puso sobre la mesa. Con paciencia, como si fuera una niña, volvió a vestirme. Cuando terminó, me dio un suave beso en la mejilla.

- Tengo que irme - dijo. - Ten cuidado con lo que haces y no te pasará nada malo. Supongo que sigues teniendo mi tarjeta.

- Sí - contesté. Me sorprendió que me saliera algo de voz, aunque fuera un hilo.

- Cualquier cosa de la que te enteres y que pueda servir a la investigación, llámame, por favor.

- Lo haré - contesté, sorprendida con su "por favor".

- Y si dentro de un tiempo quieres llamarme solo para vernos, aunque no tenga nada que ver con la investigación, también estaría muy bien.

- Lo pensaré.

La puerta se cerró. Me bajé de la mesa y, caminando a trompicones, me acurruqué en el sillón con la manta que Engracia había dejado cuidadosamente doblada en el brazo. Una vez tumbada y abrigada, me permití por fin temblar.

11. Caldo caliente

Pasé un largo rato envuelta en la manta, temblando. Me resultaba muy complicado clasificar lo que sentía, aunque, quizá, lo que prevalecía por encima de todo lo demás era el miedo. Por encima de la culpa, del dolor, del asco y del placer. Mi mente no era capaz de procesar todo aquello una vez que le había permitido volver a funcionar.

El miedo superaba la culpa, pero ésta también era poderosa. Había tenido un orgasmo, y me sentía la peor de las mujeres por ello. No me había resistido, e incluso había disfrutado, aunque fuera durante unos minutos. Mi cuerpo había decidido seguir sus propias normas una vez que cerré mi mente a cualquier pensamiento.

Tenían razón las que decían que no me hacía valer, aquellas que precipitaron mi decisión de salir del pueblo cuando me vieron escaparme por el campo aquella noche, de la mano del chico del que todas estábamos enamoradas y que iba a casarse en pocos meses. No me respetaba a mí misma, así que nadie tenía por qué hacerlo.

Me vino a la mente con toda nitidez la cara de mi madre cuando se enteró del rumor, o más bien de la certeza. Las madres de aquellas que me vieron eran de la misma férrea y sádica moral que sus hijas, y corrieron a contarle a mi madre todo lo que sabían, y también un poco más. Ya nadie me querría. Era una guarra.

Los años en Madrid habían templado mi culpa, pero aquel pánico a estar "marcada" todavía saltaba en ciertas situaciones. Ahora tenía una herida más que curar y una culpa más con la que cargar.

Cerré los ojos, intentando mitigar los temblores. No tenía reloj ni teléfono, ni tampoco la más mínima idea de qué hora era. Lo que sí sabía es que muy probablemente ya hubiera pasado la hora de mi cita con Julián. Tampoco estaba segura de si, cuando pudiera llegar al INEM, me atrevería a mirarle a la cara. Había tenido sexo con otro hombre en su propia casa, y mi mente no dejaba de castigarme con que, aunque solo fuera al final, había aceptado tenerlo.

Hice acopio de todas mis fuerzas y me levanté. Cogí mi monedero y busqué la tarjeta del inspector. Necesitaba recordar su nombre. Me empeñé en pensar que para sentirme mejor debía "humanizarle", y para eso lo primero

que tenía que saber era cómo se llamaba.

Inspector Elías Ojeda. Al menos era algo.

Oí un tenue golpeteo en la puerta del patio. Era Engracia.

- Hola, bonita - me dijo con su voz bondadosa. - ¿Estás bien?

- Hola Engracia. La verdad es que no - le dije sinceramente. No me sentía capaz de mentir más a aquella mujer.

- Me ha llamado mi nieto. Te esperaba en la oficina a las once. Estaba muy preocupado por si te había pasado algo. Me ha dicho que tenías problemas, que podían haberte atacado por la calle o incluso en casa. Me he acercado antes y te he visto por la ventana del patio. He vuelto a llamarle y le he dicho que estabas bien, que estabas hablando con un señor que me parecía un policía. Se ha quedado un poco más tranquilo y me ha dicho que volvería a casa en cuanto pudiera, que teníais que hablar. Y que me quedara en casa contigo.

- Muchas gracias, Engracia. Muchas gracias por todo - volví a temblar. - No sé por qué hace esto por mí.

- Ve a sentarte en el sillón. No te encuentras bien - dijo la mujer. Me senté y me abracé a mí misma para intentar calmarme. Engracia me tapó otra vez con la manta y la encajó bien por los lados, como si estuviera haciendo la cama conmigo dentro.

- Si me sigue cuidado tanto lloraré - dije dos segundos antes de hacerlo.

- Lloro si te hace falta. Voy a por un caldo a mi casa. Necesitas calentarte por dentro.

Engracia volvió enseguida con el caldo prometido. Yo seguía temblando, en el mismo lugar donde me había dejado. Lo calentó al fuego y me puso una taza en las manos. Después se sentó a mi lado.

- No tienes que contarme nada si no quieres. Pero habla si eso te ayuda - me dijo.

- ¿Qué es lo que ha visto? - le pregunté. Necesitaba saberlo. La culpa crecía y crecía.

- Tengo mucha mejor vista que oído. Ví tu cara. Y sé que para que te violen no hace falta que te rompan la ropa.

Sentí que algo se me aflojaba por dentro. Empezó a llegarme aire a los pulmones. Aquella frase tan sencilla fue un bálsamo para mi angustia. Engracia no me estaba juzgando.

- Me siento mal y muy culpable - dije. - Pienso que podría haberlo evitado, o al menos debería haberlo intentado.

- Eso es lo que nos dicen siempre - dijo levantando un poco la voz, con una leve irritación. - Que tenemos que defendernos. Así los hombres nunca tienen la culpa de nada. Siempre fuiste tú que no te defendiste lo suficiente, que en el fondo querías, que no querías pero al final te gustó. Llevo oyéndolo toda mi vida. ¿Sabes lo único bueno de ser vieja? Que te dejan tranquila.

Noté mis lágrimas resbalar lentamente, sin sollozos, sin tensión, simplemente cayendo. Como si hubiera abierto un poco un grifo antiguo para que goteara suavemente.

- Muchas gracias por su comprensión - le dije a Engracia. - En estos últimos días, Julián y usted son los únicos que creen en mí, que no piensan que soy una fulana y una mala persona.

- Los que dicen eso no lo creen de verdad. Pero quieren que tú sí lo creas. Es la manera de sacar de ti lo que les interesa.

- Puede que tenga razón. Pero ya dudo de todo.

Di un gran suspiro y las lágrimas empezaron poco a remitir.

- ¿Te sientes mejor? - me preguntó Engracia, con una mirada tan bondadosa que casi me hizo llorar otra vez.

- Sí, muchas gracias. Por todo. He tenido mucha suerte en dar con una mujer como usted.

- Tenemos que ayudarnos, como hemos hecho siempre los pobres.

- Pero usted no es pobre.

- Ya no, es verdad. Pero lo fui. Viví la posguerra en un barrio miserable, por llamarlo barrio, hasta que nos dieron esta casa.

Engracia hizo una pausa y siguió hablando, con una voz distinta, como para sí misma.

- La gente de mi generación nos hemos querido olvidar de todo aquello, de las chabolas, de la ignorancia, la pobreza y la brutalidad, pero lo malo es que, cuanto más mayor me hago, más cosas recuerdo de entonces. Conocí muy bien la miseria y el abuso, lo vi muchas veces. La gente joven de ahora, gracias a Dios, está viviendo de otra forma. Ya no tiene que tragar con todo y obedecer sin rechistar, primero al padre y luego al jefe, pero a veces siguen pasando estas cosas, sobre todo a las mujeres. Siempre las mujeres nos llevamos la peor parte. Y si eres pobre, todavía más. Yo he visto mucha injusticia y mucho de todo. Lo único bueno es que, entre tanta gente mala también hay personas buenas.

- Habla usted como mi abuela, que siempre se queja de las desigualdades que vivió y de los inconvenientes de ser mujer. Mi madre se enfada y le dice

que no hable de política. Están así a todas horas.

- Yo no sé nada de política, ni me interesa. Solo sé cómo se vivía. Después de la guerra, en el campo seguía habiendo señoritos que hacían lo que les daba la gana y en las ciudades los patronos seguían tratando a los obreros como a bestias. Eso tardó mucho en cambiar. Y para las mujeres era peor. El marido podía pegarte si quería, si te violaban era siempre culpa tuya, y mejor que no se enterase nadie, porque avergonzabas a la familia para los restos y nadie volvía a mirarte a la cara. Y más valía que no te quedaras embarazada antes de tiempo, eras tú quien cargaba con todas las culpas y él se iba siempre de rositas. Eras tú la mala y él solo se había dejado provocar, aunque todo el mundo supiera que era un sinvergüenza de tomo y lomo y tú una pobre infeliz. Y si, por la razón que fuera, la gente empezaba a poner en duda tu decencia, te destrozaban la vida. Daba igual que hubieras estado con cincuenta o con ninguno.

- Eso no ha cambiado tanto, no crea.

- Hay cosas que tardan mucho en cambiar, bonita - contestó Engracia con una sonrisa triste. Por su mirada, intuí que había alguna herida del pasado que aún no se había cerrado. Quién no las tenía.

- Ya lo sé - dije con un suspiro. Hace tres días que todo el mundo me llama puta y me trata como tal. Salvo Julián y usted. Y lo único que he hecho es estar en el momento y el lugar equivocados.

- ¿El policía es tu marido? - me preguntó.

- No, por Dios. La sola idea me pone enferma.

- Me alegro. Tiene pinta de mala persona. Ayer por la tarde le vi varias veces dando vueltas por aquí.

- Es increíble. Yo no me di ni cuenta.

- Tienes muchas cosas en la cabeza, pero yo no tengo nada que hacer más que mirar a la gente que pasa por la calle desde la ventana.

El caldo de Engracia me calentó por dentro, el cuerpo y el alma. Pero sobre todo lo hizo su conversación y su comprensión. Todavía no entendía muy bien por qué me apoyaba, me creía y me ayudaba, pero pensé que era mejor pensar simplemente que era un regalo del cielo.

La mujer colocó el teléfono encima de la mesa del comedor, con su funda de ganchillo, y me dejó sola. Me dijo que vigilaría desde la ventana mientras hacía solitarios con su baraja (eso del ordenador no le interesaba nada), y que no permitiría que nadie entrase en la casa. Me hice un ovillo en el sofá, envuelta en la manta que Engracia me había echado por encima, y me quedé

dormida.

Me desperté un par de horas más tarde. Me encontraba bastante mejor, aunque seguía asustada y un poco aturdida. Al menos, con el teléfono de Engracia ya sabía la hora que era. Me dijo que había advertido a su amiga Dolores de que le llamara al teléfono fijo, así que podía usarlo con total libertad y sin sobresaltos.

No pude evitar curiosear. Engracia solo tenía cinco teléfonos en la agenda, entre ellos el de Julián. Otros tres parecían de sus amigas (Dolores, Puri y Felisa), pero hubo uno que me llamó la atención: pertenecía una tal Alexandra. No me parecía un nombre propio de señora mayor de barrio. ¿La empleada del banco?, ¿una enfermera? Decidí que lo mejor que podía hacer era meterme en mis asuntos.

Poco después oí abrirse la puerta. Meforcé a pensar con sensatez y convencerme a mí misma de que se trataba de Julián. Estaba entrando con la llave, no podía ser más que él o Engracia. Aun así, mi corazón batía como loco hasta que vi su rostro familiar en el umbral. Me levanté y me fui hacia él.

Antes de que hablara, le abracé y le tapé suavemente la boca con la mano. Julián me miró con extrañeza pero no dijo nada. "Vámonos a la calle", le dije tirándole al mismo tiempo del brazo. "Necesito salir".

Julián me siguió sin hacer ningún comentario. Cerró la puerta con llave y echamos a andar hacia el río.

- No estoy segura de que la casa sea un lugar seguro para hablar - le dije una vez estuvimos sentados en la escasa hierba del parque, mientras Julián se comía un bocadillo que había comprado por el camino.

- Mi abuela me dijo que estabas hablando con un policía. Estaba muy preocupado por ti.

- Lo sé. Y lo siento. Ha sido mucho más que eso. Han entrado en la casa y se han llevado tu ordenador. Quizá al mismo tiempo hayan instalado micrófonos, no he podido comprobarlo y tampoco sé muy bien cómo hacerlo, no paso de lo que he podido ver en las películas. Además, no podemos demostrar nada ni denunciarlo, tu abuela lo recogió todo antes de que yo volviera de dar un paseo. En mala hora me fui de la casa.

- No te culpes por eso. Habrían esperado a que te fueras a verme al INEM. No habría cambiado nada - dijo Julián. Su explicación no me convenció del todo, pero le agradecí el detalle. - Eso significa que me he quedado sin ordenador... - dijo pensativo.

- Exactamente. Lo siento. Te compensaré cuando pueda.

- No tienes nada de qué compensarme. Y deja de decir que lo sientes.
 - Es que no paro de complicarte la vida.
 - Otra vez haré como que no te he oído. ¿Qué te preguntó el policía?
 - Saben de la existencia de la llave y la están buscando. El inspector estaba enfadado por no haberla encontrado en la casa. Me registró.
 - ¿Te registró?, ¿en la casa?, ¿sin llevarte a la comisaría, sin que una policía mujer se ocupara, sin ninguna garantía?
 - Exactamente. Julián, creo que no es policía, o, mejor dicho, que no solo es policía. Creo que no busca la llave precisamente para resolver el caso, más bien para todo lo contrario. Me intimidó, volvió a hacer comentarios despectivos sobre mí y a insultarme.
 - ¿Te hizo daño?
 - No. Abusó de la situación, pero no me hizo daño.
 - Eso también es hacerte daño.
- Respiré hondo. No quería pensar en ello, hablar de ello, recordarlo, explicarlo, aceptarlo. Y mucho menos con Julián. Todavía no sabía muy bien qué sentía por él, ni tampoco tenía muy claro lo que podía permitirme sentir. Hablar del detective Elías Ojeda era lo último que me apetecía.
- ¿Has podido mirar la llave?
 - Sí. No quería hacerlo si ti, pero al ver que no llegabas le eché un vistazo rápido. Si te había pasado algo necesitaba saber por qué o, al menos, tener una ligera idea. Solo así podría ayudarte y negociar con quien hiciera falta.
 - ¿Y qué has descubierto?
 - Son tablas excel y grabaciones. Solo he podido abrir las tablas, pero me han parecido análisis de sangre o algo similar. Quizá de los animales de las explotaciones Bastos.
 - Necesitamos un lugar tranquilo y un ordenador para poder ver el resto. Y alguien que pueda ayudarnos a interpretarlo.
 - Creo que conozco a una persona que nos puede servir. ¿Me puedes pasar el teléfono de mi abuela? Ya tampoco me fío ya del mío. Lo llevo apagado.
- Le di el teléfono. Buscó en la agenda, marcó un número y se alejó de mí. El detalle me sorprendió un poco, y reconozco que no me hizo ninguna gracia. Tardó un rato que se me hizo muy largo.
- Mañana hemos quedado con Alexandra en su casa. Ella es química y su hermana veterinaria, así que entre todos creo que llegaremos a alguna conclusión.
 - ¿Y quién es Alexandra?

- Mi ex.

12. Antonella

No puedo explicar de manera racional por qué me sentó tan mal que Julián confiara en su ex. Fue una reacción pueril y estúpida. Hacía dos minutos que me había reconocido a mí misma que no tenía ni idea de lo que sentía por él, así que sufrir un ataque de celos era un sinsentido. Hice un esfuerzo de autocontención y le propuse hacer algo de compra para cenar. El ambiente se había puesto tenso y Julián era tan consciente como yo, así que estuvo de acuerdo. Me enseñó dónde estaba el mercado, compramos dos buenos filetes y un poco de verdura para acompañar.

Cocinar me haría bien. Siempre me había servido para relajarme, hasta que empecé a vivir con Jacobo y el robot de cocina y las dietas altas en proteínas y bajas en calorías entraron en mi vida. Entonces dejó de divertirme. Comer se convirtió en algo necesario para vivir que debía controlar para no engordar, ya que ninguno de los dos nos lo podíamos permitir desde el punto de vista laboral: yo para no perder mi puesto de florero, él para no dejar de ser un joven, guapo y dinámico consultor con un gran futuro por delante.

Así que mis recetas manchegas dejaron de tener espacio en nuestra vida cotidiana. Los pocos guisos que nuestra dieta nos permitía tenía que prepararlos con el robot de cocina, para ahorrar en grasas, calorías, tiempo y dinero. Tomé nota mental de que una de las primeras cosas que haría cuando por fin pudiera volver a empezar serían unas lentejas con chorizo directamente en la cacerola.

La visita al mercado nos relajó. Los dependientes preguntaban a Julián por su abuela y le trataban con cordialidad de viejos conocidos, con esa cercanía que aportan las tiendas pequeñas en los barrios donde la gente lleva comprando toda la vida, y antes de ellos lo hicieron sus madres y sus abuelas. Volvimos a la casa cargados de bolsas y bastante más animados, lo que nos ayudó a afrontar la siguiente etapa que nos aguardaba, concretamente en la puerta de la casa de Julián.

La que nos esperaba era una mujer de mediana edad y elegantemente vestida. Miré a Julián y él me miró a mí. La cara de ambos dejaba claro que ninguno la había visto antes.

La mujer fue directamente hacia mí.

- ¿Eres María? - me preguntó con una sonrisa. Era una mujer muy guapa y

sus rasgos denotaban una inversión decidida y bien asesorada en tratamientos estéticos.

- Sí - contesté con bastante desconfianza.

- Soy Antonella San Marino, la madre de José Luis Bastos. ¿Podemos hablar en privado?

Recordé difusamente lo que José Luis me había contado aquel mediodía en el restaurante sobre la historia de su familia. Solo habían pasado unos pocos días, pero parecían años, con el añadido de que, en ese momento yo estaba demasiado ocupada con mis propios problemas como para retener en la memoria una serie de datos que nunca pensé que me hicieran falta. Efectivamente, José Luis me había dicho que su madre era una vedette de los años 70. Concordaba con la imagen de esa mujer que tenía delante de mí.

- Vamos a tomar un café. Julián, te veo luego en casa - dije de un tirón, sin querer pensarlo demasiado.

Julián fue a decir algo pero se lo pensó mejor. Abrió la puerta de la casa y desapareció con las bolsas.

Busqué un bar con la mirada, no quería alejarme demasiado. No me fiaba de aquella mujer, por mucho que fuese la madre de José Luis. Encontré uno en la siguiente manzana y llevé a Antonella hasta allí.

El establecimiento era bastante poco apropiado para una señora vestida con ropa tan elegante y con el aspecto tan sofisticado de Antonella, pero tendría que servir. La miré disimuladamente. Tenía el cabello rubio dorado, en una melena larga y bien peinada, con ondas suaves. Llevaba un pantalón negro de seda y una sencilla blusa color vainilla que realzaba su figura bien tonificada, seguramente gracias a mucha fuerza de voluntad y un buen entrenador personal. Por lo que Jacobo me había enseñado de marcas, la ropa que llevaba debía de suponer mi sueldo de un mes.

Su cara no denotaba angustia alguna por su hijo, lo que me sorprendió. La reacción de mi propia madre al verme en la televisión el día anterior contrastaba con la serenidad y el desapego del gesto de Antonella. O era una muy buena actriz o el futuro de su hijo le importaba muy poco.

- ¿Cómo se encuentra? - le pregunté directamente - La detención de un hijo debe de ser una prueba terrible para una madre.

Antonella me miró con extrañeza, como si tratara de calibrar si realmente le hablaba en serio. Había puesto en mi voz toda la inocencia que había sido capaz, pero la mujer dudaba. Y con razón.

- En ese sentido estoy bastante tranquila. No creo que vaya a pasar mucho

tiempo en la cárcel. Son cosas que pasan cuando se es empresario y se gana mucho dinero. Hay que tomar ciertas decisiones que no son del todo limpias, y de vez en cuando se acaba pisando la cárcel. Pero siempre es por poco tiempo. Te aseguro que es mejor ser mujer de empresario que dedicarse directamente a los negocios.

Antonella volvió a poner esa sonrisa que parecía marca de la casa. Intenté buscar rasgos que me recordaran a José Luis, pero no los encontré. Los rellenos dérmicos y el botox tampoco ayudaban a identificar vínculos familiares.

- ¿Cómo ha dado conmigo? - le pregunté.

- Fui a tu antigua casa y tu encantador ex novio me dio esta dirección.

- ¿Encantador?

Antonella rió, esta vez con ganas. Sus dientes blanqueados brillaron, pero por fin noté un atisbo de sinceridad en aquella mujer completamente artificial.

- Es verdad que de encantador tenía poco. Está muy nervioso con todo esto. Llamé al portero automático y le dije quién era. Se puso como loco. Le pedí que me dejara subir porque la prensa me estaba persiguiendo y eso le convenció. Parece tener pánico a la publicidad, el pobre. Una vez en su casa, muy bonita por cierto, me dijo que solo tenía esta dirección, que era donde le habías pedido que te enviara la ropa. Y que no tenía tu teléfono porque lo había dado de baja. Me pareció un detalle muy poco elegante que me insinuara que te pagaba los gastos. Eso no se dice de una mujer aunque sea cierto.

- Sobre todo cuando no lo es. Yo trabajaba hasta que hace unos días perdí mi empleo. - No sé por qué me justificué, pero me había molestado mucho su comentario. Tenía que reconocer que Antonella era lista y hábil sacando información.

- Pobrecita - me dijo con cara de no sentirlo en absoluto. - Quizá perder ese empleo era lo mejor que te podía pasar. Conociste a José Luis.

- No sé si conocer a José Luis ha sido precisamente algo bueno. Disculpe que hable así de su hijo, pero no paro de recibir visitas inesperadas desde entonces.

- Me alegro de que me hayas llamado inesperada y no desagradable - respondió, de nuevo con aquella sonrisa automática. Supuse que la habría ensayado mil veces ante el espejo en sus tiempos de corista.

- Usted no es desagradable - respondí sin sonreír. - Aunque todavía no sé qué quiere de mí.

Antonella me miró de arriba a abajo, como calibrándome.

- Voy a ser sincera contigo, porque creo que va a ser la mejor manera de que nos entendamos. Lo poco que me dijo tu ex novio sobre ti me hace pensar que eres una persona sensata a la que le gusta tener las cosas claras. - Me sorprendió un poco que aquellas palabras pudieran venir de Jacobo, pero lo dejé estar.

- Mi hijo te dejó un archivo con datos - siguió Antonella. - Estoy segura de ello, aunque no me lo ha dicho ni me lo va a decir. Le conozco muy bien y en el fondo es un sentimental. Así le ha ido. La policía ha puesto su casa y su oficina del revés sin encontrar nada, así que la única explicación es que los archivos los tengas tú. Si se los hubiera dejado a cualquier otra persona de nuestro ámbito, ya los habríamos conseguido. Sé que han registrado sin éxito la casa del hombre con el que vives y que la policía te ha hecho una visita personal. Eres una mujer muy lista, no hay más que ver lo rápido que actúas, así que estoy segura de que solo nos darás los archivos de manera voluntaria y con una adecuada contrapartida.

- ¿Y para qué quiere esos archivos? - pregunté. - Porque no creo que sea para exculpar a José Luis. Si fuera así no me ofrecería dinero.

- Parece que tú también eres una romántica, por eso congeniaste con mi hijo - Antonella se puso seria por fin. - Seamos claras: necesito esos archivos para que José Luis no arrastre al resto de la familia a la ruina. Él está convencido de que la verdad debe salir a la luz, con todas sus consecuencias, pero eso no puede ser. Por eso hubo que quitarlo temporalmente del medio y dejarlo en un lugar seguro. Te aseguro que es por su propio bien.

- ¿Encerrar y aislar a alguien por su propio bien? Coincidirá conmigo en que no tiene mucho sentido.

- No se puede desafiar al poder - terció Antonella. Sus verdaderos rasgos faciales empezaban a aparecer por fin y la convertían en una persona humana, mucho menos atractiva pero por fin real. - Nos pone a todos en una situación muy delicada. Toda la familia está vinculada a la empresa de una manera o de otra, y esos archivos comprometen a gente demasiado poderosa para que podamos controlar las consecuencias. Que salieran a la luz sería un desastre para todos, incluido mi hijo.

- Ya veo. Si consigue esos archivos será para destruirlos y no para sacar a José Luis de prisión.

- José Luis saldrá de prisión mucho antes de lo que crees. No temas lo que la prensa dice sobre la condena que va a pedir el fiscal contra él. Será algo de muy pocos años, seguramente ni siquiera eso, ya que no tiene antecedentes.

"La verdad", si es que existe una verdad, generará daño a muchas más personas y no le va a ayudar en nada, ni ahora ni después. Si le exculpan así, José Luis no tendrá ningún lugar a dónde ir ni empresa donde trabajar.

- Es mejor que pase unos años en la cárcel por el bien de la familia. Parece que voy empezando a entender - dije, mordaz. - Tengo que meditarlo.

- Déjame terminar. No te estoy pidiendo esto por altruismo. No voy a mentirte, ni a decirte que los archivos irán a manos de su abogado para salvarle el pellejo. No pierdas el tiempo intentado hacérselos llegar, irán directamente a mis manos. Acepta lo que te ofrezco, tómatelo como una ayuda para que puedas empezar desde cero, y esta vez bien.

- ¿Esta vez bien?, ¿me puede explicar a qué se refiere? - mi máscara también se había resquebrajado. Lo que me decía estaba empezando a molestarme de verdad. Estaba harta de insinuaciones desagradables de gente que no me conocía de nada.

- Sí. Te lo puedo explicar. Está muy bien vivir de los hombres, lo sé mucho mejor que tú, pero partiendo de un nivel muy alto y pudiendo escoger. Para poder ser una señora hace falta una cantidad de dinero para empezar. Luego este dinero se multiplica solo.

- No me voy a enfadar con usted. Es la vida que ha llevado y supongo que le ha ido muy bien. Pero no es la vida que quiero llevar yo.

- Dos millones de euros. Con eso, si el lujo no te interesa, puedes vivir tranquilamente.

Enumeré mentalmente todas las exclamaciones de sorpresa, de la más elegante a la más barriobajera, que conocía en holandés. Restablecí mi mejor cara de recepcionista florero y removí mi café con la cucharilla.

- ¿La policía no sospecharía si de repente me lleno de dinero? - dije mirándola directamente a los ojos. El gesto de alivio de Antonella fue más que evidente.

- No te preocupes por eso - dijo. - Deberás ser discreta al principio, no empezar a derrochar dinero como si hubieras atracado un furgón blindado. Conoces íntimamente a José Luis, así que a nadie le extrañará que su familia interceda por ti dándote un trabajo en condiciones (al que lógicamente no tienes por qué acudir) y una pequeña cuenta de gastos. Dos millones de euros son una barbaridad en esta calle y para esta gente, pero no para las personas con las que yo me relaciono. Te darás cuenta cuando empieces a vivir de verdad. Te podrás reír de tu ex y devolverle la ropa que está pensando enviarte a portes debidos. Y, si quieres, mandar a paseo al hombre del que

vives ahora, o llevártelo a una casa mucho más grande si de verdad te gusta. Podrás elegir. Eso vale mucho.

Dos millones de euros por vender a una persona. Dos millones de euros para empezar de cero, para comprarme una casa que sea realmente mía, para arreglar la de mis padres, para estudiar lo que me dé la gana y vivir como quiera y donde quiera. Para dejar de pedir favores, de dormir en casa ajena y de correr de un lado para otro. Dos millones de euros para tener una nueva vida y no depender de nadie nunca más. Para que el investigador Elías Ojeda no vuelva a molestarme, para comprarle un buen regalo a Engracia. Para no deber nada a Julián.

- Tengo que pensarlo - dije. - Necesito unos días para reflexionar y tengo que ver suficientes garantías de que lo que me ofrece es real.

- María - dijo Antonella con un gesto que daba a entender que estaba por encima del bien y del mal. - Dos millones de euros no son nada para mí, tengo muchísimo más. No debes tener miedo, no voy a escatimar en una cuestión tan importante. Piénsalo, pero no tardes.

- No tardaré. Deme dos días.

- De acuerdo. Pasado mañana ven a mi oficina. Paseo de la Castellana 80, en la quinta planta. Mi abogado te explicará todo, rellenaréis la documentación correspondiente y me entregarás los archivos. Hasta entonces ve con cuidado y no hables de esto con nadie. Te garantizo que la policía no te volverá a molestar. No obstante, si necesitas algo o te surge cualquier duda, esta es mi tarjeta.

Cogí la tarjeta de Antonella y la guardé en el bolsillo de mi pantalón. Pagué el café de ambas sin darle tiempo a protestar y salí del bar.

En la casa, Julián me esperaba con la cena a medio preparar. Una vez más, no podría permitirme el placer de cocinar. Quizá en poco tiempo podría hacerlo siempre que quisiera, en una gran cocina. Con quemadores de gas, como a mí me gusta, para poder dar golpes fuertes de fuego cuando conviene y cortar el calor en un instante. Podría ir al mercado, elegir el género que me apeteciera, caro o barato, y cocinarlo en mi casa. Con los dos millones de la venta de una persona.

13. No pensar

Julián puso la cena en la mesa.

- Creo que no hay micrófonos - me dijo. - El inspector no te habría registrado si los hubiera habido. Además, he mirado por todas partes y no he encontrado nada. No soy un experto, pero creo que no me he dejado ningún sitio por examinar.

Yo no me terminaba de fiar. Si el inspector había puesto los micrófonos de manera no oficial, no tenía por qué preocuparse de si se había registrado "el episodio". Aunque Julián estuviera convencido, no pensaba hablar sobre nada importante dentro de la casa. Tampoco sabía si iba a contarle algo a Julián respecto a Antonella. Y, si me decidía a hacerlo, desde luego no sería allí.

Cenamos en silencio. Julián me miraba con ojos interrogantes, pero yo rehuía su mirada. Cuando terminamos, le cogí la mano y le saqué a la calle.

- Creo que me voy a poner en forma con tanto paseo - dijo Julián, pasándome su brazo por los hombros. Estaba empezando a acostumbrarme a ese gesto protector.

- Ya estás en forma.

- Pues más.

Echamos a andar hacia el río, casi como una rutina. Después de un largo paseo en silencio, Julián me preguntó:

- ¿Quieres seguir con esto? No sé qué te ha dicho esa mujer pero tienes miedo en los ojos. Mucho más que cuando entraste en la oficina de empleo.

- No puedo elegir si quiero o no seguir - respondí. - No tengo otra opción que tomar una decisión respecto a la llave y después desaparecer del mapa, si me dejan.

Julián hizo ademán de quitarse la bolsita con la USB del cuello. Se lo impedí.

- Creo que de momento está más seguro contigo que conmigo - le dije. - No sé si después de la conversación de esta tarde con Antonella van a seguir intentando hacerse con él, pero siempre será mejor que lo lleves tú.

- ¿Quieres hablar de ello?

- No lo sé. No quiero darle más vueltas, pero creo que tienes derecho a saber en qué punto está la historia, ya que formas parte de ella.

- No te quiero presionar.
- Ya lo sé.

Cogí aire y empecé.

- Antonella me ha ofrecido mucho dinero para que le dé la llave. Está convencida de que la tenemos aunque me ha reconocido que no tiene ninguna prueba. Quiere conseguirla sin montar ningún escándalo. Estoy casi segura de que el inspector Ojeda trabaja para ella.

- ¿Y qué vas a hacer?

- No me siento nada bien al reconocerlo, pero debo admitir que tengo dudas.

- No te sientas culpable por eso. Muchos ni siquiera se lo plantearían. Aceptarían el dinero sin ningún pudor. Y más en tu situación.

- ¿Tú lo aceptarías?

- Yo no soy tú. Mi situación es otra. Nadie me persigue ni me amenaza, tengo trabajo y casa. En tu caso, dejando a un lado la ética, aceptar el dinero sería lo más lógico. Evitarías que siguieran buscándote y te resolverías la vida. Porque supongo que es una cantidad generosa.

- Más dinero del que nunca tendré.

Julián estrechó un poco su abrazo. Se lo agradecí en silencio.

Seguimos caminando un rato más, sin volver a hablar del asunto.

- ¿Cuánto tiempo llevas sin ver a Alexandra? - le pregunté de repente. Me sorprendió no sentir tensión en su brazo. Empecé a pensar que a Julián no podía alterarle nada.

- Unos seis meses. De vez en cuando hablamos por teléfono. Hemos quedado como amigos.

- Me alegro. Yo no creo que pueda ser nunca amiga de Jacobo.

- ¿Lo fuisteis antes de ser pareja?

- No. Nunca.

- Quizá tenga algo que ver. Además, Alexandra no me echó de mi casa ni me dejó en la ruina, que creo que también influye.

Me reí, e incluso me sorprendí al oír mi risa después de tres días de una tensión insoportable.

- Lo mío es difícil de superar, sí. Pero te aseguro que mi vida nunca había sido así de intensa. Normalmente no me pasa nada.

- A mí tampoco. No suelo albergar en mi casa mujeres casi huidas de la

justicia y potencialmente millonarias. Sí tengo que decirte que con las historias que oigo a diario en el trabajo podría escribir un libro, aunque creo que la tuya es la más rocambolesca de la que he sido testigo. Y en la única en que me he implicado personalmente.

Tomé nota del mensaje que me estaba dejando muy claro. Cambié de tema.

- ¿Qué le has dicho exactamente a Alexandra? En cuanto vea la llave la vamos a meter en este lío.

- Lo más cercano a la verdad que me ha parecido prudente. No le he hablado de Bastos pero sí le he dicho que se trata de un asunto judicial y que estoy ayudando a una amiga. No me ha hecho preguntas. Sabe que no le pediría un favor así si no fuera importante.

- Tienes suerte de poder seguir contando con ella.

- Sí. Es una mujer estupenda.

Me mordí la lengua para no preguntarle por qué rompieron. Mal que me pesara, no era asunto mío. Además, a menudo los finales no son tan claros como lo fue en mi caso. Quizá Julián y Alexandra no habían roto del todo. O quizá yo estaba sufriendo el clásico ataque de celos sin sentido. Quizá debía centrarme en mí misma.

Volvimos a la casa. Al lado, la luz del salón de Engracia estaba encendida.

- Creo que mi abuela está vigilando quién pasa desde su mesa camilla.

- Sí. Me dijo que haría solitarios frente a la ventana hasta que se solucionaran mis problemas. Es un amor de mujer.

- Y muy valiente. Además le caes bien. Y suele tener buen ojo para estas cosas.

- Me alegro. A mí también me cae muy bien.

Entramos en la casa. Julián cerró con llave concienzudamente.

- ¿Qué quieres hacer? - me preguntó.

- Quiero que me ayudes a no pensar.

Julián me miró directamente a los ojos, con esa calma que me hacía sentir tan bien.

- ¿Estás segura?

- Completamente - le dije. - Por favor.

Julián se acercó a mí lentamente. Sentí cómo los nervios brotaban en mi estómago. Cogió mi cara suavemente con sus manos y me besó. Fue un beso dulce, lento, cuidadoso. Su lengua fue entrando con cautela dentro de mi boca, explorándome con tranquilidad. Se me escapó un pequeño suspiro. Antonella,

la llave, Jacobo y todos mis problemas se esfumaron.

Me acerqué más y puse mis manos en su cintura. Su cuerpo era duro y fibroso, ancho, como ya había descubierto la noche anterior. Estreché poco a poco el abrazo mientras Julián seguía besándome. Hubiera dado lo que fuera porque aquel beso no se acabara nunca.

Julián subió lentamente mi camiseta hasta sacármela por la cabeza. Una vez sin ella, fui desabrochando uno a uno los botones de su camisa deportiva, disfrutando de cada parcela nueva de su cuerpo que me permitía ver y acariciar. Julián me miraba sus ojos tranquilos, con un placer calmado que me sorprendía. Aquel hombre era una roca.

Julián se agachó, desabrochó mi pantalón y lo deslizó suavemente hasta mis tobillos, mientras me llenaba el vientre de besos. Puse mis manos en su pelo sedoso, cerré los ojos y me dejé llevar. Volvió a ponerse de pie, me cogió la mano y me condujo a la habitación. Encendió la lamparita que le daba a sus rasgos aún más belleza y serenidad y me terminó de desnudar. Yo hice lo mismo con él.

Me tumbó boca arriba y suavemente se hizo hueco entre mis piernas. Muy lentamente me penetró. Me abracé a él y enterré mi cara en su pelo. Me llené de él, de su olor dulzón a piel pecosa, de su mirada tranquila, de sus besos lentos, de su miembro duro y ancho, como él mismo. El ritmo de su danza era suave y concienzudo, sin prisa, sin nervios. No aceleró hasta los últimos minutos. El orgasmo fue largo y delicioso.

- Gracias. Le dije con una sonrisa.
- Ha sido un placer. Pero esto no ha hecho más que empezar.
- ¿Siempre eres así de tranquilo?
- Ahora lo comprobarás.

Pasamos la noche descubriéndonos. Buscando cómo y dónde podíamos darnos placer, aprendiéndonos nuestros cuerpos, sus detalles, sus reacciones. Y en ningún momento Julián perdió la calma. Sus ojos siguieron siendo sabios y dulces en todos los momentos, en todas las situaciones, incluso cuando se nublaban al llegar al éxtasis. Sentí como si me hubiera dado un largo baño en el mar, relajante y estimulante al mismo tiempo. Nunca había sentido nada parecido.

Conseguí dormirme sin pensar en nada más allá del cuerpo, de los ojos y de los besos de Julián. Sentí, como me había ocurrido días atrás con José Luis, que aquella noche era un oasis en el desierto, una pausa que me concedía la

vida antes de seguir dándome reveses.

En ese caso había un elemento diferente y eran los sentimientos. No podía negarme a mí misma que estaba dejando que Julián me calara muy hondo. Por decirlo de una manera sencilla, me estaba enamorando de él. No era lo más inteligente dadas las circunstancias, pero no podía evitarlo.

14. Alexandra

El despertador sonó puntual a las seis y cuarto. Abrí los ojos inmediatamente y vi que Julián me estaba mirando. Me abrazó fuerte, como el día anterior. No me atreví a besarle. No sabía si aquella noche había sido una pausa, un espejismo o algo más, y temía cometer un error. Me limité a devolverle el abrazo, poniendo en él todo el sentimiento que me salía de dentro.

Fue un abrazo muy largo. Cuando terminó, Julián levantó suavemente mi mentón con el dedo índice y me besó. Le respondí con avidez, casi con alivio. Estuvimos un largo rato besándonos.

- Hay que trabajar - me dijo deshaciendo despacio la magia. - O nos ponemos en marcha o llego tarde.

- Es cierto - le dije a regañadientes. Voy a hacer el café.

Puse la cafetera en la mesa y desayunamos, silenciosos, pero sonrientes. Julián fue el primero en hablar.

- Vente conmigo al INEM. Creo que es el lugar más seguro donde puedes estar. Sé que será un poco aburrido pasarte allí siete horas, pero me preocupa dejarte sola. A no ser que tengas que reunirte con alguien.

- No veré a Antonella hasta mañana - contesté. - Creo que es una buena idea que te acompañe.

- Hay vigilantes de seguridad en la puerta y mucha gente siempre por todas partes. No creo que tengas nada que temer allí.

- De acuerdo. Tengo que pedirte otro favor - dije enrojeciendo ligeramente.

- Dispara - respondió Julián sonriendo.

- ¿Tienes una camiseta vieja? La que me compré en Zara necesita pasar por la lavadora y el paquete con mi ropa que tendría que haberme enviado Jacobo no ha llegado.

- Claro que sí. Y no hace falta que sea vieja, coge la que quieras. Te va a quedar un poco ancha, pero no creo que te vaya mal. Estos días he comprobado que estás guapa con cualquier cosa. O sin nada.

No se me escapó que era la primera alusión directa a la noche anterior. No dije nada.

- Creo que lo más razonable es que hablemos de lo nuestro cuando haya pasado todo - dijo Julián. - Esta no es una situación normal, nos están ocurriendo demasiadas cosas. Pienso que debemos esperar a estar más tranquilos.

- Estoy de acuerdo - contesté. Al menos no me estaba rechazando. Y además tenía razón. Mi vida se había puesto del revés, no era el momento de analizar mi situación sentimental.

- El hecho de que no hablemos de ello, ¿significa que debemos dejarlo aparcado en todos los sentidos? - pregunté mirándole directamente a los ojos.

- Supongo que no. Además, ahora me costaría mucho no besarte ni hacerte el amor. Y quiero seguir abrazándote por la calle.

- Y yo quiero que lo hagas. Vamos a la ducha.

Nunca un hombre me había lavado el pelo tan bien como Julián. Además de su pericia en manejar un cabello tan largo como el mío, tenía unas manos al mismo tiempo suaves y firmes. Mi cuero cabelludo pareció haberse librado de mil alfileres que se le hubieran estado clavando sin que me diera cuenta. Cuando acabó con mi pelo, solo con sus manos y el jabón de glicerina que se frotó en ellas, recorrió todo mi cuerpo, llenando de una espuma leve cada centímetro de mi piel.

Poco después, yo hice lo mismo. Deslicé el jabón por su espalda, hundiéndolo por sus oquedades, y después me entretuve en frotar con mis manos sus omóplatos, cada una de sus vértebras, sus dorsales anchos y duros. Ahora, mi cuerpo empapado volvía a pedir el suyo.

Julián cerró el grifo y volvió a besarme, sin apartar sus tranquilos ojos de los míos, sin dejar de acariciar con delicadeza mi cuerpo. Me envolvió en una toalla y me secó con cuidado. Él se frotó vigorosamente con la suya, con prisa, con la primera nota de impaciencia que sentí en él desde que le conocía. Me dio la mano y salimos del baño.

Julián se sentó en el sillón y me miró, expectante, hasta que me coloqué a horcajadas sobre él. Le cabalgué lento, jugando con su deseo, intentando sacar de él otro destello de prisa, de ligera frustración. Me hacía sentir poderosa. Cuando un atisbo de impaciencia llegó a sus ojos, aumenté el ritmo, me agarré fuerte a su cuello y me dejé llevar por mi propio deseo. Tuve un orgasmo rápido e intenso, como una corriente eléctrica que me recorrió entera. Enterré mi boca en la suya y dejé que durante unos minutos nada me importara.

Durante un largo rato no hablamos, solo nos abrazamos. Luchando contra

mis ganas de quedarme así horas y horas, me liberé poco a poco de su cuerpo y me acerqué a la habitación. Si no nos vestíamos ya, efectivamente Julián llegaría tarde.

Abrí el cajón más bajo del armario, tal como me había indicado, y encontré una buena cantidad de camisetas perfectamente dobladas y planchadas. Escogí con una sonrisa una negra de los Guns 'n Roses. Efectivamente era un poco ancha, pero me hacía sentir muy bien. Comprobé con gusto que no era la única camiseta de grupos de rock que tenía. Si seguía ganando puntos a semejante velocidad, me iba a ser muy difícil separarme de él.

Le pedí prestado un libro de la estantería y salimos a la calle. Que pasara su brazo protector sobre mi hombro volvió a reconfortarme.

- ¿Sigue en pie lo de ir a casa de Alexandra para ver qué contiene la llave o con los nuevos acontecimientos prefieres no saberlo? - me dijo Julián con calma. Me costaba acostumbrarme a su temple.

- Todo sigue en pie - contesté decidida.

Julián no me preguntó nada más. Caminamos hacia el metro. Mientras avanzábamos, vi en la distancia una cara conocida. Aunque me falla un poco la vista de lejos, no me cupo ninguna duda de que se trataba del policía que me había escoltado el primer día a Zara. Aceleré un poco el paso.

Quise pensar que había sido una casualidad y que estaba allí por cualquier motivo que no fuera yo, pero el curso de los acontecimientos me había convencido ya de que no podía hacerme ilusiones. ¿Me libraría alguna vez de que me siguieran? Estaba empezando a pensar que, hiciera lo que hiciese, nunca me dejarían en paz. No le dije nada a Julián hasta que llegamos al metro, para evitar algún gesto que hiciera saber al policía que le habíamos descubierto. La idea de pasar la mañana protegida por los guardias de seguridad del INEM me parecía más atractiva que nunca.

Pasé siete horas viendo trabajar a Julián. Me senté en una butaca con mi libro y esperé y esperé. Leí poco y observé mucho. Vi su manera de tratar a la gente, tranquilizadora, eficaz y amable. Miraba a las personas a la cara cuando hablaba con ellas, lo que les hacía sentirse seres humanos y no números. Aquello, y yo lo sabía muy bien por mi profesión, marcaba una gran diferencia.

Su mirada era cálida y no ausente, como me pedían que fuera la mía. Julián quería dejar claro a quienes pasaban por su mesa que estaba allí para ayudar,

no solo para gestionar papeles, mandar a los parados lo más lejos posible de la oficina y a ser posible del país y pulsar el botón de siguiente. Tontamente, me sentí orgullosa, como si tuviera algún derecho a considerarme de alguna manera vinculada con él. Julián había decidido ayudarme en un momento completamente loco de mi vida, después los sentimientos y la atracción se habían mezclado, pero no debía olvidar que no se trataba de una situación normal, como él mismo me había dicho hacía unas pocas horas.

Estaba deseando y a la vez temía el momento de ir a casa de Alexandra. Aquello seguramente desvelaría, o al menos me daría una idea, del contenido de la llave y me forzaría tomar una decisión. Por una parte quería recuperar mi vida, pero por otra no sabía qué vida iba a recuperar ni qué hacer con ella.

Pensé de nuevo en Antonella. En realidad no se me quitaba de la cabeza. Recordé sus rasgos bellos ligeramente artificiales por los efectos de la medicina estética, su ropa cara, su seguridad y su poder. ¿Quería ser como ella?

La respuesta era que no. Si algo tenía claro, era eso. Todos mis sueños de "grandeza" se basaban en vivir tranquila y sin sobresaltos, poder seguir aprendiendo, hacer y decir lo que me viniera en gana sin tener que bajar la voz ni mirar sin ver. En definitiva, ser libre. Antonella, con todo su lujo, su dinero y su falta de escrúpulos, no se parecía ni de lejos a lo que yo quería para mí.

Pero por otra parte, ¿me compensaba no aceptar el dinero y de paso jugarme la vida? Era muy probable que alguien tomara represalias contra mí si no seguía el camino que me habían trazado. Julián tenía razón al insinuarme que lo más sensato en mi caso era aceptar el soborno y pasar página, pero la idea de que estaba vendiendo a José Luis me revolvía el estómago.

Nunca he sido nada, ni he intentado que otros pensaran que lo era, pero no soy una traidora, una mala persona ni una trepa. Las circunstancias me habían llevado a aquella situación, yo no había buscado notoriedad ni dinero fácil. Pero ahora tenía que lidiar con ello y con la decisión que tomara.

Las últimas horas pasaron muy despacio. La cercanía de la cita en casa de Alexandra empezaba a ponerme nerviosa. Tenía que admitir que no me apetecía demasiado conocer a la ex pareja de Julián, pero esa era la menor de mis preocupaciones en ese momento. Julián seguía llevando la llave USB encima y me angustiaba que ocurriera algo que nos impidiera llegar a nuestra reunión.

A las tres en punto salimos del INEM, comimos algo en la cafetería de al lado y nos sumergimos en el metro. No pude quitarme en ningún momento la

sensación de que nos vigilaban.

Por una vez, Julián tampoco parecía estar completamente tranquilo. Miraba con disimulo en todas las direcciones y su abrazo era más tenso que de costumbre.

- Me gustaría que me contaras qué pasó con Alexandra - le dije mientras seguíamos recorriendo estaciones. - No se trata de meterme en tu vida, pero no quiero encontrarme con ella sin saber quién es.

- Es lógico. No es que tenga muchas ganas de hablar de ello, pero entiendo que tienes que saber si confías en ella antes de seguir adelante.

- Si tú confías en ella yo también lo haré. Pero quiero saber algo más de ella y de su relación contigo para saber el terreno que piso.

- Pues allá voy. Conocí a Alexandra en una asociación vecinal. Hace unos años, las antiguas naves del Matadero empezaron a atraer a bastante gente políticamente comprometida, con muchas ganas de hacer cosas. El barrio se ha rejuvenecido mucho, y las colonias de personas mayores trabajadoras y muy modestas se han ido sustituyendo poco a poco por treintañeros hippies. Para aglutinar un montón de iniciativas de mejora del barrio y de luchas diversas, se creó una plataforma que se sigue reuniendo todos los miércoles por la tarde. Un domingo por la mañana, paseando por el Matadero con mi abuela, un chico me dio un folleto y me animé a probar.

Alexandra era una de las líderes de la asociación. Es una mujer muy temperamental, muy inteligente y activa. Tiene un trabajo de jornada intensiva que le deja las tardes libres, así que puede dedicarse a otro montón de cosas además de su profesión. Tiene ideas siempre bulléndole en la cabeza, le llaman mucho la atención las iniciativas sociales. Es militante de un partido de izquierdas y además colabora en varias asociaciones pro derechos de los animales. Yo nunca he sido activista en ningún grupo, intento ayudar a la gente desde mi trabajo y en mi vida cotidiana, pero sí admiro a quienes luchan de manera más directa.

- Y Alexandra te embrujó - le dije intentando sonar alegre.

- Sí. Desde el primer día. En cuanto la vi en la reunión, en que fue la protagonista absoluta, empecé a pensar en estrategias para acercarme a ella. Me entretuve a propósito a la salida, por ver si podía hablar un poco con ella a solas, aunque no sabía qué le iba a decir, y reconozco que no tuve que pensármelo mucho. Fue ella la que me abordó, me dijo que fuéramos a tomar café y después me invitó a su casa a seguir charlando.

- Un pedazo de mujer - dije con admiración sincera.

- Sí. En todos los sentidos. Física y mentalmente. Pronto comprobarás que es muy alta y muy guapa.

- Vaya. ¿Y qué pasó?

- Estuvimos juntos dos años, el último viviendo en mi casa. Desde que se mudó supe que aquello no iba a acabar bien, que éramos demasiado diferentes, pero me costaba mucho dar el paso de romper la relación. Hasta que apareció El Idiota y me hizo un gran favor.

- ¿El idiota? - pregunté sorprendida.

- El Idiota con mayúsculas - contestó Julián al borde de la risa. - Es así como le llamábamos Alexandra y yo entonces y como le seguimos llamando las pocas veces que sale el tema. Que te sean infiel no hace mucha gracia, como bien sabes, aunque intentes tomártelo con humor.

- Háblame de El Idiota con mayúsculas, por favor. Tiene que ser un personaje apasionante.

- Vale. Porque eres tú y quedan todavía muchas estaciones. Imagínate que alguien hubiera clonado al Che Guevara pero poniéndole el cerebro del hombre más simple que se te ocurra. El resultado es El Idiota. Tiene un físico imponente y va por la vida de activista político, filósofo atormentado y alma libre, todo junto. Los primeros dos días te parece un tipo interesante, pero el tercero ya no puedes soportarle. A Alexandra la cautivó durante un tiempo, el suficiente para acostarse con él unas cuantas veces hasta darse cuenta de que era un fraude.

- Además de un Idiota.

- Efectivamente. Y como Alexandra tiene unos principios éticos muy estrictos, me lo confesó a los pocos días de que ocurriera por primera vez. De todas maneras, mi abuela ya se había enterado y no habría tardado en decírmelo, no se le escapa una.

- De eso puedo dar fe - le dije.

- Tardó unos días en irse de casa, durante los cuales yo me fui a dormir al sillón que ya conoces. Intenté no hacerle demasiados reproches, porque en realidad la relación ya estaba sentenciada desde muchos meses antes. No te puedo decir que me sentara nada bien, pero no me rompió el corazón. Creo que por eso hemos podido seguir siendo amigos.

- ¿Y seguiste en la asociación?

- No. La dejé un tiempo antes de romper con Alexandra. Su manera de entender las cosas no iba conmigo. Respeto lo que hacen, pero no me aporta nada participar en ello. Además, no quería coartar a Alexandra, la asociación

es muy importante para ella y yo lo único que podía hacer era estorbarle.

- ¿No os habéis planteado volver después del Idiota?

- No. Ya te dije que la relación estaba rota desde tiempo antes. Ella me ha pedido disculpas muchas veces por aquello, pero le he dicho que no le dé importancia. En este caso, el orden de los hechos no altera el resultado, como en las multiplicaciones.

- Ya veo. Eres una persona muy noble.

- Gracias - sonrió. - Pero en este caso no se trata de nobleza, verdaderamente lo tengo superado y estoy convencido de que su infidelidad únicamente aceleró las cosas.

Nos bajamos en Delicias. Así que Julián y Alexandra seguían siendo vecinos. Respiré hondo, tratando de acumular toda la energía necesaria para encontrarme a una mujer imponente en todos los sentidos que había perdido la cabeza por un Idiota, pero que, ni con eso, Julián le había perdido el respeto ni la admiración.

15. La llave

Llegamos enseguida a casa de Alexandra. Estaba muy cerca del metro, en la zona más ruidosa del Paseo de las Delicias. Miré en todas direcciones mientras Julián llamaba al portero automático, pero entre tanta gente era muy difícil saber si nos vigilaban. No obstante, estaba convencida de que sí.

Alexandra abrió la puerta, le dio un breve abrazo a Julián y dos besos algo fríos a mí. Ví cómo miraba con disimulo mi camiseta. Era obvio que la había reconocido.

Julián no había exagerado nada al describírmela. Debía de rozar el 1,80 de estatura y su cuerpo era grande y generoso, de curvas pronunciadas y armónicas. Iba vestida con estética hippie, con unos pantalones de seda verde y una camiseta ajustada negra, que marcaba sus generosos pechos. Lucía una larga melena castaña, suelta y muy bien cuidada, e iba ligeramente maquillada. Sin saber cómo se arreglaba normalmente, me dio la sensación de que se había esmerado en tener un buen aspecto aquella tarde.

Sin muchos preámbulos, nos presentó a su hermana Iciar, que era físicamente su antítesis. Bajita, morena y muy delgada, vestía unos sencillos vaqueros azul oscuro y una camiseta blanca ligeramente ancha. También era guapa, pero de una manera muy distinta. Me cayó bien nada más verla.

Alexandra preparó té con hielo y hierbabuena, lo puso en una gran jarra de cristal y nos llevó a su habitación, donde estaba su ordenador. No pude evitar echar un vistazo a la decoración. Aunque con muebles mucho más caros, de alguna manera se parecía a la de Julián. Eso me hizo sentir más incómoda de lo que me hubiera gustado. Intenté bloquear mi mente y centrarme en la llave, que era lo que realmente me había llevado hasta allí.

Una vez el ordenador hubo arrancado (no era precisamente un modelo muy moderno), Alexandra introdujo la llave y examinó su contenido. Efectivamente, tal y como había dicho Julián, se trataba de tablas excel y grabaciones.

Iciar y Alexandra se concentraron juntas en las tablas. En menos de media hora tenían veredicto.

- Son análisis de sangre de animales, seguramente vacas - dijo Iciar. Hay muestras que parecen proceder de animales sanos y criados conforme a la normativa y otras en las que los valores están seriamente alterados y en las

que aparecen indicios de que los animales han sido tratados con antibióticos y hormonados con beta-estradiol 17 para engordarlos artificialmente. Parecen dos versiones de las analíticas de la misma granja: una con los valores adecuados y otra con resultados que demostrarían que ha habido prácticas fraudulentas.

- ¿Y tú qué opinas, Icíar? - preguntó Julián. - ¿Cuáles te parece que son las reales?

- Yo diría que las correctas - respondió. - No creo que nadie se la jugara de esa manera, al menos en un país europeo. La adulteración es tan exagerada que me resulta difícil de creer.

Fui a abrir la boca cuando Alexandra se me adelantó.

- Ya sé por qué me suena tu cara - dijo de repente. - Te he visto en la tele, eres la novia de Bastos.

- La de los churros, sí, salí hasta en el periódico - contesté intentando sonreír, aunque me salió bastante mal. - Pero no soy la novia de Bastos. Solo le he visto una vez. Si luego quieres, te cuento la historia.

Alexandra me miró con una cara que no dejaba lugar a ninguna duda. No quería oír mi historia, porque ya se había hecho una idea de mí que no pensaba cambiar. Conocía demasiado bien esa mirada.

- A mí sí me gustaría que me contaras tu historia - dijo, conciliadora, Icíar. - Ahora creo que tenemos algo importante que resolver, pero cuando lo hayamos hecho, sí querría saber qué te pasó y sobre todo lo de los churros.

- Te lo contaré - le dije, mirándola solo a ella. - Creo que ahora debemos escuchar las grabaciones.

- Vamos a ello - respondió Icíar. Y conectó la primera.

Si las tablas ya dejaban entrever una manipulación de los análisis, las grabaciones eran la prueba que faltaba para estar completamente seguros. Se trataba de llamadas telefónicas en que un hombre, cuya voz nos era totalmente desconocida, le decía a José Luis que si no pagaba, esos análisis, firmados por la inspectora que ahora también estaba detenida, irían derechos al juzgado.

- Pues está claro lo que ha pasado - dijo Alexandra. - Un chantaje en toda regla. Bastos no ha pagado y el resto ya lo sabemos. Lo que no entiendo es por qué tienes tú esta información y no su abogado. Ni por qué no lo denunció antes si tenía estas pruebas.

- Es el abogado de la familia - respondí, un poco molesta. Alexandra seguía mirándome de la misma manera. - José Luis dejó la llave en mi zapato

antes de que lo detuvieran. No se fiaba de nadie, y el tiempo me ha hecho darme cuenta de que tenía muy buenas razones. Supongo que además de la posibilidad de entrar en la cárcel, había otros riesgos que le preocupaban más todavía. No parece que esa gente se ande con tonterías.

- ¿Y qué piensas hacer? Al fin y al cabo la llave es tuya - volvió a la carga Alexandra.

- Ahora al menos sé qué contiene. Y tengo que pensar cuál es la mejor manera de ayudar a José Luis. Si le doy la llave a su madre o a su abogado, conseguiré el efecto contrario. En la policía no sé de quién fiarme, porque tengo la certeza de que al menos uno de los agentes encargados del caso trabaja para la familia. Y tampoco sé cómo hacer para que la información llegue directamente al juez y no se pierda por el camino.

- Llévalo al juzgado - dijo Alexandra. - No parece tan difícil.

- Me siguen por todas partes. No estoy segura de que me dejaran llegar.

Se hizo una pausa. Si Alexandra seguía con esa actitud, no íbamos a avanzar gran cosa.

- Hazlo público - dijo Icíar. - Adelántate. Si la información sale en el periódico y todo el mundo tiene acceso a ella, ya no habrá manera de destruirla. Después puedes llevarla al juzgado con mucho menor riesgo.

- Creo que es buena idea - dijo Julián. - Pero tienes que ser tú la que decidas. Eres la que más tienes que perder si esto sale mal.

Julián tenía razón. Si las cosas salían mal, me jugaba mucho. Incluso si todo iba bien, alguien podía ir a por mí. Pero no era capaz de cerrar los ojos, aceptar el dinero y seguir con mi vida. Yo no era Antonella. Si en algún momento había dudado, después de conocer el contenido de la llave tenía más que claro que no me interesaba el dinero. Me negaba a colaborar en un chantaje contra alguien que de alguna manera me importaba. Prefería jugármela e intentar dormir con la conciencia tranquila.

- Hagámoslo - dije -. Acabemos con esto. Saquemos a José Luis de la cárcel.

Sonaba muy bien, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

- Siguiendo la idea de Icíar, supongo que la manera de hacerlo público es que salga en la prensa - dije. - No conozco a ningún periodista, y no sé si llamar por teléfono a un periódico es la manera de hacer estas cosas.

- Yo sí conozco a bastantes - dijo Julián. - Y creo que tengo a la persona

adecuada.

- ¿Conoces muchos periodistas? - dije sorprendida.

- Creo que el INEM es su segunda casa - contestó Julián con una sonrisa burlona.

Julián encendió su móvil, buscó un número y lo apuntó deprisa en una libreta.

- Alex, déjame tu teléfono fijo - dijo. - Espero que nos de tiempo a montar esto antes de que se lancen a por nosotros.

El periodista tardó menos de diez minutos en presentarse en la casa de Alexandra. Era un tipo pequeño y feo, con unos ojos incisivos y sagaces y una sonrisa que invitaba a hacerle confidencias.

- He venido a toda leche en un taxi. Creo que tienes algo muy gordo, Julián. Y por cierto, no tengas miedo de que os vayan a entrar en casa los ladrones esta noche. Tienes un par de policías rondando por aquí. Yo he entrado aprovechando que salía una vecina, y menos mal, porque no me hubiera atrevido a llamar al portero automático con tanto público.

- Gracias por avisarnos de que tenemos escolta - dijo Julián. - En realidad, la que tiene algo muy gordo es María, quizá te suene su cara.

- Claro que sí - dijo el periodista besándome la mano. - Encantado de conocerla, bella desconocida.

Lo dijo con tanta galantería que no pude evitar reírme.

El periodista resultó llamarse Joaquín Diego y ser uno de los clásicos de la crónica política española. Había empezado a trabajar en uno de los grandes medios de la prensa escrita siendo muy joven, había seguido en radio con relativa estabilidad hasta que las sucesivas crisis económicas generales y de la profesión en particular le habían convertido en un freelance bastante respetado, pero que llevaba los últimos ocho años dando tumbos de un lado para otro. Efectivamente, conocía el INEM como la palma de su mano, y había iniciado una cierta amistad con Julián a base de cervezas en garitos de Lavapiés, en las que hablaban de los cambios políticos, de los desastres económicos y de todo y de nada en general.

En pocos minutos, Joaquín ya había visto y oído suficiente del contenido de la llave para empezar a trazar su plan.

- Tengo que hacer unas llamadas. Mi idea es lanzarlo a la vez en los cuatro periódicos grandes, ediciones en papel y digital, para que no haya manera de

pararlo. Son las ocho, tengo una hora para convencer a los cuatro directores y marcarles unas pocas pautas para facilitarles la investigación y que lleguen a tiempo. Bella desconocida, te debo una.

- Más bien yo te deberé una a ti si salgo viva de esta - le dije.

- ¿Este ordenador aguantaría una videollamada a cuatro? - preguntó el periodista a Alexandra.

- Sí - respondió. - Lo he hecho alguna vez para reuniones de la asamblea.

- Genial. Voy a convocar a los 'capos' de la profesión, lo mismo tú también tienes sus teléfonos, Julián, o los tendrás muy pronto - dijo el periodista con una carcajada.

- ¿Tan mal está la cosa? - pregunté.

- Ni te lo imaginas.

Diez minutos después, cuatro pequeñas figuritas aparecieron en la pantalla del ordenador de Alexandra. Dos de ellos me sonaban de alguna tertulia de televisión, a los otros dos no los había visto nunca.

- Señores, - empezó el periodista - gracias por aceptar esta reunión. Ya os he contado un poco por teléfono, pero os concreto algo más: tenemos una USB con las pruebas de que José Luis Bastos es inocente, como por otra parte ya nos imaginábamos muchos. Esta información está en poder de María, la chica que pasó la última noche con Bastos antes de que lo detuvieran. Ya le ha dado problemas, y si no la suelta pronto puede darle muchos más. José Luis Bastos se la dejó a ella porque no se fiaba de nadie, y después de escuchar lo que me ha contado María, tenía muy buenas razones para ello. Lo que os propongo es una publicación conjunta, los cuatro, mañana a primera hora. Sin exclusivas. Eso sí: no hemos sido capaces de reconocer la voz del chantajista. Si alguno lo consigue, un punto para él. Lo único que os pido a cambio es que me garanticéis que lo vais a publicar, para que esta mujer pueda dormir tranquila y Bastos salga de la cárcel. Habrá hecho otras cosas, no lo dudo, pero de esta es inocente.

- ¿Los cuatro a la vez? - preguntó uno de los que yo no conocía.

- Os enviaré un correo a los cuatro con un enlace a todos los archivos que vamos a subir ahora mismo a la nube. Si alguno quiere que le redacte el reportaje, ya sabéis que cobro barato.

- Otra cosa más - dije yo. - Mi condición es que montéis una operativa de fotógrafos y cámaras mañana por la mañana en la puerta de esta casa, del estilo de la que hicisteis cuando detuvieron a Bastos. Y que me sigáis hasta la

puerta de los juzgados. Creo que es la mejor manera de llegar allí sin riesgos.

- Cuenta con ello - dijo otro de los directores. - ¿A qué hora piensas ir para allá?

- En cuanto hayáis publicado la información. ¿Cuándo estará?

- Hubo un silencio. Ninguno quería adelantar su estrategia.

- Vamos, señores, esto es serio, María se juega mucho - dijo Joaquín. - Contando con que es un auténtico bombazo, yo calculo que empezará a circular en los digitales antes de los informativos de radio de las seis, que empezarán a comentar la noticia desde primera hora. Para asegurar, yo saldría de aquí entre las siete y las ocho y me iría directamente al juzgado de guardia de Plaza de Castilla. ¿Voy bien? - dijo mirando a la cámara con una sonrisa socarrona.

Los directores asistieron con la cabeza y aceptaron las condiciones. Salvo en lo de contratar los servicios de Joaquín. Pocos minutos más tarde, el enlace con la información de la USB estaba en las bandejas de entrada de los directores de los cuatro periódicos más importantes de España.

16. La Idiota

Por seguridad (y por el más básico sentido común), coincidimos en que era mejor pasar la noche en casa de Alexandra. Nadie tenía las más mínimas ganas de salir de la casa con los policías haciendo ronda abajo. La suerte aún no estaba echada, los periódicos tardarían aún unas horas en salir, así que era mejor quedarnos quietos y en un lugar relativamente seguro. En el momento en que la noticia empezara a circular, iría a los juzgados a entregar la llave, debidamente custodiada por cámaras y fotógrafos. Salir antes era un riesgo absurdo.

Iciar se metió en la habitación de invitados y se llevó de regalo a Joaquín, que no puso ninguna objeción en acompañarla. Alexandra se fue a dormir a su cuarto y Julián y yo nos quedamos en el sofá del salón.

Yo estaba demasiado nerviosa para dormir, o al menos eso creía, así que me arrebujé junto a Julián y me dispuse a esperar que las horas pasaran. Algún tiempo después, no sé muy bien cuánto, la tensión y el agotamiento pudieron conmigo y me quedé dormida.

Me desperté sobresaltada al notar que Julián ya no estaba conmigo. Todas las puertas estaban cerradas. El nerviosismo que me acompañaba día y noche durante la última semana y el temor a lo que me encontraría la mañana siguiente me impidieron quedarme en el sillón, como hubiera sido lo razonable. Quizá Julián había ido al baño y me estaba inquietando sin necesidad, pero me dejé llevar por el impulso de ir a buscarle.

Escuché las voces de Alexandra y Julián. Procedían de la cocina. En el silencio de la noche, oía su conversación con toda nitidez. Sabía que debía irme, que quedarme a escuchar solo me acarrearía disgustos. Sabía lo que Alexandra opinaba de mí y también que era mucho mejor para mi autoestima, ya de por sí bastante dañada, no escuchar las respuestas de Julián. Pero, por supuesto, me quedé.

Hablaron un poco de trabajo, de qué tal se encontraba Engracia y de las últimas acciones de la asociación vecinal. No tuve que esperar mucho hasta que surgió mi nombre.

- Veo que tú también has encontrado a tu Idiota, guapa por fuera y hueca por dentro - dijo Alexandra con mordacidad. - Está claro que nadie escarmienta en cabeza ajena.

- María no es una idiota - contestó Julián.

- ¿No lo es o no quieres verlo? El que siempre decía que miraba el interior de las personas pierde la cabeza por un pibón de veintitantos años que no tiene nada interesante que decir, pero que le mira con arrobo y le pone ojitos de cervatillo asustado. A todos nos toca pasar por eso alguna vez.

- Tú no la conoces.

- Ni tú tampoco. Pero es posible que tengas razón y que de idiota no tenga nada. Es una chica muy lista en lo suyo.

- ¿En lo suyo? - la voz de Julián se volvió dura. Eso me tranquilizó un poco.

- He visto un poco las noticias estos días. María es la clásica cazadora de ricos. Antes de Bastos estuvo liada unos años con un ejecutivo de una gran empresa, un chico joven, de buena familia y mucha pasta. Vivían juntos en una casa impresionante en el Barrio de Salamanca. Nada más romper con él, o antes, cualquiera sabe, se arrimó a Bastos, que tiene mucho más dinero aún y es el clásico soltero maduro y además bastante guapo. No los quiere feos. De repente le meten en la cárcel, se encuentra literalmente en la calle de la noche a la mañana y se aferra a ti como a una tabla de salvación. Se mete en tu casa, vive a tu costa y consigue que te impliques en su problema hasta que le resuelves la papeleta. Y cuando excarlecen a Bastos, ¿cuánto crees que va a tardar antes de dejarte tirado y volver a por él?

- Ha renunciado a mucho dinero por hacer las cosas bien. - Su voz dudaba. Aquello me hizo sentir que se me abría una grieta por dentro. Otra más.

- No ha renunciado a nada, parece mentira que no te des cuenta - dijo Alexandra con tono de desprecio. - La jugada le va a salir redonda. No se arriesga a manejar dinero de fuentes poco claras que podría acabar llevándola a la cárcel. A cambio, se convierte en la bella desconocida que consigue liberar a un hombre inocente de prisión, le limpia las heridas y de paso la cuenta corriente, que además complementa con unas pocas exclusivas en las revistas del corazón. Ya ha conseguido el compromiso de toda la prensa para que le hagan un seguimiento digno de una estrella de cine. ¿Crees que no lo va a rentabilizar? Tienes razón, no tiene nada de idiota.

Me fui deslizando poco a poco hacia el suelo. Echa un ovillo, me apoyé en la pared y seguí escuchando. El relato que Alexandra estaba haciendo de mí era tan asquerosamente creíble que me revolvió el estómago. Aun así, quería oír hasta el final.

- Alexandra, hasta ahora nunca te he echado en cara lo que pasó. Fue algo que podíamos haber hecho cualquiera de los dos, pero lo que no consiento es que lo lances contra mí. Tú perdiste el culo por un guapo sin cabeza, no busques paralelismos donde no los hay para descargar tu conciencia.

- Nunca me lo has echado en cara porque vas de hombre justo y generoso. Pero no me has perdonado ni lo vas a hacer.

- Te perdoné desde el principio, Alex. Lo nuestro estaba acabado, evidentemente no me gustó, pero no te culpé por ello ni lo hago ahora.

- Lo nuestro no estaba acabado, al menos por mi parte. Y creo que por la tuya tampoco, pero lo dices porque te escudaste en eso para sentirte menos traicionado. Si de verdad se hubiera acabado, ¿por qué nos seguimos acostando de vez en cuando?

- La verdad es que no lo sé, Alex. Y ahora menos que nunca.

- Vamos a hacer una cosa. Esperemos un tiempo, hasta que la historia con la Idiota se agote, bien porque salga corriendo detrás de Bastos, como estoy convencida de que hará, o bien porque ya no tengas nada más que sacar de ella y te des cuenta de que no es nada más que una cara bonita. Cuando eso ocurra, volvemos a hablar, nos replanteamos lo nuestro y vemos lo que queremos hacer.

- No tengo nada que replantearme contigo. Te agradezco que nos hayas ayudado a resolver el problema que teníamos, pero no te quiero volver a ver.

Julián abrió la puerta bruscamente. No me dio tiempo a levantarme ni mucho menos a marcharme.

Julián se agachó hasta mi altura y cogió mi cara con sus manos.

- Lo siento - dije en voz muy baja. - No tendría que haberme quedado a escuchar, ha estado muy mal.

Las lágrimas empezaron a recorrerme la cara sin que pudiera evitarlo. Eran demasiadas cosas. Demasiadas.

- ¿Cuánto has oído?

- Lo suficiente. En realidad todo.

Julián me abrazó mientras yo seguía llorando. Alexandra salió de la cocina y pasó por delante de nosotros como una tromba.

- Eres muy lista, María. Me había equivocado contigo. Estoy segura de que llegarás muy lejos - dijo mientras se encaminaba a su habitación y cerraba la puerta con violencia.

Julián y yo volvimos al sillón. Me costaba que las piernas me sostuvieran. Eran las cinco de la mañana, quedaba una hora para los informativos de las seis. No teníamos manera de ver si las ediciones digitales ya habían lanzado la noticia, el teléfono de Julián estaba apagado, el de Engracia no tenía internet y el único ordenador disponible era el de la habitación de Alexandra, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a abrir aquella puerta.

Volví a acurrucarme contra él y dejé que me acariciara el pelo. El silencio pesaba como el peor de los reproches.

- Escuchar vuestra conversación ha estado muy mal, pero no ha sido una maniobra - dije por fin, cuando conseguí dejar de llorar.

- Ya lo sé. Y lo siento. Lo siento mucho. A veces temo no ser capaz de protegerte.

- Supongo que mentiría si te dijera que no necesito que me protejas. Por desgracia, los últimos días he tenido que pedirte ayuda demasiadas veces, pero no quiero que te sientas responsable de lo que me pase. Yo irrumpí en tu vida como un trolebús y desde entonces no has hecho nada más que preocuparte por mí y tener problemas. Me has ayudado mucho, pero no tienes ninguna obligación respecto a mí.

Julián se quedó callado, a mi lado. Escuchaba su respiración profunda. Ninguno de los dos sabíamos qué más añadir. Pasó un rato largo, en que solo nos oímos respirar.

- Siento que hayas oído cosas tan desagradables. No te lo mereces - dijo Julián por fin.

- Yo ya no sé lo que me merezco. Últimamente no sé qué pensar de muchas cosas.

- Y yo tengo una parte de responsabilidad en ello.

- No sé lo que quieres decir. No tienes ninguna responsabilidad en nada.

- Sí la tengo. Esta mañana te he dicho que no quería hablar de lo nuestro hasta que todo se calmara. La noche anterior te dejé ir al sillón aunque sabía que no era eso lo que querías, pese a que me dijeras lo contrario, y no te hice el amor cuando los dos lo estábamos deseando. Creo que deberíamos hablar de lo nuestro ahora. No quiero crearte más incertidumbres de las que ya tienes.

- ¿Estás seguro?

- No estoy seguro de nada, creo que igual que tú. Nos conocemos desde hace tres días, tu vida se ha hecho trizas y de momento solo tratas de

sobrevivir. Por mi parte, intento ayudarte a que lo consigas. Y me aterra que te pase algo, no ser capaz de preverlo y evitarlo.

- No quiero cargarte con ese peso.

- No eres tú quien me cargas, es una decisión mía. Y respecto a nosotros, quiero que sepas que me importas mucho. Eso es lo único que sé.

- Tú también me importas.

Le abracé muy fuerte y le besé. En ese momento, esa declaración me bastaba. Todavía no era necesario ponerle nombre a las cosas.

La puerta de la habitación de Alexandra se abrió de golpe. Me desasí del abrazo con Julián, pero él me sujetó suavemente, dejando claro que no le importaba que nos viera.

- Supongo que querréis ver las noticias de las ediciones digitales de los periódicos. A no ser que las hayáis visto con el teléfono.

- Lo tengo apagado - dijo Julián. Aunque no sé muy bien para qué, dado que ya saben dónde estamos.

- Creo que haces bien. Pasad si queréis a mi cuarto.

Miramos las cabeceras de los cuatro grandes periódicos. Allí estaba la noticia, tratada con diferentes enfoques pero con un denominador común: en todas ellas aparecían imágenes de las tablas excel y cortes de los audios. Me senté en la cama de Alexandra porque las piernas no me sostenían.

Lo había hecho.

- Mirad - dijo Alexandra. - Este periódico pide a los lectores que le den pistas sobre a quién puede pertenecer la voz que amenaza a Bastos. Este otro dice que muy probablemente procede del entorno del alcalde de la población donde está la planta de elaboración de los cárnicos. No me extrañaría que fuera el mismo alcalde, que el periódico lo haya identificado pero no quiera desvelarlo para evitarse denuncias si no consigue demostrarlo. Me da la sensación de que unos cuantos periodistas se han pasado toda la noche comparando voces de las comparencias de los políticos de la zona en actos públicos.

Empecé a temblar.

- ¿Tienes frío? - me dijo Julián.

- No. Tengo miedo. No sé si voy a salir viva de esto. Puede que me maten ahora que ya no me necesitan.

- No bajes la guardia, pero creo que no van a intentar matarte. Sería

demasiado obvio, y no creo que a este tipo de gente le interese hacer tanto ruido.

- Espero que tengas razón.

Oímos abrirse la puerta de la habitación de invitados. Iciar y Joaquín fueron derechos a la cocina y encendieron la radio. Empezaban los informativos de las seis. Los tres más importantes arrancaron haciéndose eco de la noticia, tal como había vaticinado Joaquín. Empecé poco a poco a creerme que lo estábamos consiguiendo. Me asomé con cautela a la ventana. Me pareció ver abajo al policía que me llevó a Zara. El inspector Ojeda no estaba, o yo no le veía. Era él quien me daba verdadero pavor.

Iciar hizo café y sacó pan con mantequilla para todos. Desayunamos oyendo la radio, cambiando de canal de vez en cuando para asegurarnos de que la información estaba llegando a todas partes. Y lo estaba haciendo. Era la noticia del día.

A las siete empezó a llegar la prensa: cámaras y fotógrafos fueron poco a poco reuniéndose alrededor del portal de casa de Alexandra. Estaba llegando mi momento.

Alexandra desapareció en su habitación y volvió con una toalla, un vestido sencillo y unas braguitas.

- Puedes usar mi ducha. Te he traído esto porque creo que lo vas a necesitar. No me parece apropiado que la prensa te fotografíe con una camiseta de Guns 'n Roses arrugada. No tenemos la misma talla, pero he cogido lo más pequeño que he encontrado en el armario. Creo que te servirá.

Abrí la boca para contestar, pero no supe qué decir y la volví a cerrar.

- Te debo una disculpa - siguió diciendo Alexandra. - No he cambiado de opinión respecto a ti, pero me he comportado como una zorra y no me gusta ser así. Me he pasado la sororidad por el mismísimo y he hecho lo que siempre he odiado que hagan con las mujeres: llamarte puta para quedarme con un tío. No me fío de ti, pero no tengo por qué meter cizaña entre Julián y tú. Haz lo que te dé la gana, es tu vida y la vives como quieres. Espero que tengas suerte y que todo esto acabe bien.

- Gracias - le dije solo unos segundos antes de que volviera a encerrarse en su habitación.

Me di una ducha rápida y me puse la ropa de Alexandra. Afortunadamente, el vestido tenía una cinta para ajustarlo a la cintura. Me quedaba un poco

ancho y largo, pero podía pasar. Además, así tapaba las zapatillas deportivas que aún llevaba.

Bajé la escalera hasta la calle escoltada por Julián y Joaquín. Habíamos decidido que el periodista nos hiciera de portavoz. El taxi que habíamos llamado nos esperaba en la puerta, entre todas las cámaras. Julián y yo entramos rápidamente, mientras Joaquín daba una explicaciones breves a los periodistas que le acercaban el micrófono. Aquella algarabía me impresionó mucho menos que la vez anterior. Sabía que me esperaban y además eran mi salvoconducto hasta los juzgados.

El trayecto hasta la Plaza de Castilla, con la llave en la bolsita de Julián escondida debajo del vestido, transcurrió como un sueño. Aún era temprano y el Paseo de la Castellana, por donde tanto había pasado en mi vida anterior, yendo de mi casa al trabajo y de nuevo volviendo a casa, me parecía el escenario de una película extraña. Julián pasaba su brazo protector sobre mis hombros y me ayudaba a sentirme un poco mejor. El taxista tenía la radio encendida, seguían hablando del "escándalo Bastos".

Para nuestro alivio, en la puerta de los juzgados había más cámaras. Salimos del taxi con dificultad, mientras decenas de fotógrafos nos enfocaban. Miré a todas partes, quería asegurarme de que no había nadie con intención de hacerme daño, pero las luces de las cámaras me impedían distinguir las caras. Tuve que confiar en la suerte y en el cerco inexpugnable de los reporteros y caminar mirando al frente, mientras Julián respondía a las preguntas que le hacían a trompicones.

En el juzgado de guardia expliqué como una autómatas mi historia sobre la llave USB y cómo había llegado a mi poder. Me parecía verme a mí misma a través de una televisión. Hablé con calma, con voz clara y bien modulada, como cuando me dirigía a los clientes en mi anterior vida. Miré al funcionario sin verlo, como me habían enseñado a hacer, y di todos los detalles que me pidieron con completa precisión. Media hora más tarde, estábamos fuera del juzgado. Todo había acabado.

17. Una cara bonita

A la salida del juzgado la prensa seguía apostada, grabándonos, fotografiándonos. Joaquín volvió una vez más a hacernos de portavoz. Se le daba bien. Nos metimos en el primer taxi que encontramos, dejando a Joaquín en la puerta del edificio, hablando con otros periodistas e intercambiando números de teléfono, quizá abriéndose camino como tertuliano aprovechando el tirón de aquel bombazo mediático. Le deseé mentalmente lo mejor, parecía un buen tipo.

- ¿Dónde les llevo? - preguntó el taxista mientras se iba abriendo camino entre los fotógrafos que aún seguían disparando sus cámaras hacia las ventanillas. Julián me miró, interrogante.

- ¿Tienes que trabajar? - pregunté.

- Debería. Ayer no avisé de que fuera a cogerme el día libre. Con tantas cosas no pensé en ello. Pero puedo llamar diciendo que tengo asuntos que resolver, supongo que se harán cargo de la situación en cuanto me vean en la televisión.

- Si quieres ir a trabajar, ve - le dije. - Yo tengo algo de lo que debo ocuparme. Ya es hora de que haga una visita a Jacobo y recupere mis cosas.

Encaminamos al taxista al INEM. Mientras llegábamos, llamé a Jacobo desde el teléfono de la abuela de Julián. Me lo seguía sabiendo de memoria. Me lo cogió a la primera, con la voz de joven abogado prometedor que utiliza para hablar de trabajo. Se sorprendió al oír mi voz, pero se recompuso enseguida. Yo ya no era la sinvergüenza que podía acabar en la cárcel, sino la valiente mujer que había puesto su vida en peligro para demostrar una injusticia. Quedamos media hora más tarde en la que había sido mi casa durante tres años. Recordar cómo había salido de allí me formó un nudo en el estómago.

El taxi llegó a la puerta del INEM. Julián me miró con una expresión muy extraña.

- ¿Te volveré a ver? - me preguntó.

- Claro que me volverás a ver. ¿Cómo puedes dudarlo?

- No lo sé. Lo siento.

- Mi intención es dejar mis cosas en tu casa de momento, voy a necesitar tu

hospitalidad unos días más.

- Claro que sí. Tienes la llave.

Se giró para salir. Tiré de su brazo, se volvió y le besé. No podía dejar que se fuera así. Le di al taxista la dirección de la casa de Jacobo y arrancamos. Por la ventanilla, miré cómo Julián entraba en la oficina de empleo. Giró la cabeza fugazmente y nuestras miradas se encontraron. Sus ojos mostraban una tristeza que me encogió el corazón.

Durante el trayecto a casa de Jacobo, inmersa en el monumental atasco de la hora punta de Madrid, estuve dando muchas vueltas a la cabeza. Me reconocí a mí misma que había impulsado a Julián a ir a trabajar por miedo a terminar la conversación que habíamos iniciado hacía algunas horas. "Me importas" puede significar mucho o muy poco. Era demasiado pronto para hablar de nosotros y de lo que queríamos hacer a partir de ahora.

La mirada de Julián me mostró que él estaba igual de inseguro que yo y que de alguna manera el discurso de Alexandra le había afectado. Me molestó que se le hubiera pasado por la cabeza pensar que podía volver a casa con Jacobo, como si nada hubiera pasado. ¿Cómo podía creer que iba a desaparecer de repente ahora que me había desembarazado de la llave?

Intenté ponerme en su lugar. Nos conocíamos hacía menos de una semana, y durante todo ese tiempo nada había sido normal. El camino juntos, si es que realmente lo había, tenía que empezar ahora.

Miré el reloj. Las nueve y media. Recordé de repente que a las diez era mi cita con Antonella. Mi corazón se aceleró. ¿Debía hacer algo?, ¿llamarla?, ¿justificarme? Cogí de nuevo el teléfono de Engracia y saqué de mi monedero la tarjeta que Antonella me había dado en nuestra conversación en el bar. Haría las cosas bien en la medida de lo posible. Y de paso tantearía el terreno por si tenía que salir huyendo de la ciudad o incluso del país.

Antonella cogió la llamada personalmente. Si se sorprendió al oírme, no lo mostró.

- Querida, la que has montado - me dijo como si fuera un gatito que hubiera tirando un plato de leche.

- Lo sé. Después de pensarlo mucho decidí intentar hacer las cosas bien.

- Creo que te has equivocado, pero ha sido tu decisión y ya no se puede cambiar. En vez gastarme una pequeña suma en comprar tu silencio, ahora voy a tener que invertir mucho más en arreglar este lío. Esto es como un dominó.

Si cae el primero irán muchos detrás, y, como intenté explicarte en el bar, hay gente demasiado poderosa en esta historia que no está dispuesta a pisar la cárcel ni siquiera un minuto. Voy a tener mucho trabajo apagando la mecha que has prendido.

- Siento que las cosas tengan que ser así - le dije. Y de alguna manera estaba siendo sincera.

- Ya lo sé. No entiendes nada de nada, debí suponer que harías alguna tontería de este calibre, pero qué le vamos a hacer. Francamente, tampoco te creí capaz de armarla tan gorda. De alguna manera te subestimé.

- Lo siento - repetí. - No podía hacer lo correcto sin perjudicarla, créame si le digo que hubiera preferido que nadie saliera mal parado de esto.

- Tú no lo empezaste. Y como todo lo que es cuestión de dinero, tiene arreglo. Supongo que me llamas para saber a qué atenerte a partir de ahora. ¿Me equivoco?

- No. No se equivoca.

- Por mi parte, quédate tranquila. En lo que a mí respecta no tienes nada que temer. No me dedico a ordenar que rompan piernas o maten a la gente que me falla. Además, gracias a tu insensatez José Luis estará libre en 24 horas. Supongo que te alegrarás.

- La verdad es que sí. Lo poco que le he conocido me ha parecido una buena persona.

- Lo es. Un idealista como tú. Si vuelves con él y venís a cenar a casa serás bien recibida.

- Gracias - le dije, mientras deseaba interiormente no volver a verla en el resto de mi vida.

- Solo te pido una cosa, esta vez como un favor personal. Corta la publicidad de este asunto. No vayas a programas de televisión, no atiendas entrevistas ni intentes rentabilizar el caso. Por tu comportamiento intuyo que no te interesa el dinero fácil, así que espero que me ayudes en esto. Por mi bien, el de José Luis e incluso el tuyo.

- Cuento con ello, Antonella. Lo único que quiero es olvidarme de esto y continuar con mi vida.

- Entonces posiblemente no volvamos a vernos. Nos movemos en círculos distintos y parece que va a seguir siendo así. No es de mi incumbencia lo que piensas hacer a partir de ahora, aunque, siendo sincera, no te imagino de vuelta a una recepción. Tienes una cara muy bonita, si quieres un consejo, no la malgastes.

- Encontraré la manera de no malgastarla, gracias por interesarse - le dije con toda la educación que pude. Colgamos. Cuando metí el teléfono en el bolso, estábamos en casa de Jacobo.

Bajé del taxi decidida a no pensar ni anticipar. Me resultó muy raro llamar al portero automático de la que había sido mi propia casa hasta hacía tan poco tiempo. Volví a forzarme a ser fría y a acabar aquel trámite lo antes posible. Jacobo me estaba esperado en la puerta. Parecía un buen comienzo.

Nos dimos dos besos fríos como el hielo. Eso aún me resultó más extraño, nunca había dado dos besos a Jacobo, ni siquiera el día que lo conocí. Me llevó al salón. Había tres cajas y una maleta con mis cosas junto a la mesita donde habíamos cenado tantas veces.

- No sé si tienes prisa, ¿quieres un café? - me dijo. - Creo que deberíamos cerrar esto de una manera mínimamente civilizada.

- Me parece bien - contesté. - Tengo algunas horas libres.

Fue a la cocina y preparó dos cafés con la moderna máquina que tanto le gustaba. Estuve a punto de pedirle una infusión solo por afirmar la distancia que ya me separaba de él, pero decidí callarme. Tenía toda la vida para tomarme el café como me diera la gana.

Llevó las dos pequeñas tazas de diseño con sus asas imposibles de coger sin retorcerte los dedos en una bandejita impolutamente limpia, con los oscuros azucarillos en forma de animalitos que solíamos reservar a las visitas. No se me escapó la distancia que también él estaba marcando.

- He metido tu ropa, las joyas, tus cosas del baño y los libros. Creo que no me he dejado nada, pero si echas de menos algo dímelo y lo busco.

- Gracias.

- Me alegro de que hayas venido - dijo Jacobo con una sonrisa tan falsa que me dieron ganas de borrarla de un sopapo.

- No me has dejado otra elección al no enviarme las cosas en casi una semana - le dije completamente seria. - Supongo que no las has mandado por mensajero para ahorrarte los portes. Podías haberlos pagado con el dinero que me has esquilado de la cuenta.

Noté cómo sus ojos se endurecían y me alegré. No tenía por qué tener miramientos con él.

- No creo que ahora tengas problemas de dinero - contestó con la voz crispada.

- No. Afortunadamente tengo la indemnización por despido y el subsidio

del paro. No me he quedado sin nada.

Se hizo una pausa incómoda.

- ¿Cuánto tiempo llevabas con José Luis Bastos antes de que le encarcelaran? - Soltó Jacobo a bocajarro. Su tono de voz iba subiendo poco a poco.

- Un día. Ya me lo preguntaste y te vuelvo a contestar. No tendría por qué hacerlo, pero no voy a descargar la conciencia dejándote que creas la mentira que te has montado para justificarte.

Jacobo volvió a quedarse callado. Noté en sus ojos que no iba a seguir luchando.

- Está bien. Lo hice mal. Pero no pienso disculparme.

- No he venido aquí a que te disculpes sino a recoger mis pertenencias. Me han pasado tantas cosas en estos días que en lo último que he pensado es en tu infidelidad. Lo que no te he perdonado es que me dejaras en la calle, sin un duro y sin ropa. Ni creo que te lo perdone nunca.

- Me devolviste la pelota mandándome a la policía primero y a la prensa después - contestó Jacobo intentando sonar simpático. Le miré con desprecio. Me estaba empezando a arrepentir de haber aceptado el café.

- Es mejor que me vaya - dije. - Está claro que aún no estamos preparados para hablar civilizadamente ni creo que podamos ser amigos. Así que voy a pedir un taxi y me marcho. Si no es mucha molestia, te agradecería que me ayudaras a bajar todo esto.

- Por supuesto. Entiendo que no hay nadie esperándote abajo.

Me levanté del sillón, dejando el café a medias.

- ¿Me puedes dar el teléfono de la emisora de taxis? No tengo conexión a internet.

Jacobo miró el Nokia 3310 de la abuela de Julián como si hubiera visto un diplodocus.

- Madre mía, ¿de dónde has sacado esa reliquia?

- Me lo ha prestado una amiga mientras me hago un contrato nuevo. Aún no he tenido tiempo.

- El taxi te lo pido yo. Ahora hay una app muy buena que te busca un taxi en la zona y con el GPS...

- Gracias, Jacobo - No le dejé seguir. No me apetecía que me explicara algo tan obvio, y parecía totalmente dispuesto a hacerlo.

- En seis minutos está aquí - dijo, triunfal. Me sorprendió darme cuenta de lo idiota que era. Disimulé un suspiro de impaciencia y empecé a empujar una

de las cajas. Pensaba una barbaridad.

- Déjame a mí - dijo Jacobo. Y fue a por una carretilla que teníamos en la cocina. No pude evitar sonreír. No es que esperara que me hiciera una demostración de fuerza bruta, pero sí que pudiera coger la caja a pulso. Yo cogí la maleta. Había llenado la mía, supongo que para evitar tener que pedirme que se la devolviera.

- ¿Qué vas a hacer ahora? - me preguntó. - ¿Te irás a vivir con José Luis Bastos?

- Curiosamente eres la tercera persona hoy que me plantea lo mismo, directa o indirectamente. No sé lo que voy a hacer, pero irme a vivir con José Luis no entra en mis planes. No le conozco de nada.

Jacobo abrió la boca para contestar pero al ver mi mirada la volvió a cerrar.

- Espero que encuentres pronto alguien con quien vivir que realmente merezca la pena - dijo por fin. Le miré alucinada.

- ¿Qué estás queriendo decir?

- Nada malo, María. Simplemente, que espero que encuentres pronto un hombre decente y bien situado para poder vivir sin sobresaltos. Eres una buena chica, te mereces algo bueno.

Su mirada paternal y el tono melifluido que estaba usando, como si yo fuera una niña pequeña, me revolviéron las tripas. Prefería su mirada de odio a esa estúpida suficiencia.

- ¿Y lo que me merezco es un hombre que me mantenga? ¿Se puede saber de qué vas?

- No voy de nada - dijo mirándome como si fuera tonta. - Eres una chica muy guapa y tienes un cuerpazo. Eres simpática y agradable, educada y con la cultura justa para no quedar mal en las reuniones pero tampoco demasiada, así que los hombres no temen no estar a la altura. Eres la compañera perfecta para un hombre bueno y con dinero. Y eso es lo que te deseo, no me mires como si te estuviera insultando.

- Quiero pensar que no me lo estás diciendo en serio.

- María, tienes que ser consecuente con tus posibilidades. ¿Te planteas volver a trabajar de recepcionista o de teleoperadora y compartir un piso de mala muerte con tres fracasadas más, como cuando te conocí? Ahora que sabes lo que es el lujo, los viajes y los buenos restaurantes no creo que quieras renunciar a la buena vida. Y no tienes por qué. Búscate un hombre que te valore y aprovecha tus cualidades.

Se quedó tan tranquilo y tan satisfecho después de su discurso. Preferí no seguir discutiendo, en este caso no merecía la pena tener la última palabra. Jacobo no iba a cambiar su opinión respecto a mí, como tampoco lo harían Alexandra ni Antonella. Todos ellos me consideraban una mujer guapa y sin cerebro.

¿Qué pensaría de mí Julián? El estómago se me encogió. Aún no estaba preparada para enfrentarme a eso.

Bajamos las cajas y la maleta a la calle, donde el taxi ya estaba esperándome. Jacobo me dijo que me mandaría la ropa de invierno en unos meses, cuando tuviera dirección definitiva. No le había parecido pertinente prepararlo todo ahora. En eso le di la razón. Era mejor no acumular demasiadas cosas de momento.

Jacobo me ayudó a meter las cajas y la maleta con cierta desgana. Nos despedimos brevemente, sin darnos siquiera dos besos fríos como cuando había llegado. Me fui sin mirar atrás. Estaba deseando olvidarme de él.

Le di al taxista la dirección de Julián, me recosté en el asiento y me permití autocondolarme un poco. No podía evitar pensar en lo que me había dicho Jacobo y en la imagen que tenía de mí. ¿Qué estaba pasando? ¿Realmente era solo una tía buena sin nada en la cabeza? En la última semana no hacían más que repetírmelo. Tenía que dar un golpe de timón en mi vida si no quería que aquello acabara con la poca autoestima que todavía me quedaba.

Pensé en Alexandra y en el frío y despiadado análisis que había hecho de mí la noche anterior. Aparte de su interés en recuperar a Julián, que ella misma reconoció después, estaba claro que su opinión sobre mí era sincera. Pensaba que era una cazadora de dotes incapaz de ganarme la vida de otra manera que no fuera viviendo de los hombres. Y lo que más miedo me daba era la posibilidad de que tuviera razón.

¿Qué había ocurrido?, ¿cuándo había empezado a transmitir esa imagen a los demás? Muy posiblemente a raíz de mi relación con Jacobo, un hombre de una posición social y económica muy superior a la mía. Pero ese no había sido el problema, o al menos no el único. Lo que había pasado era que yo me había convertido efectivamente en una mujer objeto, un elemento decorativo tanto en mi vida personal como profesional. En algo tenía razón Antonella: no podía volver a una recepción después de aquellos días desquiciados. Pero tampoco podía volver a ser el florero de nadie. Tenía que romper ese círculo vicioso, y tenía que hacerlo pronto.

Pero había dado al taxista la dirección de Julián y tenía toda la intención

de dejar allí mis cosas. ¿Durante cuánto tiempo?, ¿indefinidamente?

Me había convertido en su amante. Él me había ayudado y yo le había devuelto el favor. ¿Era así, o por culpa de los demás ya veía cualquier afecto como algo mercantilizado? Me sentía bien a su lado, y él me había dicho que yo le importaba. Pero empezaba a llenarme de dudas.

Llegamos enseguida a casa de Julián, gracias al poco tráfico que había en aquel momento, en que la hora punta ya había pasado hacía mucho. El taxista me ayudó a sacar las cajas y la maleta y las dejamos en el suelo. Las metí en casa de Julián a empujones y las apoyé en un rincón del salón, intentando que resaltaran lo menos posible. Pensé en ir a ver a Engracia, pero ducharme y cambiarme se convirtió en mi prioridad. No me apetecía seguir llevando la ropa de Alexandra. Si quería recuperar mi identidad, debía empezar por volver a vestirme con mis cosas y a mi estilo.

Abrí dos cajas hasta que encontré un neceser con mis productos cosméticos, maquillajes, cremas, champú, depilatorio y accesorios para el pelo. Después busqué ropa adecuada para mi estado de ánimo, aunque sin mucho éxito. La mayoría de las prendas eran de marca, elegantes, ligeramente sexis y caras. Me devolvían una imagen de mí que no me apetecía recordar. Seguí buscando hasta que encontré unos vaqueros viejos que me ponía cuando iba a pasar el día entero en casa y una camiseta verde de tirantes que solía llevar cuando me vestía con blusas transparentes.

Me encerré en el baño y me di una larga ducha. Me tomé mi tiempo. Quise liberarme de todo y no pensar, pero el olor del jabón de glicerina me recordó tanto a Julián que mi cuerpo empezó a echarle de menos con una urgencia que incluso a mí me sorprendió. Salí de la ducha y me sequé con energía. Me envolví en la toalla y, en un impulso tonto, volví al salón.

Guardé los vaqueros y la camiseta de nuevo en la caja y saqué un vestido corto negro de Abercrombie & Fitch, con falda vaporosa, tirantes finos y un generoso escote en la espalda. Me sequé el pelo y me hice unos suaves rizos en las puntas. Me maquillé con detenimiento y la maestría de quien lleva años haciéndolo y me puse unas sandalias naranjas de medio tacón de Pura López que me gustaban mucho. Me miré al espejo antiguo de Julián y vi de nuevo la imagen de mí que me había acompañado en los últimos años. Me daría una noche más antes de salir a buscar mi camino.

18. La pausa

Julián llegó pronto. Se había cogido dos horas libres para llegar antes a casa. Yo me había quedado dormitando en el sillón, intentando recuperarme un poco del cansancio que por fin me invadía, una vez que había pasado lo peor.

Había pensado de nuevo en ir a ver a Engracia, pero me fallaban los ánimos. En realidad no quería enfrentarme a ella. Me había tratado siempre maravillosamente y parecía verme de una manera diferente a los demás, me daba terror que aquello hubiera sido también un espejismo y que de pronto me preguntara si pensaba irme a vivir con José Luis o a quién pensaba seducir ahora. Cuando oí la puerta de la casa me levanté del sillón, me arreglé el vestido y me puse de pie.

Julián se acercó a mí. Vi cómo me miraba, con una mezcla de alivio y deseo.

- Estás aquí - me dijo, abrazándome y atrapando mi boca. - Tenía miedo a no volver a verte.

- Estoy aquí - le dije. - No tienes que tener miedo.

- Estás increíblemente guapa.

- Gracias. Tú también. - Él llevaba la misma ropa del día anterior, arrugada y con un pequeño halo de sudor, pero no mentía al decirle que estaba increíble.

Julián sonrió y siguió besándome. Dejó caer los tirantes de mi vestido sin soltar mi boca. Tiró de ellos hacia abajo hasta que dejó mi vestido enroscado en mi cintura y mis pechos libres. Los cogió con las dos manos mientras seguía besándome y los acarició con una ligera fuerza. Un suspiro se escapó de mi garganta al mismo tiempo que mis pezones se endurecían. Julián me tomó en brazos como si fuera una pluma y me sentó en la mesa del comedor.

Sentí un ligero estremecimiento al recordar cómo había sido penetrada en aquella misma mesa, por otro hombre y sin quererlo. Abrí los ojos con fuerza y los fijé en los de Julián, turbios por el deseo y de aquel color verde en el que era tan delicioso perderse.

Desabotoné su camisa y la dejé caer. Pegué mi piel contra la suya y de nuevo me estremecí, pero esta vez de deseo. Julián terminó de quitarme el vestido y se quedó mirando fijamente mi pequeño tanga negro semitransparente. Se desnudó con prisa, movió hacia un lado la prenda y me

penetró con decisión. Gemí y me aferré a su cuerpo. Julián volvió a cogerme en brazos, sin salir de mí, y me llevó a la cama. Me tumbó con cuidado y cubrió mi cuerpo con el suyo.

Comenzó una cadencia de movimientos suaves, sinuosos y dulces mientras su boca no abandonaba la mía. Sus manos jugaban con mis caderas y mis pechos, mezclando suavidad y fuerza de una manera que me volvía loca. Todo mi cuerpo estaba en tensión, pidiendo más. Me aferré a su pelo mientras pegaba aún más mi cuerpo contra el suyo, hasta que empecé a sentir las oleadas del orgasmo que llegaba. Cerré los ojos y dejé que el placer me invadiera y me recorriera entera.

Julián seguía moviéndose sobre mí, balanceando su cuerpo sobre el mío mientras yo iba poco a poco sintiendo como me iba relajando, saciada. Cuando noté que sus acometidas eran cada vez más fuertes volví a aferrarme a él para acompañarle en su clímax. No tardó en llegar. Su gemido ronco me erizó la piel. Me enrosqué con él y le abracé muy fuerte. No quería que aquella sensación acabara nunca.

Durante toda la tarde no hicimos más que querernos. Las horas se fueron deslizando sobre nuestros cuerpos desnudos hasta que llegó la noche. Cenamos sobras que Julián tenía en la nevera, sin molestarnos en vestirnos, y nos metimos en la cama a seguir queriéndonos.

Pasamos la noche en un enredo de sábanas, buscándonos cada rato, aprendiendo en cada caricia cómo reaccionaban nuestros cuerpos. No hablábamos, solo sentíamos. Las palabras nos daban miedo.

Julián me hizo olvidar por unas horas toda mi frustración, todos mis temores, la incertidumbre sobre mi futuro, el regusto amargo que llevaba una semana persiguiéndome día y noche. Sin saber aún a dónde me llevaría todo aquello, tuve la certeza de que Julián y yo éramos importantes el uno para el otro.

Al día siguiente era sábado. Habían pasado cinco días desde que comenzó aquella locura. A las ocho de la mañana ya estábamos en pie, los nervios no nos habían abandonado del todo.

Preparé café y nos sentamos a desayunar, con la radio encendida. El asunto Bastos todavía coleaba en los medios de comunicación. Según decían los informativos, parecía que se estaba investigando el entorno del alcalde de la ciudad donde se ubicaba la planta de producción de cárnicos de la familia, y

que la trama se basaba principalmente en un intercambio de favores relacionados con la construcción y el acondicionamiento de la nave. Nada especialmente novedoso en los últimos tiempos, pero sí importante por los volúmenes de dinero que parecían manejarse y las implicaciones políticas que se derivaban.

Las informaciones también dijeron que José Luis saldría de la cárcel en pocas horas. Julián me miró, de nuevo muy serio.

- ¿Vas a ir a verle?

- No tengo su teléfono. Pero si contacta conmigo, le veré. Quiero cerrar este capítulo del todo y creo que necesito tener una conversación con él. Hemos hecho esto a ciegas, sin saber del todo su implicación en la trama. Creo que me merezco saber.

- Lo entiendo.

- También quiero ir a visitar a mis padres. No saben nada de mí desde que empezó todo esto y les debo una explicación. Y si no lo pueden entender, al menos debo dejarme ver para tranquilizarles. Ayer no les llamé y ellos no tienen manera de contactar conmigo.

- ¿Cuándo quieres ir?

- Podría ir a mediodía, hay un autobús que sale a la una de la Estación Sur.

- Puedo acompañarte a la estación si quieres. No está lejos de aquí.

- Gracias. Me gustaría mucho.

No era razonable invitar a Julián a conocer a mis padres, pero separarme de él aunque fuera un par de días me hacía sentir extraña. No quería dejar a la única persona que todavía me transmitía seguridad.

- Yo debería ir a ver a Alexandra - dijo de repente. Sentí cómo mi cuerpo se ponía rígido.

- ¿Por qué? - pregunté impulsivamente. - Perdona, no he debido preguntártelo. Es tu vida.

No me creía con derecho a recordarle las cosas que se habían dicho hacía solo dos noches, pero las tenía bien presentes en la memoria. Me cubrí el pecho con el brazo sin poderlo evitar. No llevaba puesto más que el tanga negro del día anterior.

- No es lo que crees - dijo Julián rápidamente. - Me despedí de ella de una forma demasiado abrupta. Le dije que no quería volver a verla y no le contesté cuando me dijo que quería volver a hablar de todo esto más despacio. Se disculpó y ni siquiera me di por enterado. No me gusta hacer las cosas así.

- Ya somos mayores, Julián - le dije con una rabia que me atrapó de

improviso. - Sabemos lo que tenemos que hacer. Si tu conciencia te dicta que vayas a verla, ve. Yo estaré en casa de mis padres el fin de semana. El domingo por la noche, si me lo permites, volveré a tu casa y me quedaré unos días mientras encuentro otro sitio donde vivir.

- María, vives aquí. No tengo que permitirte volver, te di un juego de llaves con todas las consecuencias.

Me levanté con mi taza de café vacía y me aproximé a la cocina. No quería que Julián viera que estaba a punto de llorar. No podía evitar imaginármelo con Alexandra en la cama, haciéndole lo mismo que me había hecho a mí la noche anterior. Sabía que seguían teniendo sexo de vez en cuando, lo había oído en aquella maldita conversación en la cocina. Apoyé la taza en la encimera y oí sonar el teléfono de Engracia. Un número que no conocía. Descolgué.

Reconocí de inmediato la voz de José Luis, profunda, elegante, con una dicción perfecta. Me fui a la habitación a hablar y cerré la puerta.

Le había dado mi teléfono su madre. Quería darme las gracias por todo lo que había hecho por él y disculparse por los trastornos que me había ocasionado, pero quería hacerlo en persona. Llevaba en libertad dos horas, había vuelto a su casa, se había dado una ducha, cambiado de ropa y pensado que debía llamarme.

Nadie le había esperado a la salida de la cárcel, más allá de unos cuantos fotógrafos. Su madre le había llamado por teléfono para alegrarse por su salida, aunque él sabía que no había contribuido precisamente a su libertad. Antonella le había preguntado si iba a verme, y, cuando le respondió que no tenía manera de contactar conmigo, le proporcionó mi número. Quedamos en su casa dos horas más tarde.

Salí de la habitación. La mirada de Julián dejaba muy claro que estaba enfadado. Yo también, así que estábamos empatados.

- Era José Luis - le dije. Aunque no hacía falta.

- Me lo imaginaba.

- Lo sé.

- ¿Quiere verte?

- Sí. Hemos quedado dentro de dos horas en su casa. Es muy probable que haya fotógrafos, así que iré preparada.

- ¿Por qué quedáis en su casa?

- Para poder hablar. No creo que sea muy fácil quedar en un bar con todo el mundo mirándonos. Ya nos conocen en todas partes.

- La casa es un lugar mucho más íntimo, claro.
- No digas tonterías.
- No digo tonterías. Te molesta cuando te digo que debería quedar con Alexandra y tú vas a ir a visitar a José Luis a su casa. ¿Cómo quieres que me lo tome?

Me puse de pie y me acerqué a él.

- No va a pasar nada entre José Luis y yo. Solo quiero hablar con él, que me cuente la parte de la historia que no sabemos y desearle buena suerte. Nada más.

- Te acostaste con él.

- Sí. Pero no te conocía. Ahora no lo voy a hacer.

Julián se levantó de la silla y se colocó frente a mí, a muy pocos centímetros. Aunque no es un hombre demasiado alto, por primera vez su corpulencia me resultó ligeramente amenazante. Puso sus manos en mis hombros y tiró de mí hacia él. Atrapó mi boca y me dio un beso profundo, urgente, dominante. Me estremecí. Mientras seguía besándome, me empujó suavemente hasta que mi espalda estuvo apoyada en la pared. Seguía desnuda, así que sentí el frescor del muro contra mi espalda. Toda la piel se me erizó.

Siguió besándome mientras sus manos recorrían mi cuerpo con caricias que no tenían nada de suaves. Entrecerré los ojos, sintiendo cómo mi mente me enviaba por un lado señales de alerta y por otro de un deseo franco, simple, primario. Julián estaba tan desnudo como yo, solo llevaba un slip que marcaba claramente su erección.

Volvió a tomarme de los hombros y me dio la vuelta, colocándome contra la pared. Mi cuerpo se tensó como un arco. Sentí cómo Julián bajaba mi tanga hasta los tobillos y se preparaba para penetrarme. Llené mis pulmones de aire mientras su pene se adentraba en mi vagina. En un último atisbo de conciencia, giré mi cara buscando sus ojos.

- No lo quiero así - le dije entre jadeos. - Contigo no.

Julián paró inmediatamente. Me giré del todo y le miré, con las lágrimas a punto de empezar a rodar por mis mejillas. Me abrazó fuerte y pegó su cara a la mía.

- Yo tampoco lo quiero así - me dijo. - Lo siento.

Cogí su mano y le llevé a la cama. Le empujé suavemente hasta que se tumbó y me encaramé encima de él. Introduje despacio su miembro en mi interior y empecé a cabalgarle lentamente, cubriéndole el pecho de besos. Mi ritmo comenzó a aumentar poco a poco, cada vez más, hasta convertirse en

casi un galope. Busque su boca y enlacé mis manos con las suyas mientras sentía que el orgasmo me invadía.

Apenas sin aire, me dejé caer sobre él y le hice girar lentamente hasta quedarme debajo. Cerré los ojos y me dejé llevar por sus embestidas, abrazada a su espalda, relajada. Cuando sentí su tensión a punto de desbordarse, acompañé sus movimientos hasta que se derramó dentro de mí, por fin tranquilo.

Estuvimos mucho rato callados, enlazados en uno con el otro. Ninguno quería romper el silencio.

- ¿Qué nos está pasando? - preguntó Julián como para sí mismo.

- Creo que no sabemos volver a la normalidad, porque nunca la hemos tenido juntos. Estamos desorientados y sin saber qué pasos tenemos que dar. Al menos así me siento yo.

- Todo el tiempo tengo la sensación de que esto no se ha acabado, que creemos que hemos cerrado el asunto pero no es así. Eso me pone nervioso.

- El caso no se ha cerrado, pero creo que nosotros ya no tenemos nada más que hacer. Antonella me dijo que no tenía nada que temer por su parte, y la creo. Aunque yo tampoco estoy tranquila del todo.

Julián me abrazó y me besó.

- Aún no sé qué somos ni qué seremos, pero lo que sé es que me importas.

- Tú también a mí - le respondí.

Julián puso su pierna entre las mías, volvió a adueñarse de mi boca y acarició todo mi cuerpo con sus manos y sus labios hasta que me hizo estallar de nuevo. Después nos fuimos juntos a la ducha, a quitarnos los restos de aquella batalla de amor y de miedo.

19. José Luis

Me vestí para ir a ver a José Luis e hice una pequeña maleta para irme al pueblo de mis padres. Saldría directamente desde su casa hacia la estación, de modo que Julián no me acompañaría. Quizá fuera lo mejor. Escogí un modelo sencillo, un vestido recto azul marino de Zara y unas sandalias planas a juego. Julián se vistió también. No le quise preguntar si iba a ver a Alexandra. Prefería no saberlo. Me maquillé ligeramente, cogí la bolsa de viaje y abrí la puerta.

- El domingo por la noche estaré de vuelta - dije - . Llegaré a casa sobre medianoche, vendré en el coche de las nueve.

Julián me contempló de nuevo con aquella mirada un poco desconfiada a la que desgraciadamente me estaba empezando a acostumbrar. Le di un leve beso en los labios y salí de casa.

Cuando me quedé sola y me puse a buscar un taxi yo también me sentí extraña. Me daba la sensación de que de alguna manera estaba traicionando a Julián, aunque no tenía ninguna intención de tener sexo con José Luis, ni tampoco sabía qué lazos me unían exactamente a Julián. Solo quería hablar con José Luis y zanjar aquella historia para poder seguir adelante con mi vida.

Llegué enseguida a su casa. Los fotógrafos me esperaban en la puerta. Por el tipo de preguntas que me hicieron, ya no eran los reporteros gráficos de los informativos políticos sino la prensa del corazón. Eché mucho de menos a Joaquín, ahora tendría que manejarlos yo sola.

Decidí hacerme la simpática, temiendo al mismo tiempo lo que aquello iba a suponer para mis amigos, mi familia y Julián, y preocupada además por lo que pudiera pensar Antonella. Me preguntaron si iba a visitar a José Luis, si seguíamos juntos, si teníamos planes de boda, si habíamos estado en contacto durante estos días, cómo me encontraba yo, cómo se encontraba él y qué opinaba su familia de nuestro noviazgo. Todo al mismo tiempo. Aproveché la algarabía de preguntas para sonreír con cara de tonta, dar las gracias, saludar con la manita y salir huyendo escaleras arriba. Después de todo no se me dio tan mal.

José Luis me esperaba en la puerta de su casa. Recordé con un escalofrío que la última vez que había traspasado ese umbral había sido cuando todo estaba lleno de policías. Me vino a la memoria mi primera conversación con

el inspector Ojeda y me puse nerviosa.

José Luis me dio un gran abrazo. Era un calor conocido que me hizo sentir bien.

- Por fin una cara amiga - me dijo. - Me alegro mucho de verte.

- Yo también - le dije sonriendo.

- Pasamos a su gran salón. En la mesa había una cafetera, una lechera y un plato de churros.

- Con un poco de retraso vamos a comernos los churros - me dijo con un guiño.

- Ya he desayunado, pero no puedo decir que no a estos churros tan simbólicos.

Nos sentamos y desayunamos con una familiaridad sorprendente. Parecía, efectivamente, que el tiempo no había pasado.

- No sé cómo darte las gracias por lo que has hecho por mí - me dijo José Luis. - La idea de publicarlo en varios periódicos a la vez fue muy ingeniosa.

- Afortunadamente encontré gente que quiso ayudarme - contesté. - No podría haber hecho esto sola.

- En la cárcel vi un poco la televisión - dijo José Luis después de una pausa. - La verdad es que he sabido más de ti en estos días que en el poco tiempo que pasamos juntos.

- No sé muy bien qué se ha dicho sobre mí, pero creo que no todo es cierto - respondí, recordando lo que Alexandra le había contado a Julián y pensando sin poderlo remediar qué estarían haciendo en ese momento. - Creo que han dado una imagen de mí de frívola cazadora de hombres que no tiene nada que ver conmigo.

- En ese tipo de programas todo el mundo está estereotipado. Yo tampoco soy un soltero de oro, rico, seductor e inalcanzable. Ya viste que soy una persona bastante normal que tiene que pagar las consecuencias de haber nacido en una familia rica.

Me reí al imaginármelo como una especie de James Bond vestido de smoking y bebiendo ginebra. Pero tenía razón. El halo de sofisticación que nos habían colgado a los dos era simplemente mentira.

- ¿Qué vas a hacer ahora? - le pregunté antes de que lo hiciera él.

- Me voy del país. Me han devuelto el pasaporte, así que puedo viajar sin restricciones. Mi intención es volver a empezar en México.

- ¿Volver a empezar? ¿Piensas dejarlo todo? - le dije sorprendida.

- No. En mi caso es imposible. Mi familia ha iniciado las primeras

conversaciones para extender el negocio allí y necesitan una persona en el terreno. Yo voy a ser esa persona. Cuando empezaron los chantajes pensé que era lo más inteligente que podía hacer. Lo hablé con mi madre, que al principio no estuvo muy de acuerdo, pero al final cedió. Luego todo se complicó. Me negué a seguir haciendo millonarios a una pandilla de vagos, aunque sabía lo que podía pasar. Mi familia no apoyó mi decisión, me decían que formaba parte del negocio, pero simplemente yo ya no aguanté más. Por una vez quería que se hiciera justicia.

- ¿Sabías lo que te iba a pasar?

- Lo supe dos días antes, la noche antes de conocerte. Mi madre me llamó, me dijo que iban a detenerme y que aguantase, que ella resolvería las cosas desde fuera. Pero yo no quería eso. Lo que yo quería era sacar a esa gente de la circulación, que dejara de extorsionar a los empresarios y de vivir a cuerpo de rey a nuestra costa en lugar de dedicarse a gobernar el municipio. Sé que no van a pisar la cárcel, pero espero que se lo piensen dos veces antes de volver a repetir ese tipo de prácticas. Al menos ahora están en el punto de mira. Estoy convencido de que más de un empresario honrado me lo agradecerá.

- ¿No temes represalias?

- Claro que sí. Y esa es una de las razones por las que me voy a México. Es posible que allí me encuentre la misma situación, o quizá incluso peor, pero quiero intentarlo. Y, en realidad, mi objetivo a medio plazo es desvincularme de mi familia e intentar vivir tranquilo. Aunque no sé si lo conseguiré.

- Eres muy valiente. Pero, ¿por qué me elegiste a mí?

En los últimos días se me había formado una idea en la cabeza que no me gustaba demasiado y en la que no había querido pensar hasta entonces. Y era que José Luis me había escogido premeditadamente en el restaurante para darme la llave. Al fin y al cabo, me había encontrado en una hamburguesería un lunes a mediodía vestida de fulana. Quizá había pensado que bajo ningún concepto le daría la llave a la policía para no verme involucrada en ningún problema.

- Cuando te encontré no sabía aún qué hacer - respondió. - Llevaba la llave en la cartera, sin saber a quién confiársela. No me fiaba de nadie a mi alrededor, supongo que en estos días ya te has dado cuenta de por qué. Cuando te vi me pareció que estabas tan sola y tan desesperada como yo. No sabía de dónde salías con esa ropa, pero lo que estaba claro era que te sentías muy incómoda. Tenías una mirada muy sincera y, para qué negarlo, me pareciste preciosa. Simplemente me acerqué a ti porque quise hacerlo. En aquel

momento no pensaba en la llave.

- Me alegro de oírlo.

- No te utilicé ni me acerqué a ti para colocarte este problema - siguió José Luis. - De hecho, estuve a punto de decirte que te fueras después de la cena. Pero no tenías dónde ir, así que decidí no hacer nada y dejar que durmieras conmigo. Pasé muchas horas despierto, pensando dónde esconder la llave para que la policía no la encontrara. Mi idea era dejarla en algún lugar seguro y decidir desde la cárcel de quién podía fiarme para decirle dónde la había guardado antes de que alguien la destruyera. Cuando se hizo de día y saliste de casa decidí de repente jugármela y dejártela a ti. Pensé que quizá, solo quizá, dársela a alguien ajeno a todo sería la mejor solución. Imaginé que mirarías el contenido y posiblemente te asesorarías antes de tomar una decisión. Temía que se la entregases a la policía, pero eso podía ocurrirme con cualquiera, sobre todo de mi familia. Curiosamente, eras la persona de quien más me fiaba en ese momento. Creí que me daría tiempo a explicártelo, aunque fuera en parte, pero la policía llegó antes.

- ¿Y por qué estabas tan seguro de que la policía no era de fiar?

- Depende de quién dentro de la policía. No podía arriesgarme a que cayera en manos del inspector Ojeda, que trabaja a sueldo de mi madre. Estoy seguro de que la hubiera destruido nada más caer en sus manos.

- Creo que no vas nada desencaminado.

- Estoy convencido de ello. Mi madre no quería abrir la caja de los truenos y en cierta manera la entiendo. Le ha costado mucho esfuerzo llegar adonde está y no piensa permitir que nadie ponga en peligro su posición. Si hay que pagar, se paga, y si hay que cerrar bocas, se cierran. Lo que me sorprende es que hayas sido capaz de mantener la llave a buen recaudo todos estos días.

- No ha sido fácil. Recibí la visita del inspector Ojeda, que me registró de arriba abajo. Antes de eso desvalijaron la casa del amigo con el que vivo. Después también lo intentó tu madre, que me ofreció bastante dinero para que se la diera. No quise hacer nada antes de saber qué contenía y, una vez la hube visto, simplemente no fui capaz de venderte.

- ¿Cuánto te ofreció mi madre, si no es indiscreción?

- Dos millones de euros.

- Eso es calderilla para ella. Pero aun así, me admira que no lo aceptaras, sobre todo dada tu situación personal.

- Veo que sí que has seguido los programas del corazón.

- No tenía otra cosa que hacer. Déjame preguntarte por qué lo has hecho.
- Yo no vendo a la gente.
- Ya veo. Todavía quedan personas con principios en el mundo. Yo a veces lo dudo.

Nos quedamos mirándonos a los ojos. Habíamos acabado el café y los churros. Mi cuerpo reconocía las señales de José Luis, como me había ocurrido aquel lunes que ahora parecía tan lejano. Pero las cosas habían cambiado irremediablemente. Julián había ocupado un espacio tan grande que no dejaba entrar a nadie más.

- Sigues siendo preciosa - me dijo José Luis.
- Gracias. Tú tampoco estás nada mal - contesté sonriendo. - Pero tengo que decirte que he conocido a alguien.
- Alguien que te importa, entiendo.
- Sí. No sé adónde irá nuestra historia, pero me importa, y mucho.
- Me alegro por ti, y lo digo de verdad.
- Lo sé. Gracias.

José Luis se levantó de la mesa y fue hacia mí. Yo me levanté también. Nos dimos un abrazo largo y cálido. José Luis me miró largamente y me dio un suave beso en los labios, apenas rozándolos, como despidiéndose de ellos.

- Me iré a México en dos semanas - me dijo. - En el caso de que cambies de opinión con respecto a nosotros, te propongo que me acompañes. Me parece que podríamos ser buenos compañeros de viaje. Además, creo que a ti tampoco te vendría mal poner tierra de por medio una temporada.

- No sé qué quiero hacer con mi vida - contesté. - Necesito pensar. Te agradezco mucho la oferta, pero no creo que la acepte. Te deseo mucha suerte en tu nueva vida.

- Yo también a ti.

Volvimos a besarnos fugazmente. Cogí la bolsa de viaje y me la colgué al hombro.

- ¿Te llevo a algún sitio? - me dijo. Tengo el coche en el garaje.
- A la Estación Sur - contesté. - Está en Méndez Álvaro - añadí al ver su cara de desconcierto.
- Pero, ¿dónde vas exactamente? - preguntó, todavía extrañado.
- A ver a mis padres. No saben nada de mí desde el martes. Tengo que ir a visitarles y tranquilizarlos un poco. Hay un autobús que sale a la una desde la Estación Sur. Todavía estoy a tiempo de cogerlo si no me entretengo mucho.
- ¿Siguen existiendo los autobuses de línea?

Me reí con ganas.

- ¿Es una broma? - le dije.

- No lo era, pero ya veo que estoy viviendo fuera del mundo real. Lo de los autobuses de línea me suena a película antigua.

- Pues siguen existiendo y mucha gente los usa. Algunos funcionan bien, otros no tanto.

- ¿Dónde viven tus padres?

- En un pueblo de Ciudad Real. Se llama Villanueva de los Infantes.

- Yo te llevo.

- No - le dije rotunda. - Si apareces por el pueblo se puede armar una muy gorda. Y no tengo ni idea de cómo puede reaccionar mi padre.

- No tengo intención de presentarme en tu casa, quédate tranquila. Pero no voy a permitir que te subas en un autobús de línea después de lo que has hecho por mí. Además, seguro que es un viaje muy largo.

- Tres horas y media. Tampoco me voy a morir por unas horas de incomodidad. He sufrido cosas peores.

- Seguro que en mi coche llegamos antes.

- De eso no tengo ninguna duda, pero es un disparate.

- ¿Cuándo tienes pensado volver a Madrid?

- Mañana por la noche.

- Te traeré de vuelta.

- No.

- Habrá hotel, supongo.

- Varios. No me voy al desierto.

- El garaje está en el sótano.

José Luis me quitó la bolsa del hombro al mismo tiempo que hacía una llamada. Le pidió a una tal Teresa que le reservara una noche de hotel en alguna población cercana a Villanueva de los Infantes, pero no en la localidad. Abrió la puerta de la casa y me condujo fuera con delicadeza. Me harté de protestar y bajé con él al garaje. La verdad es que la perspectiva de ahorrarme el coche de línea me resultaba muy tentadora.

20. El mejor partido

Viajar en el Mercedes CLA coupé gris plata de José Luis me permitió hacerme una idea de lo que podía suponer el lujo. Pero no el que tenía con Jacobo, que consistía en permitirme ciertos caprichos sin preocuparme de no llegar a fin de mes, sino el Lujo con mayúsculas.

Volvieron a resonar en mi cabeza las palabras de Alexandra, advirtiéndome a Julián de cuáles serían mis siguientes pasos como cazadora de hombres bien situados. Cerré los ojos, decidí disfrutar de la comodidad del coche y de la grata compañía de José Luis y me concedí una nueva pausa antes de seguir pensando.

¿Mi vida sería una sucesión de pausas antes de enfrentarme a la realidad?, ¿mi forma de encajar los cambios se traduciría simplemente en dejarme llevar a la deriva, sin tomar las riendas? José Luis me ofrecía una vida nueva en México, seguramente una existencia fácil, sin problemas de dinero y quizá, solo quizá, sin tener que agachar la cabeza nunca más. Solo ante él.

Me regañé a mí misma por estarme planteando siquiera la posibilidad de aceptar. Estaba enamorada de Julián, no me cabía ninguna duda. Sus sentimientos hacia mí no podía definirlos, pero sí sabía que era importante para él. Volví a pensar que seguramente en ese momento estaría con Alexandra y me revolví inquieta en el asiento.

- ¿Qué te preocupa? - me preguntó suavemente José Luis.

- Julián. Cuando nos hemos despedido no estábamos en nuestro mejor momento.

- Supongo que Julián es la persona que has conocido estos días.

- Sí. Me acogió en su casa cuando te detuvieron. En realidad, gracias a él estás libre.

- Me alegro entonces de que le conocieras - dijo con un guiño. - Aunque supongo que sobre todo es gracias a ti por lo que estoy libre. Si hubieras aceptado el dinero de mi madre, aún estaría esperando un juicio cuyo resultado era cuanto menos impredecible. Pero volviendo a ti: ¿qué ha pasado con Julián?

- Recurrimos a su ex novia para interpretar las tablas que estaban en la llave. Ella no me quiere ni ver, está intentando recuperarle y además cree que soy una oportunista que solo voy detrás del dinero de los hombres. Lo peor de

todo es que creo que ahora mismo están juntos.

- ¿Juntos?, ¿cómo de juntos? ¿Como nosotros ahora mismo o como nosotros hace una semana?

- Eso es lo que no sé. Y me pone nerviosa. Se enfadó porque yo había decidido verte, teme que vuelva contigo y le abandone ahora que no le necesito.

- Pero le habrás explicado que no es esa tu intención.

- Sí. Se lo he explicado. Le he dicho la verdad, que no sé qué voy a hacer con mi vida.

- ¿Te ha dicho lo que él quiere hacer con la suya?

- Solo me ha dicho que le importo.

- Es un comienzo.

- Sí. Lo es. Pero no sé cómo acabará.

- Por otra parte, tal como me lo has contado, tampoco tú sabes qué quieres hacer.

- No. Tienes razón.

- Entonces creo que lo mejor es que te des un tiempo para decidirte y no le cargues a él la decisión que tienes que tomar tú. En este momento de tu vida, considero que él tiene que ser un complemento, pero no la parte central.

- Una compañera de clase de holandés siempre repetía un refrán: un hombre no debe ser los cimientos de tu casa, sino las flores de tu jardín.

- Tenía mucha razón.

- Lo sé.

Continuamos la ruta en silencio. Teresa había reservado para José Luis una habitación en la Hospedería Santa Elena, en San Carlos del Valle. Decidimos comer en el restaurante del establecimiento y llegar a Villanueva de los Infantes por la tarde. Escribí un SMS a Julián, diciéndole que estaba a punto de llegar a mi casa. Dudé hasta el último momento en si decirle o no que estaba con José Luis. Al final lo hice, añadiendo que no había pasado nada entre nosotros, ni pasaría. No le había ocultado nada desde que le conocía y no empezaría a hacerlo ahora. Pasara lo que pasase, sería consecuente con mis actos.

Julián no me respondió al mensaje, lo cual no me sorprendió. Con todo, la comida con José Luis fue muy agradable. Era una persona con la que me sentía muy cómoda. Quizá, en otras circunstancias, hubiéramos sido efectivamente muy buenos compañeros de viaje. Pero la existencia de Julián lo cambiaba todo.

Después de comer, José Luis me dejó en la plaza del pueblo.

- Sabes dónde estoy si quieres venir a cenar o a dormir. Pero no voy a presionarte - me dijo antes de desandar el camino hacia San Carlos del Valle.

Luché contra la sensación de indefensión que me atacó de repente, me eché la bolsa de viaje al hombro y me fui a mi casa.

El recibimiento en casa de mis padres fue tal como lo esperaba. Gritos y abrazos de mi madre, silencio hosco de mi padre, vecinos entrando a saludar y a decirme que había salido muy guapa en la tele, alguna conocida haciendo preguntas incómodas... En definitiva, me convertí en la comidilla del pueblo durante varios días. Era el precio que tenía que pagar por volver a mi casa, pero no me importó demasiado. Salvo pocas excepciones, la gente que vino a vernos lo hizo con buena intención.

- ¿Quién te ha traído? - me preguntó mi madre cuando por fin nos quedamos tranquilas. - Porque no has venido en el coche de línea.

- José Luis Bastos - respondí como si fuera lo más normal del mundo. Mi madre abrió mucho los ojos.

- ¿Y dónde está?

- Se ha quedado en la hospedería en San Carlos del Valle. Va a aprovechar para descansar y mañana me lleva de vuelta a Madrid.

- ¿Y por qué no ha venido a vernos?

- Porque no es mi novio ni lo va a ser. Me ha hecho el favor para que no tuviera que venir en autobús y porque quería descansar de estos días en un sitio tranquilo donde no le conocieran. Solo somos amigos.

- ¿Estás segura?

- Estoy segura.

Mi madre, quizá por primera vez en su vida, abrió la boca para decir algo pero la volvió a cerrar. Se levantó y se metió en la cocina diciendo algo de la tortilla para la cena. Dado que eran las seis de la tarde, no me molesté en preguntarle si quería que la ayudase. Yo también me levanté y me fui a dar un paseo.

No duré mucho en la calle. Me encontré demasiadas miradas clavadas en mí. Volví pronto a casa y me puse a pelar patatas con mi madre.

- ¿Por qué no sois novios después de lo que has hecho por él? - soltó por fin. Llevaba un largo rato rumiando la pregunta.

- Porque yo no quiero - contesté, sabiendo que se avecinaba tormenta.

- ¿Y se puede saber por qué no quieres? Es inocente, lo han dicho en el telediario.

- Ya sé que es inocente, lo sé mejor que nadie. Al fin y al cabo, fui yo quien presentó la prueba para que lo soltaran.

- Por eso no entiendo por qué no sois novios. ¿No eres lo bastante buena para él?

- Te repito que soy yo la que no quiero.

- Mi madre soltó la patata que estaba pelando y me miró fijamente.

- ¿Me estás hablando en serio? - atacó.

- Claro que te estoy hablando en serio - respondí, intentado mantener la calma y recordando de nuevo por qué me había dado tanta prisa en irme de casa. - José Luis es una persona estupenda, pero no estoy enamorada de él.

- ¿No me lo estás diciendo por despecho?

- Claro que no. He sido yo quien ha decidido que no quiero estar con él. - Estuve a punto de decirle que me había propuesto irme con él a México, pero me callé a tiempo.

- Eres tonta - me dijo mi madre cogiendo de nuevo la patata.

- ¿Soy tonta por ser consecuente con lo que siento?

- Sí, eres muy tonta.

Conté hasta diez en holandés. Y luego hasta veinte. Pero no conseguí callarme. No sé por qué, todo lo que he aprendido en el trabajo sobre ignorar los comentarios desagradables y no cambiar ni siquiera la expresión de la cara no me sirve con mi madre. Consigue sacarme de quicio a los diez segundos de estar con ella a solas.

- Tú siempre presumes de que te casaste con papá por amor aunque te pretendía el hombre más rico del pueblo - atacó.

- Sí, lo digo a ver si me lo creo yo.

La miré alucinada.

- Supongo que lo dices en serio.

- Por supuesto - replicó, molesta.- Estoy intentado que no hagas la misma tontería que hice yo. Si me hubiera casado con el Ricardo ahora tendría muchacha, habría viajado y habría vivido sin preocuparme de contar el dinero y sin miedo a que me pasara algo malo y no tener suficiente para resolverlo. Podría ir a Estados Unidos si me viene un cáncer.

- No te va a venir ningún cáncer. Y si te viene y hay que llevarte a Estados Unidos, encontraremos la manera. Además, ahora hay muy buenos hospitales en España - contesté, dándome cuenta de lo estúpido que sonaba mi razonamiento. Mi madre estaba abriendo una puerta por la que yo no quería entrar.

- Tú di lo que quieras - replicó, poniéndose muy tiesa y sin mirarme. - Pero, si volviera atrás, me casaría con el Ricardo.

- ¿Y papá? - no sé por qué lo pregunté. En realidad no quería escuchar la respuesta.

- Tu padre es un buen hombre. Me casé con él porque me gustaba mucho, pero no tuve en cuenta que el amor se acaba y luego solo queda tirar para delante como se pueda. Nunca me ha tratado mal, pero no he parado de trabajar desde que era una niña ni creo que pueda dejarlo nunca. Tú tienes la oportunidad de vivir como una reina, de no tener que matarte a trabajar como he hecho yo. Disfruta de la vida, no seas tan tonta como tu madre.

Sentí que la cocina era demasiado pequeña, el olor del aceite de oliva de la sartén se me hizo de repente irrespirable. Tenía que salir de allí. Le dije a mi madre que tenía mucho calor y me fui al patio.

No fue el hecho de que mi madre me reconociera estar arrepentida de haberse casado con mi padre lo que me impactó. Les había oído discutir muchas veces y, en los momentos de mayor enfado, mi madre ya había sacado a colación al famoso Ricardo unas cuantas veces. Mi padre le contestaba que se fuera con ese viejo de nariz ganchuda que tenía buenos cuartos, se chillaban un poco más y unas horas después se comportaban como si no hubiera ocurrido nada.

Lo que me angustió de verdad fue pensar que pudiera tener razón en el consejo que me estaba dando, pensar que todos los amores tienen que morir y que después solo queda luchar contra las jugarretas de la vida. Especialmente cuando no sabía si Julián estaba recuperando el tiempo perdido con Alexandra.

Me senté en una silla de plástico, eché mano al bolso y cogí el móvil de Engracia. Me impuse como primera tarea del lunes ir a una tienda de telefonía y hacerme un contrato para poder utilizar mi antiguo teléfono. No podía seguir usando indefinidamente aquel Nokia, aunque el teléfono fuera a durar hasta el día del Juicio Final.

Había un SMS de Julián.

"OK. Diviértete. No sé a qué hora llegaré el domingo, seguramente cene fuera. Abre con la llave y no me esperes".

Noté cómo el estómago se me encogía, pero, una vez más, no podía reprocharle nada. Me tragué las lágrimas, respiré hondo y traté de tranquilizarme. Cinco minutos más tarde, me levanté de la silla, fui a la cocina y le dije a mi madre que no me hiciera cena. Volví al patio, cogí de nuevo el

móvil y llamé a José Luis.

Media hora más tarde, estaba de nuevo sentada en el Mercedes CLA, camino a San Carlos del Valle. Mi madre me había dedicado su mejor sonrisa y mi padre un comentario sombrío por el poco tiempo que había pasado con ellos. Me llevé un juego de llaves y les dije que no sabía si iría a dormir.

Cuando llegamos al hotel, le sugerí a José Luis que pidiéramos la cena en la habitación. Estaba cansada de miradas incisivas. Él estuvo de acuerdo.

- ¿Qué ha pasado? - preguntó cuando por fin estuvimos solos.

- Mi madre. No quiere que pierda la oportunidad de solucionar la vida a tu costa.

José Luis soltó una carcajada amarga.

- Siempre igual - me dijo.- Es la historia de mi vida. Madres echando a sus hijas a mis brazos para que las haga ricas. Mujeres acercándose a mi cartera sin importarles nada más. No culpo a tu madre, pero, de verdad, te mereces algo mejor que eso.

- Gracias. En este momento creo que eres el único que piensa así. Todos los demás consideran que no tengo nada mejor que ofrecerme a mí misma que un marido rico.

- María, apenas te conozco. Pero en este poco tiempo me has demostrado que eres lista, resolutiva y honesta. Creo que puedes hacer muchas cosas en la vida además de adornar el brazo de un hombre. Debes pelear por ello, y, además, no conformarte con el primer tío que te ofrezca seguridad económica. Tú vales mucho más.

- Aunque el tío que me ofrezca esa seguridad seas tú.

- Aunque sea yo. Me gustó de ti que viniste a mí sin conocerme, sin importarte un cuerno mi posición, mi fama y mi dinero. Como ahora, estás aquí solo porque te da la gana, no para sacarme nada. Y espero que sea así siempre. Si alguna vez necesitas mi dinero, confío en que me lo pidas directamente. Y si me necesitas a mí, también.

- Sabes que lo haré, José Luis. No sé comportarme de otra manera, por mucho que le moleste a mi madre.

José Luis me cogió las manos. - No dejes que nadie te convenza de que no vales más que para vivir de los hombres. No es verdad. Eres especial y encontrarás tu camino.

Le di un abrazo de gratitud y afecto. José Luis pasó su mano por mi pelo y me miró fijamente a los ojos con esa mirada suya, tan cálida y dulce.

- Y ahora que hemos descansado, vamos a buscar a tu Julián. Tienes que

decirle lo mucho que te importa.

Le miré con sorpresa pero no dije nada. Simplemente volví a echarme al hombro la bolsa de viaje, le acompañé a recepción para pagar la habitación y nos subimos de nuevo al Mercedes. Dos horas y media más tarde, casi rozando la madrugada, me encontraba delante de la puerta de Julián.

La casa estaba vacía, como me temía. Me desvestí y me metí en la cama. No sé cómo, me quedé dormida enseguida.

21. En falso

Me desperté sobresaltada a las siete de la mañana. Julián no había llegado. Sentí un peso como el de una losa en mi estómago, pero meforcé a levantarme y hacerme café. Debía planificar el día, y, a ser posible, también el resto de mi vida.

Desayuné lo mejor que pude, esforzándome por comer aunque no tenía ganas, me di una ducha corta y me vestí. Me puse las zapatillas de deporte que me había comprado días atrás con Julián, los vaqueros negros de Zara y una camiseta. Me recogí el pelo y me fui a la calle. Necesitaba andar y pensar.

Me dirigí de nuevo a Madrid Río, que empezaba a ser mi lugar de reflexión. Caminé a paso rápido durante mucho rato, siguiendo el ritmo de los que habían salido a hacer un poco de deporte y a oxigenarse, o, quién sabe, a intentar organizar sus pensamientos como yo.

En aquel paseo decidí varias cosas. La primera, que no dejaría la casa de Julián sin decirle lo que sentía por él. Se lo debía a él y me lo debía a mí. La segunda, que me permitiría unos días de vacaciones en Amsterdam, aunque aquello me supusiera un dinero que no debía gastarme hasta tener mi futuro más asentado. Buscaría un alojamiento barato e intentaría conocer gente para hablar holandés. La tercera, que empezaría a buscar trabajo y casa en cuanto volviera del viaje.

Cuando tuve marcada mi hoja de ruta, dejé de andar y empecé a correr. No llevaba la vestimenta adecuada para ello, parecía más bien una loca que perdía el autobús, pero me daba igual. Necesitaba correr hasta cansarme, hasta no tener fuerza ni para pensar. Después todo iría mejor.

Corrí, corrí y corrí de un lado a otro del parque, sin pensar en nada más que no fueran mis pies sobre la pista. Todo lo demás podía esperar, se arreglaría de alguna manera, me ocuparía de ello cuando llegara el momento. Ahora solo tenía que correr y todo iría mejor.

Paré cuando noté que las piernas me empezaban a temblar. Me tumbé en la hierba, levanté los pies, cerré los ojos y me permití llorar durante un rato.

Cuando me calmé, me levanté del suelo, me sacudí las briznas de hierba y eché a andar hacia la casa de Julián. Me dolían las articulaciones, pero me importaba un comino. Decidí que al día siguiente volvería a salir a correr.

La casa de Julián seguía vacía. Me negué a pensar, cogí mi antiguo

teléfono y salí de nuevo a la calle. Una de las grandes ventajas de Madrid es que puedes encontrar cualquier cosa que necesites en domingo, así que me encaminé hacia el metro. Adelantaría un día mi idea de hacerme un nuevo contrato, recuperar mi smartphone y devolverle su Nokia a Engracia. Además, era una muy buena excusa para pasar a verla. La echaba de menos.

Ir y volver a la Puerta del Sol y conseguir tener de nuevo un teléfono propio me llevó buena parte de la mañana. Lo agradecí, porque ante todo quería permanecer ocupada. Volver a tener en mi agenda mis antiguos números me hizo sentir un poco incómoda. Mi antigua vida volvía a abrirse paso en mi mente y no estaba segura de que me apeteciera. Me puse de tarea para la tarde borrar los contactos que ya no necesitaba.

Cuando volví al barrio, meforcé a pasar por la casa de Julián y no ir directamente a la de su abuela, para asegurarme de que seguía vacía. Solo con un vistazo comprobé que así era. Llamé a la puerta de casa de Engracia, preparada para cualquier tipo de reacción. No podía permitirme dar nada por sentado.

- María, qué alegría verte - me dijo Engracia, con aquella sonrisa afable que su nieto había heredado. - Pasa, he hecho lentejas y me iba a sentar a comer. Seguro que te apetecen.

Aun con el calor que hacía, me pareció la mejor idea del mundo. Si hay un plato capaz de remontarme la moral y hacerme recuperar fuerzas en tiempo récord son las lentejas. Le devolví el teléfono y acepté su invitación.

- ¿Cómo estás, bonita? - me preguntó cuando estuvimos sentadas.

- No lo sé, Engracia - le dije. Resultaba irónico que me sintiera más cómoda confiándole a ella mis sentimientos que a mi madre.

- Me lo imagino. Menudo lío todo. A ver si te dejan descansar un poco.

- Es cierto que estoy agotada, pero me temo que aún me quedan muchas cosas por hacer antes de poder descansar. En realidad lo que más me preocupa ahora es su nieto. Creo que lo he perdido.

- ¿Cómo que lo has perdido? Es verdad que lleva un día sin aparecer por casa, pero pensé que estaba contigo.

- No, yo vengo de ver a mis padres. Creo que Julián está con Alexandra y que ha pasado la noche con ella.

- Qué raro. Con los hombres nunca se sabe, pero yo diría que no quiere tener nada más que ver con ella.

- ¿Cuándo se lo dijo? - me reñí a mí misma por hacer la pregunta.

- Siempre que se lo he preguntado. Y Julián a mí me dice la verdad. Quizá

con sus padres sea más esquivo, pero a mí me cuenta las cosas como las siente. Alexandra es una buena chica, con mucho carácter pero con buen fondo. Pero no encajan. Siempre lo supe y creo que ellos también. Ella me sigue llamando de vez en cuando a ver cómo sigo y tengo su teléfono en la agenda por si me pasa algo, porque vive por el barrio y es muy resuelta. Pero yo no me preocuparía por Alexandra. Cómo veo a mi nieto contigo no tiene nada que ver con cómo le veía con ella.

- Eso me tranquiliza un poco, pero me dijo que iba a ir a verla ayer por la mañana y no ha vuelto.

- Eso cambia la cosa, desde luego que sí. Sigue pareciéndome raro, pero todo puede ser en esta vida. Son cosas vuestras, pero creo que antes de pensar de más deberías hablar con él. No sé qué habrá ocurrido, pero sobre todo no sufras, que ya lo has pasado bastante mal y necesitas tranquilidad. Eres una chica estupenda.

- ¿De verdad lo piensa? - le pregunté, un poco incrédula.

- Claro que sí.

- ¿No piensa que me estoy aprovechando de su nieto?

- No. No eres ese tipo de persona.

- A veces me parece que todo me impulsa a convertirme en eso.

- No hagas caso. Tú vales mucho. No necesitas a nadie.

- ¿Usted cree? Parece que todo el mundo me ve como una chica guapa con pocas posibilidades laborales más allá de ser un ama de casa bien situada, y no se ofenda por lo de ama de casa.

- No me ofendo, no te preocupes. Es lógico que pienses así. Ahora el mundo ha cambiado y entiendo que no quieras quedarte en casa limpiando y cuidando al marido. Tienes suerte de poder elegir.

- El problema es que no sé si conseguiré otro futuro diferente.

- Seguro que sí. Tienes tiempo de estudiar y encontrar un trabajo que merezca la pena. Eres lista y tienes nombre de científica. No tienes que tener miedo de nada.

- ¿De científica? - dije sonriendo.

- Madame Curie se llamaba María. Y la que más sabe de cáncer de España, esa mujer que lleva el pelo liso siempre con raya a un lado, también se llama María. Tienes nombre de mujer importante.

- Con usted da gusto - le dije riendo. - Entre las lentejas y la conversación me he quedado como nueva.

Me levanté para recoger los cacharros, pero Engracia me cogió la mano y

tiró de mí hacia ella. Su cara se había puesto seria de repente.

- No vayas con miedo pero sí ten cuidado - me dijo mirándome a los ojos.
- Me da la impresión de que esta historia de Bastos se ha cerrado en falso. Todavía no estoy tranquila.

Sentí un escalofrío que me recorrió entera. Era algo que yo también pensaba pero que me negaba a admitir. Recogí deprisa, prometí a Engracia que tendría cuidado y volví a casa de Julián.

La puerta se abrió por fin a las cinco de la tarde. Como no tenía nada mejor que hacer, después de haber borrado unos cuantos contactos en mi teléfono, bastantes más de los que esperaba, me había puesto a sacar la ropa que Jacobo había metido de cualquier manera en las cajas, a estirla y a colocarla sobre la cama, a la espera de decidir dónde guardarla.

Giré la cabeza despacio, preparada para ver qué me decían los ojos de Julián sobre dónde había estado y qué futuro teníamos juntos. Pero me encontré otros ojos mirándome fijamente, y lo que me decían me llenó de pánico. Engracia no se había equivocado.

El inspector Ojeda se acercó a mí a pasos muy lentos, con su sonrisa perfecta. Las piernas me empezaron a temblar de tal manera que apenas me sostenían. Al mismo tiempo, mi mente funcionaba a toda máquina, pensando la manera de salir de allí. La puerta del patio era mi única vía de escape, pero la llave estaba puesta por dentro y la cerradura echada. Eso me haría perder unos segundos preciosos, los suficientes para que me atrapara. No quería pensarlo, pero muy posiblemente estuviera sentenciada. La solución quizá fuera gritar.

No tuve tiempo. En una maniobra rápida, el inspector Ojeda me cogió del cuello, apretándolo tanto que apenas me dejaba respirar. Al mismo tiempo, mi mente se nubló con la violencia del primer bofetón.

- He perdido el trabajo por tu culpa, pequeña zorra - me dijo con una voz llena de rabia. - Antonella me ha despedido por no haber podido hacer algo tan simple como robarte una puta llave. Todo por tu estupidez. Ahora mismo podrías ser rica, y sin embargo eres una muerta de hambre con aires de gran dama. Estúpida.

Siguieron más bofetadas, quizá cuatro, cinco, no lo sé. Intenté gritar, pero apenas salían sonidos de mi garganta. Me estaba ahogando.

- No te molestes en gritar - me dijo el inspector. - La vieja no puede oírte. Ya me he ocupado de ella. Y el mierda de tu amante debe de seguir de fiesta

con ese periodista degenerado que lo ha echado todo a perder. Han pasado la noche juntos, eres tan tonta que no te has dado cuenta de que tu coletitas es maricón.

Enterarme de que Julián no había dormido con Alexandra me alivió. Sabía que no me serviría de mucho, que estaba a punto de morir y que muy probablemente Engracia ya estuviera muerta, pero al menos me hacía pensar que el proceso podría ser algo más llevadero. Mientras iba perdiendo la conciencia, me empeñé en fijar en mi mente la imagen de Julián para sentirme mejor.

Casi sin notar mi cuerpo, sentí cómo el inspector me estaba tumbando en el suelo. Noté otra bofetada y mi ropa aflojándose. Me iba a violar. Otra vez. Pero esta vez sería mucho peor que la anterior, no me cabía la menor duda.

Paradójicamente, me alegré. Quizá aquello me haría ganar algo de tiempo y alguien apareciera, pero era muy improbable. Lo fundamental era tratar de respirar. Aunque sabía que el inspector solo me dejaría hacerlo hasta que hubiera terminado conmigo, y que nada de lo que ocurriera dependía de mí.

No tenía fuerzas para sentir rabia, solo pena de mí misma y de cómo iba a terminar todo. Me llenaba de tristeza pensar que todo el mundo recordaría cómo me mataron, pero apenas nada más de mi paso por el planeta. La violaron y la mataron. Pobre chica. Eso sería lo único que sabrían de mí.

Pensar en Julián. El resto no importaba. No había solución, no podía hacer nada para cambiar mi destino, así que lo único que quedaba era soportarlo lo mejor posible. Pensar en Julián.

Noté cómo me sacaba las zapatillas y tiraba hacia abajo de mis pantalones. No me resistí, aunque pensé que quizás hacerlo alargaría un poco más el proceso y me daría unos minutos más de margen para que alguien llegara. Pero no tenía fuerzas. Tampoco esperanzas.

Sentí cómo empezaba a penetrarme, un dolor sordo amortiguado por la falta de aire. Me empeñé de nuevo en recordar la imagen de Julián. Era lo que quería llevarme conmigo cuando muriera.

El inspector se movía contra mí con violencia y seguía llenándome de bofetadas con la mano que le quedaba libre. La otra seguía atenazando mi cuello. Su peso sobre mí, apretando mis costillas, hacía que respirar fuera aún más difícil. Me hacía daño en el pecho cuando lo apretaba con saña, en la cara cuando me pegaba, en el pelo cuando tiraba de él. Me ardían las entrañas pero seguía viva. Respirando por el mínimo hueco que me permitía su mano en mi garganta, pero viva. No sabía hasta cuándo.

La conciencia empezaba a abandonarme cuando oí un tremendo golpe en la puerta. La mano que me oprimía el cuello se hizo mucho más dura.

Apenas me quedaba aire, pero ahora sí que tenía que luchar. Había una posibilidad, tenía que intentarlo.

Me revolví como pude, intentado arrancar aquella mano asesina de mi cuello. Los golpes en la puerta seguían, hasta que por fin oí una voz y pasos. El aire volvió a mi garganta de repente y dejé de sentir el peso del inspector sobre mi cuerpo.

- Suéltala, Elías, - dijo una voz que me parecía familiar - la vas a matar.

- Claro que la voy a matar. Es una zorra que no merece vivir.

- No digas barbaridades y déjala. Aléjate de ella.

Cuando intentaba hacerme un ovillo para huir, otra bofetada me hizo marearme de nuevo.

- Sal de aquí o le pego un tiro, Ramón - rugió el inspector. - Desaparece de aquí o la mato ahora mismo.

- No me voy a ir a ningún sitio. No voy a dejar que violes y mates a esa mujer. Aléjate de ella o el que te va a pegar un tiro soy yo.

Ojeda volvió a echarse sobre mí, una de sus manos volvió a mi cuello y noté que con la otra buscaba su arma. Lloré de terror. No quería morir ahora, cuando la aparición de aquel policía me había dado la esperanza de poder salir de allí con vida. Era demasiado injusto. Quería vivir.

Un disparo resonó en la habitación. En un primer momento, me sorprendí de no estar muerta. El inspector Elías Ojeda cayó sobre mí como un saco y me bañó con su sangre. La mano, tras un agarrón monstruoso que casi me ahoga definitivamente, se quedó inerte. Sentí que alguien me liberaba de aquel peso y me abrazaba. Mi menté empezó a despejarse, el aire volvió a fluir y empecé a toser y a llorar a la vez. Temblaba incontroladamente en brazos de aquel hombre. Le miré un momento a los ojos. Era el policía que me había acompañado a Zara.

- Dice que ha matado a Engracia - acerté a decir.

- No te preocupes, creo que no está muerta - respondió. Me levantó del suelo como si fuera una pluma y, suavemente, me dejó caer en el sillón. - He pedido refuerzos, enseguida vendrán a atenderte. Voy a ver cómo está la abuela.

Se marchó y dejó la puerta abierta. De nuevo empecé a temblar, pero con la certeza de que aquella vez no vendría Engracia a envolverme en una manta.

Pocos minutos después, escuché las sirenas y vi entrar a dos policías más, un hombre y una mujer. Me hicieron algunas preguntas sobre cómo me encontraba mientras entraba en el salón una camilla con dos médicos del Samur. Volvieron a cogerme en brazos y me tumbaron en ella. La camilla empezó a avanzar hacia la calle. Seguía viva. Apenas podía creérmelo.

Cuando casi habíamos llegado a la ambulancia, vi a Julián abalanzarse sobre mí. Estaba llorando.

- Lo siento. Al final no he sabido cuidarte - me dijo. Su cara reflejaba tanto dolor que se me partió el corazón. Yo también empecé a llorar.

- No digas eso. Toda la culpa es mía por haberme confiado. Y creo que tu abuela ha muerto por mí.

- No ha muerto. Tiene varios huesos rotos y una conmoción, pero va a salir de esta. Va en otra ambulancia camino del hospital. Y tú no tienes la culpa de nada.

- Te quiero - le dije. Quería hacerlo ya, antes de que cualquier otra circunstancia me lo impidiera.

- Yo también a ti - me respondió.

La ambulancia echó a andar, conmigo y Julián dentro. No me soltó la mano hasta que llegamos al hospital.

Durante el camino, me explicó que se había encontrado a la policía en la puerta cuando llegaba a casa y un agente le había explicado en pocas palabras lo que había ocurrido. Empezó a disculparse por haber pasado la noche fuera, pero la llegada al hospital cortó la conversación. Me alegré. No era el momento de explicaciones.

22. Visitas

El médico que me reconoció anotó magulladuras en mi cara, dos fuertes hematomas en el cuello y un desgarró vaginal de poca profundidad. De alguna manera, había salido bastante bien parada. Poco después recibí la visita de una psicóloga que me ayudaría a curarme el alma.

Aunque me encontraba bastante bien (dentro de lo que cabe), me dejaron una noche en observación, lo cual agradecí. No tenía ánimos para dormir en casa de Julián ni para ir a recuperarme con mis padres. De hecho, pensar en verlos me producía una angustia difícil de explicar, sentía como si de alguna manera les hubiera fallado, como si hubiera contravenido esa ley no escrita que dice que las mujeres malas se exponen a que las violen y las maten por no querer tener cuidado con lo que hacen. Me machacaba pensando que quizá, si me hubiera quedado con José Luis en el hotel, como quería mi madre, y después me hubiera marchado con él a México, aquello no habría pasado.

En el otro lado de la balanza, me tranquilizaba pensar que Elías Ojeda estaba muerto y ya no podría volver a hacerme daño, pero no podía evitar cada rato mirar a la puerta de la habitación con el temor de que entrara otro esbirro de Antonella a terminar el trabajo. Dudaba de que ella tuviera algo que ver, pero en aquel momento todo me daba miedo.

Una vez los médicos me dejaron sola y autorizaron a los allegados más cercanos a entrar a verme, la primera visita que recibí fue la de Julián, que iba alternando entre la habitación de Engracia y la mía.

- Lo siento muchísimo - volvió a decir cuando se sentó al lado de mi cama. Seguía con los ojos enrojecidos y la cara irritada de haber llorado.

- Deja de culparte - le dije. - Como tantas veces me has dicho a mí durante estos días, tú no has tenido nada que ver con esto. Ojeda estaba esperando a que me quedara sola, no hubiéramos podido evitarlo aunque hoy hubieras estado en casa. Habría pasado antes o después.

- Puede que tengas razón, pero no dejo de martirizarme por ello. No tendría que haber bajado la guardia, hasta mi abuela me lo advirtió. Quizá, con el paso de los días, Ojeda se hubiera calmado, pero yo no estuve a la altura. No supe protegerte. Y además, me comporté como un imbécil.

- No te comportaste como un imbécil, simplemente saliste de fiesta un sábado por la noche, no hay nada de malo en ello.

- Yo no hago esas cosas. No desaparezco una noche entera. No lo he hecho ni cuando tenía veinte años. Lo siento mucho.

- Lo hiciste por la situación que estábamos viviendo. No tienes nada de qué disculparte.

- No fui a ver a Alexandra.

- Ya lo sé. Ojeda me lo contó, te tenía vigilado. Y no había ninguna razón para que me mintiera. Creo que le hubiera encantado decirme que estabas con tu ex novia riéndote de mí. Me dijo que habías pasado la noche con tu amigo periodista.

- Fui a esperarte a la estación de autobuses, a la dársena desde la que sale el coche para tu pueblo. Cuando no apareciste, primero me preocupé por si te había pasado algo, pero luego tuve la certeza de que estabas con José Luis y de que no cogerías ese autobús.

- Lo siento.

- No tienes que sentir nada. Me senté en un banco de la estación a esperar, hasta que recibí tu mensaje. Tuve un ataque de celos terrible, creí que iba a volverme loco. Sé que no me debes fidelidad, que no hemos hablado de lo nuestro ni tenemos una relación convencional, pero no pude soportarlo solo. Me fui andando sin rumbo fijo, y cuando tuve capacidad de pensar, llamé a Joaquín y le invité a una cerveza. Aquella cerveza llevó a otra, y después a otra. Sobre las siete de la tarde tenía una borrachera de mil demonios y Joaquín no se quedaba atrás. Fuimos a su casa, porque yo ya no estaba en condiciones de llegar hasta la mía, nos tiramos en el sillón y nos pusimos a ver series en bucle hasta quedarnos dormidos. Cuando nos despertamos al día siguiente, con una resaca de muerte, hicimos un desayuno copioso y salimos a tomar el aire. Nos dio la hora de comer y después decidí volver a casa. Quería ver a mi abuela y que me ayudara a manejar la situación. Necesitaba hablarle de ti.

- Ya ves que no hiciste nada malo.

- No debí dejarme llevar de esa manera. Cuando llegué y me encontré la policía y el Samur en la puerta fue como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Temí que las dos estuvierais muertas y casi acerté. La policía me informó enseguida y les agradezco que, aun estando tan desquiciado, no me echaran a un lado y me permitieran veros y acompañarte al hospital. Si os hubiera matado no me lo habría perdonado nunca. Gracias a Dios que ese desgraciado ya no puede haceros nada más.

- No ha pasado nada entre José Luis y yo.

- No tienes por qué explicarme nada. Eso no me importa.

- A mí sí. Ahora me toca a mí explicarme. Me llevó en coche a casa de mis padres para que no tuviera que coger el autobús. Después volvimos a Madrid antes de lo previsto porque mi madre me puso las cosas muy difíciles. También yo me machaco pensando que quizá, si hubiera seguido mi plan inicial, no estaría en este hospital ahora mismo.

Sentí el alivio en los ojos de Julián. Tuve ganas de abrazarlo, pero no lo hice. Había algo importante que tenía que preguntarle.

- Dime cómo está tu abuela - le dije. - Aún no he podido verla.

- Se recuperará. Tiene el brazo izquierdo roto por dos sitios y una luxación de cadera, además de unos enormes cardenales en la cara. Ese tío le pegó bien, pero ha tenido suerte.

- Es fuerte.

- Sí lo es, pero sobre todo ha tenido la suerte de que Ojeda estuviera mucho más interesado en ti que en ella. Simplemente la sacó de la circulación para ir a por ti sin que pudiera llamar a la policía. Si hubiera querido matarla, ella no habría podido hacer nada.

- Lo sé. Tienes razón. Es duro pensar que simplemente está viva porque un asesino no quiso perder el tiempo con ella. Y que yo lo estoy contando de puro milagro.

- Perdóname.

- No tengo nada que perdonarte.

- Te quiero.

- Yo también te quiero.

Nos cogimos las manos y nos quedamos un rato mirándonos a los ojos. Volvió a él aquella mirada tranquila que tanto me gustaba.

- Cuando salga de aquí quiero ser tu novia, si tú estás de acuerdo - le dije.

- Quiero ponerle nombre a lo nuestro.

- Yo también quiero ser tu novio.

Julián me besó suavemente en los labios y se marchó a ver a su abuela. Inmediatamente después me quedé dormida. Por fin había dejado las cosas claras y podía descansar un poco.

Me despertó la puerta al abrirse. Era Ramón, el policía que me había salvado la vida.

- ¿Cómo estás, María? - me preguntó.

- Bastante bien - le dije. - No creo que me dejen aquí mucho tiempo más.

- El mínimo para recuperarte. Ni te plantees salir corriendo, vas hasta arriba de valium - me contestó sonriendo.

- Quizá por eso estoy tan bien.

- Seguramente.

Se hizo un silencio. Claramente Ramón no era de muchas palabras.

- No sé cómo darte las gracias por haberme salvado la vida - dije por fin.

- Pues ya me las has dado. Pero debes dárselas también a Engracia. Si no fuera por ella habría llegado demasiado tarde.

- ¿Y por qué? Pensé que Ojeda la había atacado para que no os llamara.

- Y lo hizo. Pero habíamos tomado medidas.

- ¿Qué medidas?

- Yo llevaba sospechando de él desde hacía bastante tiempo. Su conducta y la manera en que llevaba ciertos casos me hacían pensar que alguien le estaba sobornando para destruir determinadas pruebas o inculpar a algunas personas y alejar las sospechas de otras. En este caso era más evidente que nunca. Empecé a vigilarle discretamente desde la detención de Bastos, así me enteré de que había entrado en vuestra casa sin permiso y de que se había llevado el ordenador de Julián, que por supuesto no entregó en comisaría. Entonces le marqué aún más de cerca. Sé que se sobrepasó contigo ese mismo día, pero no hice nada y te pido disculpas por ello. Habría debido actuar antes, pero todavía no tenía pruebas suficientes y de alguna manera me negaba a creer lo que estaba viendo. En ese momento tampoco pensé que podía llegar hasta ese punto.

- Eso ya no tiene importancia.

- Para mí sí. Debimos actuar mucho antes. Lo dejé pasar unos días, pero la reacción que tuvo cuando el caso dio un giro tan radical me preocupó mucho. Cuando vimos las noticias de la mañana, con la entrega de la llave en el juzgado y las declaraciones de ese periodista, se puso como loco. No paraba de insultarte y de decir que le habías destrozado el caso. Ya no era cuestión de que estuviera convencido de la culpabilidad de Bastos, claramente había mucho más. Esa violencia era desmedida. Es cierto que algunos policías reaccionan con cierta ira cuando se les desbarata un caso, pero aquello era excesivo. Temí que hiciera alguna barbaridad, así que el sábado a mediodía me acerqué a vuestra casa. Comprobé que no había nadie e intenté entrar, pero Engracia me lo impidió. Me invitó a pasar a su casa y a explicarle qué estaba haciendo por allí. De paso me enseñó una escopeta de caza que guardaba debajo de la mesa camilla cuando hacía los solitarios.

Sonreí al imaginarme a Engracia con un trabuco. Aunque no me lo había contado, era muy propio de ella.

- Le expliqué que estaba preocupado por Ojeda, que no me fiaba de él y temía que tomara represalias - siguió Ramón. - Ella no hizo más que confirmar mi sospecha. Me dijo que le veía casi todos los días rondando por la zona. Así que tomamos medidas. Me dejó entrar en vuestra casa y colocar un micrófono en el salón. Además, le di un aparato para que contactara conmigo inmediatamente si ella o tú estabais en peligro. Ese botoncito es el que te ha salvado la vida.

- ¿Cómo entró Ojeda en su casa y en la de Julián?

- Con una llave maestra. Por desgracia, estas cerraduras antiguas se abren sin ninguna dificultad si se tienen las herramientas adecuadas, aunque la gente piense lo contrario. Engracia había visto al inspector por la ventana y me avisó antes de que le diera tiempo a atacarla. Afortunadamente él solo quería que no pidiera ayuda, así que le pegó, la tiró al suelo y la dejó allí, sin intención de matarla. De otro modo ahora no estaría con nosotros.

- ¿Por qué no usó la escopeta?

- No le dio tiempo. Y creo que fue lo mejor. No sé si el arma estaba en condiciones y si habría acertado en el disparo. Si lo hubiera intentado, estoy convencido de que Ojeda la habría matado.

- Tienes razón.

- Fue muy valiente de todos modos. No sé bloqueó y pudo avisarnos. Gracias a eso estás viva.

- Le debo una.

- Desde luego que sí. Pero quizá puedas hacer algo pronto para compensarla: me ha pedido que te diga que hables con su nieto, que a mí me harás caso. Me ha dicho que ella no quiere meterse, pero que cree que estaríais bien juntos. Me ha pedido que te lo diga disimuladamente pero yo no sé hacer esas cosas. Así que ya lo sabes. Habla con Julián y arregla lo que tengas que arreglar.

Me reí. Y me sorprendí de mi propia risa. Después tuve un acceso de tos y comprobé que el cuello me dolía horriblemente.

- Cuando me dejen levantarme iré a verla para tranquilizarla. Ya he hablado con su nieto y está todo bien.

- Me alegro.

- Yo también.

Ramón se levantó para irse, pero yo tenía más preguntas.

- ¿Qué pasará ahora? - le dije.

- Habrá una investigación. Tenemos la grabación de lo que registró el micrófono durante el ataque. Mis compañeros me han dicho que Ojeda ha inculpado directamente a Antonella, la madre de Bastos.

- La inculpó del intento de destruir la llave, pero de nada más. Estoy convencida de que no le mandó matarme y mucho menos violarme. Ojeda me dijo que Antonella le había despedido por no haber podido robarme la llave. Creo que fue una venganza personal.

- Quizá sea así, pero de todos modos Antonella tendrá que dar explicaciones. Voy a darte un consejo: aunque estés deseando disfrutar de tu relación con Julián, vete un tiempo. Márchate de España una temporada. Tendrás que venir a declarar, pero es mejor que pongas tierra de por medio y evites contar adónde has ido. Nosotros podemos ayudarte.

Estuve a punto de decirle que no, pero claramente era lo mejor que podía hacer. Tenía mucho en qué pensar.

- Gracias por el consejo. Creo que lo seguiré - contesté.

- Toma mi tarjeta. Llámame para todo lo que necesites. Te deseo mucha suerte.

Ramón se marchó antes de que me diera tiempo a darle las gracias otra vez.

Cerré los ojos de nuevo. Pasó un tiempo indeterminado antes de que la puerta se abriera otra vez. Lo primero que vi fue un gran ramo de flores, que se apartó para mostrarme la cara de José Luis. Aunque no reflejaba tanta angustia como Julián, tenía un marcado gesto de preocupación.

- Lo siento mucho - empezó. - Todo esto es culpa mía.

- No te disculpes - respondí. Me parecía haber entrado en un extraño bucle en el que todo el mundo se disculpaba porque el ataque había sido culpa suya.

- La única responsabilidad ha sido de Ojeda, y ahora está muerto.

- No. Yo inicié todo esto metiéndote de lleno en mi problema. Casi te cuesta la vida.

- La verdad es que ha faltado muy poco, en eso tienes toda la razón. Todavía estoy sorprendida de estar viva.

- Las flores son de parte de mi madre. Quiere que sepas que ella no ha tenido nada que ver con esto y que lo lamenta. Creo que dice la verdad.

- Yo también lo creo. El día anterior me dijo que podía estar tranquila, que no tomaba este tipo de represalias.

- No lo hace. Tiene pocos escrúpulos financieros y no le tiembla la mano ante un soborno, pero tiene muy claros sus límites. Además, tú me importas y ella lo sabe. No me haría eso.

- ¿No mandarías a un esbirro a matarme pero no le importó que te metieran en la cárcel?

- Lo consideraba un mal necesario. Pero no en tu caso. Mi madre no es una asesina.

- Te creo. No te preocupes.

- Pero vamos a lo importante: ¿cómo estás?

- Dolorida. Asustada. Triste. Nerviosa. Pero bien.

- Me alegro - sonrió José Luis. - Saldrás adelante, como has hecho siempre.

- No lo dudes.

- Cualquier cosa que necesites, dímela. Te ayudaré en todo lo que pueda. Pero vete. No te digo que vengas conmigo a México porque sé que no lo vas a hacer, pero quítate de la circulación una temporada. Sé cómo funcionan estas cosas. Haz que se olviden de ti.

- Es lo mismo que me ha aconsejado el policía que me salvó la vida. Creo que no me va a quedar más remedio que hacerlos caso.

- Haznos caso. Al menos durante unos meses. Mejor si te tomas un poco más de tiempo. Ahora te voy a dejar descansar, creo que lo necesitas.

Le sonreí agradecida. La verdad es que tenía mucho sueño. José Luis se acercó a mi cama y me dio un cálido beso en los labios.

- Supongo que esto es una despedida casi definitiva - me dijo.

- Probablemente - contesté.

- Sabes que podrás contar conmigo siempre.

- Lo sé. Tú conmigo también. Pero procura avisarme la próxima vez que escondas una llave en mi zapato.

- Lo haré.

José Luis sonrió y volvió a besarme. Esta vez no fue un aleteo suave en mis labios, sino un beso profundo y sensual, como los que nos dimos aquella noche tan lejana, en que llevaba un vestido ceñido y unos tacones imposibles. Fue cálido, dulce y atrevido al mismo tiempo. Un beso de despedida entre dos personas que se habían aferrado la una a la otra en uno de los peores momentos de sus vidas. Siempre nos recordaríamos y siempre nos querríamos. Aunque tomáramos caminos separados en la vida, aquel vínculo no se rompería.

Deshicimos el beso despacio, sin ninguna prisa.

- Adiós - le dije. - Mucha suerte en tu nueva vida.

- Adiós, preciosa - respondió José Luis. Giró hacia la puerta de la habitación para marcharse. Entonces vimos que estaba entreabierta y Julián estaba en el umbral.

Sentí que el corazón se me encogía. No dije ni hice nada. Ni siquiera me moví. José Luis se acercó a Julián con naturalidad, con la facilidad de reflejos que le daba su vida mundana. Se presentó, le estrechó la mano y Julián le respondió con normalidad. No es que esperase un duelo, pero la reacción de ambos me dejó un tanto sorprendida.

- Vamos a tomar un café - le dijo José Luis a Julián. - Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por mí y explicarte lo que acabas de ver. No quiero dar más problemas a María de los que ya le he dado, que no han sido pocos.

Los dos salieron de la habitación y cerraron la puerta. Cerré los ojos. Pasara lo que pasara con Julián, lo importante es que estaba viva. Estando viva, todo tenía arreglo. Me dormí pensando en dónde exiliarme unos meses, aunque en realidad ya lo tenía claro.

24. Amsterdam

Lo primero que hice cuando llegué a Amsterdam fue cortarme el pelo muy corto y teñírmelo de rubio platino, algo que siempre había querido hacer pero nunca me había atrevido. Mi piel oscura y mis cejas negras y anchas destacaban más que nunca, pero el resultado me gustaba. De hecho me gustaba mucho.

Lo siguiente fue amueblar la pequeña habitación que alquilé en un enorme apartamento compartido en pleno centro de la ciudad, poniendo un poco de mí hasta convertirlo en mi hogar provisional. Aunque seguía viviendo en una casa que no era mía, esa habitación sí que era solo para mí durante el tiempo que estuviera allí, y podía decorarla como me diera la gana. Eso me hacía sentir fuerte.

La llené de colores cálidos, de cojines de dibujos y de láminas de Klimt. Jacobo odiaba a Klimt y tuve que fingir que estaba de acuerdo con él en que no era el pintor más adecuado para decorar nuestra habitación. Ahora podía poner todos las láminas de él que quisiera. También puse un par de cuadros míos.

No sé pintar, pero eso no significa que no pueda hacerlo. Después del paso por el peluquero y la pequeña inversión en decoración, el siguiente capricho que me permití fue ir a comprar un par de lienzos y unos tubos de óleo en una gigantesca tienda de bricolaje, en la que no tendría que explicar a ningún vendedor exactamente lo que quería, porque mi intención era comprar lo que me apeteciera.

No había vuelto a pintar al óleo desde que tenía 14 años, y lo había hecho porque me lo mandaron en el colegio, no porque en ese momento sintiera ninguna vocación por el arte. Hasta mi llegada a Amsterdam no había vuelto a apetecerme coger un pincel, pero en ese momento de cambio necesitaba llenar telas de color, como necesitaba llenar mi vida.

El siguiente paso del proceso fue matricularme en una escuela de holandeses para perfeccionar el idioma. Me pusieron en el nivel más alto, lo que fue un verdadero orgullo para mí. En algo, era de los mejores. Además, la escuela me permitió conocer algunas personas interesantes con las que interactuar. La mayoría eran hippies medio chalados, que habían llegado a Amsterdam buscando una bohemia algo idealizada, pero en general, pese al aspecto, eran

personas normales que solo querían disfrutar de la vida. De alguna manera, estábamos en el mismo momento vital, lo que me hizo congeniar con ellos enseguida y poder compartir momentos de ocio y algún proyecto artístico ligeramente alocado. Aunque ya tenía la idea metida en la cabeza, ellos me ayudaron a creer en mí misma lo suficiente para pintar lo que me apetecía sin miedo a lo que los demás pudieran opinar.

El primer mes seguí necesitando valium para los ataques de pánico que se producían de vez en cuando. Lo más difícil para mí era oír la puerta de casa abrirse sin que me temblaran las piernas cuando venía a alguno de mis compañeros. Otras veces tenía accesos de llanto incontrolable que podían durar varias horas. En esos casos el valium no servía, solo me quedaba esperar que se pasaran y después tomarme un analgésico para mitigar el dolor de cabeza, que me duraba el resto del día.

En ningún momento probé ninguna droga. Aunque salía a menudo con mis amigos hippies en un ambiente muy propicio, me daba miedo la reacción que pudiera desencadenar en mis demonios interiores.

Lo malo no eran los ataques de pánico puntuales, para los que el ansiolítico funcionaba de maravilla, ni siquiera el llanto, que tenía algo de liberador. Lo peor era el miedo que se me había pegado a la piel, ese que no se iba nunca del todo. El estado de alerta continuo que me hacía saltar como un animal asustado ante cualquier ruido inesperado. Expliqué a mis compañeros de piso que había sufrido un asalto sexual en España y estaba en Amsterdam recuperándome psicológicamente. Pensé que era mejor ponerles sobre aviso antes de que comprobaran con sus propios ojos que a veces me comportaba de una forma extraña y sacaran sus propias conclusiones. Ninguno me hizo más preguntas, pero sentía que de alguna manera intentaban ayudarme.

Aunque resulte difícil de entender, a veces me sentía culpable porque Elías Ojeda estuviera muerto. Pensaba que le había hecho enfadar, que me había metido en medio de su investigación, que le había hecho perder el trabajo y que no había tomado las suficientes precauciones para que no me ocurriera lo que me ocurrió. Cuando me surgían aquellos pensamientos, lloraba un rato, después me tomaba una infusión y un paracetamol y me ponía a pintar. Y todo mejoraba.

Lo más duro fue despedirme de Julián y marcharme de España sin él. Cuando entró de nuevo en mi habitación del hospital después de tomarse aquel café con José Luis, volvió a decirme que me quería y que, precisamente por

eso, debía dejar que me fuera del país una temporada. Se ofreció a pedir una excedencia en el trabajo y acompañarme en mi aventura, pero no le dejé.

Lo hice por dos razones. La primera, porque quería recomponer mis piezas sola. Necesitaba que me dejaran recuperarme a mi ritmo, con los altibajos que la psicóloga me advirtió que ocurrirían, sin tener que aguantar el tipo por nadie ni mostrarme más fuerte de lo que realmente era. Aunque sintiera un miedo atroz a que un hombre volviera a hacerme daño, o quizá precisamente por eso, necesitaba estar sola.

La segunda razón, quizá la más importante, era Engracia. Le quedaban unos meses duros de recuperación y, dada su edad, no estaba demasiado claro cómo iba a quedar una vez sus huesos hubieran soldado ni cuánta ayuda necesitaría después para su vida cotidiana. Julián tenía que estar con ella. Yo tenía toda la vida por delante, ella no.

Ramón y Julián fueron las únicas personas a las que les dije a dónde pensaba ir. El policía me ayudó a buscar mi apartamento compartido en una zona segura de la ciudad y con una comisaría suficientemente cerca para actuar en caso de necesidad. Se puso en contacto con la policía del lugar, les explicó quién era yo y me pidió que fuera a hablar con ellos nada más instalarme, lo que cumplí puntualmente.

Julián venía a verme de vez en cuando, no demasiado a menudo y sin una pauta fija para no llamar la atención. Exprimíamos a tope los días que podíamos estar juntos e intentábamos no pensar en el futuro. Aunque el tiempo pasaba, parecía que mi sino era no poder hacer planes más serios con él que pensar en qué restaurante nos apetecía cenar.

A mis padres no les dije nada. Ni siquiera sabían que me había marchado. Al día siguiente del ataque, mi padre vino a verme a Madrid por primera vez desde que me mudé a casa de Jacobo. Le recibí en casa de Julián, que se fue a visitar a su abuela para dejarnos hablar con tranquilidad. Tuvimos una conversación complicada. Mi madre se sentía culpable por haberme hablado como lo hizo, y pensaba que si me hubiera retenido en el pueblo no me habría pasado nada. De nuevo tuve que repetir el ya clásico "vosotros no tenéis la culpa de nada, el único responsable está muerto".

Pero mi padre no lo dejó ahí. Me dijo que había venido a llevarme al pueblo con él y que se habían terminado las tonterías. Aquello desencadenó en mí un ataque de furia que no pude controlar. Tenía los nervios de punta, y aquella manera de hablarme como si fuera una niña que hubiera hecho una trastada me sacó de quicio. Le dije mucho más alto de lo que hubiera sido

necesario que sabía cuidar de mí misma, que me parecía que lo había demostrado saliendo viva de todo aquel embrollo. Me padre me contestó que era una irresponsable que quería volar demasiado alto y que debía dejar de creermme por encima de los demás. Le dije que me dejara en paz, que no iba a ir a ninguna parte y que mi prioridad era volver a la normalidad. Al final se marchó sin despedirse.

Me calmé con un arroz con verduras que Julián había hecho para comer en casa de Engracia, despotricando sobre lo poco que me entendía mi propia familia. Desde entonces, seguía hablando con mi madre por teléfono una vez por semana, le decía que todo iba bien, que iría a verles pronto y que tenía que irme a trabajar. En ningún momento sospecharon que no estaba en Madrid.

Dos meses después, tuve que ir a declarar. Afortunadamente, había saltado un escándalo político mucho más grave y toda la prensa estaba reunida en la puerta de la Audiencia Nacional, viendo como un diputado de larga trayectoria y toda su familia intentaban justificar lo injustificable. Mi declaración no fue más allá de un par de informaciones sueltas convenientemente elaboradas por Joaquín.

Finalmente, Antonella no fue acusada de intento de asesinato, solo de soborno y obstrucción a la justicia, que tampoco era poca cosa. Mi caso se cerró con bastante rapidez, sobre todo porque mi intención era únicamente seguir adelante sin pedir a nadie que rindiera cuentas por aquello ni me indemnizara. Consideré que la familia de Elías Ojeda ya tenía suficiente con llorar su muerte para tener que preocuparse por mí. Ramón me dijo que debía exigir lo que me correspondía, pero cuando le dije que no pensaba hacerlo, no insistió. Le pregunté qué tal estaba él y me confesó que desde que tuvo que apretar aquel gatillo necesitaba pastillas para dormir y una sesión semanal de psicoterapia.

Una vez se cerró el caso, Ramón me dijo que podía ir pensando en volver a Madrid. De repente, aquello que tanto ansiaba se convirtió en una fuente de preocupación. Estaba deseando reunirme con Julián, pero por otra parte, la anestesiada calma de Amsterdam me mantenía en un estado de relativa felicidad del que no quería desprenderme. ¿Miedo a lo desconocido? Sin ninguna duda.

La solución, por una vez, vino sola. Y de la última persona que hubiera esperado.

Cuando llevaba casi seis meses en Amsterdam, recibí un correo electrónico que lo cambió todo. O más bien, para ser exactos, volvió a poner

las cosas en su sitio. Una mañana, después de un largo paseo por la ciudad y una ducha reparadora, eché un vistazo al teléfono para comprobar llamadas y mensajes. Como parte de mi terapia personal, solo lo hacía una vez al día. Aquella vez me llamó mucho la atención un correo electrónico que parecía conectarme con mi vida anterior, a aquella época en que mi rutina era plácida y previsible.

Mi antigua compañera de la recepción de La Castellana me había escrito un email que llevaba como asunto "quizá te interese". Lo abrí con mucha curiosidad. Esto fue lo que leí.

Hola María,

Espero que las cosas te estén yendo bien. Por aquí no hay muchas novedades que contarte, todo sigue más o menos igual.

¿Cómo estás tú? Cuando te vi en la televisión los días siguientes a que te despidieran no me lo podía creer. Intenté llamarte varias veces al salir del trabajo pero no pude contactar contigo, supongo que tendrías el teléfono desconectado o cambiaste de número para que no te localizaran. Siento mucho lo que te vino encima y me alegro de que al final salieras bien parada de todo aquel lío. Aquí nadie hizo comentarios, como si no hubieras existido. Ya sabes cómo es la gente.

Te escribo para contarte que nos ha llamado varias veces Adriaan Janssen, el directivo holandés que se quejó de ti. Supongo que no querrás volver a saber nada de él en el resto de tu vida, pero quiere hablar contigo. Dice que quiere hacerte una oferta de trabajo, que necesita una persona bilingüe holandés en Madrid como office manager para poner en marcha una delegación. Me pidió tu teléfono pero no se lo di, además, ni siquiera sé si hubieras recibido la llamada. La tercera vez que llamó con el mismo tema (ya sabes lo pesado que es) le dije que te contactaría. Lo he ido dejando pero esta mañana ha vuelto a llamar, me tiene frita. Aquí tienes sus datos por si le quieres llamar. Suerte. Un beso.

Susana

Me tuve que sentar un rato en el sillón hasta que me recuperé de la sorpresa. El tal Adriaan Janssen debía de ser un personaje de lo más extraño. Alguien que hace que te despidan y después quiere darte trabajo, además con tanta insistencia, no parece estar muy bien de la cabeza, pero quién sabe. Me tomé una infusión, pinté un poco y después le llamé.

Aquella misma tarde me entrevisté con él en su oficina de Amsterdam. Agradecí mi cambio de aspecto y mi nombre sencillo, pues, aunque el Sr. Janssen siguiera la prensa española, hubiera sido muy improbable que me relacionara con la mujer del caso Bastos.

La entrevista, como no podía ser de otra manera, fue muy poco convencional. Traduzco del holandés:

- Lo primero que quiero hacer es disculparme por mi mal genio y por haber dado parte contra mí a la empresa - me dijo Adriaan con su bonito acento de holandés del norte.

- La verdad es que me hiciste una buena faena - contesté con algo de guasa. No sabía muy bien cómo enfocar aquella conversación, así que decidí ser sincera.

- Me lo imagino. Pagué contigo un problema que tenía con un consultor que siempre dejaba las cosas a medias y no se ponía nunca al teléfono.

- Aunque ya no importa, me gustaría decirte que no eras el único a quien no atendía. Cada vez que me entraba una llamada para ese señor en concreto ya sabía que no iba a cogerla.

- Ya no trabajamos con él. Unos días después de aquel episodio sí cogió el teléfono, así que aproveché esa oportunidad de oro para decirle que ya no quería tener más relación profesional con él.

- No debería, pero me alegro - le dije.

- Lo entiendo. Pero estás aquí para hablar del presente. Quiero saber si te interesaría trabajar con nosotros.

- Me interesa trabajar y me gusta mucho hablar holandés. Pero antes de nada tengo que saber por qué me has llamado seis meses después de hacer que me despidieran. Comprenderás que me cuesta entenderlo.

- Era lo que pensaba hacer ahora mismo. Cuando llamé a tu empresa y me quejé estaba muy enfadado, pero cuando me dijeron que se ocuparían del asunto y que dejarías de trabajar allí me pareció exagerado. Al principio creí que lo hacían solo para que me calmara, así que dos días más tarde volví a llamar para comprobarlo. Inicié la llamada hablando en holandés y la chica que me cogió el teléfono se disculpó en inglés por no entenderme, me dijo que era nueva y que no había nadie en recepción que pudiera atenderme en mi idioma. Así que efectivamente te habían despedido, y no me pareció justo. Pensé que media hora aguantándome al teléfono era mucho más de lo que la mayoría de la gente conseguía resistir sin mandarme a paseo. Además, te insulté, y nadie tiene por qué callarse ante un insulto, tenga el puesto de

trabajo que tenga.

- Hay muy poca gente que entienda eso.

- Lo sé.

Era evidente que aquel hombre, o bien ganaba mucho en persona, o bien tenía algún tipo de trastorno bipolar. Aun sin tener claro el último punto, me empecé a plantear seriamente trabajar con él.

- Después de aquello me sentí bastante culpable - siguió contándome. - Una persona había perdido el trabajo por mi culpa y quizá se había quedado en muy mala situación. Pocos meses después empezamos a plantearnos abrir una delegación en Madrid y dejarnos de intermediarios, que no nos habían dado demasiado buen resultado. En una reunión de dirección decidimos que yo me trasladaría durante un tiempo a España, y también que necesitábamos a una persona española bilingüe holandés y que también supiera inglés para poner en marcha la oficina. De repente se me ocurrió contactar contigo. Lo poco que habíamos hablado me había dejado claro que hablabas holandés perfectamente y que tenías paciencia pero también carácter. Justo lo que estábamos buscando.

- Caray - dije en español. No se me ocurría traducción al holandés. - El destino a veces es un bromista.

- Estoy de acuerdo. Llamé a la empresa para pedir tu número pero me pusieron un sinfín de excusas. Mientras tanto, entrevisté a algunas personas por videoconferencia, pero ninguna me convenció, así que me empeciné en contactar contigo y llamé y llamé hasta que lo conseguí. Está claro que a pesado no me gana nadie.

Me reí con ganas. No hice ningún comentario por si acaso.

- Al final di contigo y aquí estás. Que estés pasando una temporada en Amsterdam ha sido una circunstancia fantástica que me permite poder conocerte en persona. Y ahora que ya está todo claro, voy a explicarte las funciones y las condiciones del trabajo. Piénsatelo a lo largo del día y llámame mañana a las diez con lo que hayas decidido.

Escuché las condiciones, tomé nota de lo más importante, le di las gracias y me marché.

Mi primera reacción fue coger el teléfono para llamar a Julián, contárselo y pedirle consejo. Pero en el tiempo que tardé en desbloquear el smartphone, cambié de opinión. Aquella decisión debía tomarla yo sola. Volví a casa, me cambié de ropa y me fui a correr. Cuando me tumbé a descansar, ya me había

decidido. Era mi oportunidad de volver a España y recuperar mi vida, así que la aprovecharía. Lo demás se iría viendo.

Pasé dos meses formándome en la compañía para la que Janssen era director de desarrollo de negocio. Aprendí muchísimo. Todavía me resultaba extraño que Adriaan hubiera confiado en una desconocida una labor tan importante como la de poner en marcha una oficina en Madrid, pero por otro lado estaba convencida de que el trabajo me venía como anillo al dedo y de que no iba a tener ningún problema en realizarlo. Al fin y al cabo se trataba de encontrar una buena oficina para trabajar y ocuparme de que todo funcionara bien. Y si algo me había demostrado a mí misma en los últimos tiempos, es que soy resolutiva.

Durante mi proceso de formación, mi imagen fue transformándose a medida que crecía mi autoestima. Mi armario, ahora que ya tenía dinero y pude renovarlo, se llenó de color, de ropa divertida, cómoda y de alguna manera sexy: faldas cortas con bajos desiguales, jerséis multicolores con los hombros al aire, vestidos de seda cortos y vaporosos... Vestirse se convirtió en un juego y mi ropa tenía el mismo espíritu positivo que me inundaba a mí y a mis cuadros. Se había acabado el uniforme azul oscuro y el moño tirante.

Poco antes de terminar mi etapa de aprendizaje en Amsterdam y dar el paso definitivo a Madrid, preparé para Adriaan un informe con la traducción al holandés de varios extractos de periódicos que resumían bastante bien mi participación en el proceso Bastos. Llamándome María Sánchez García era bastante improbable que alguien de la compañía me relacionara con aquello, pero no quería vivir con el temor a que me descubrieran y perder mi trabajo. No me apetecía nada que Adriaan o cualquier otro de sus compañeros hiciera que me despidieran por segunda vez en menos de un año.

Media hora después de enviarle el informe, Adriaan me llamó a su despacho. Entré con toda tranquilidad, dispuesta a aceptar lo que fuera que tuviera que decirme.

- ¿Por qué no me lo contaste antes? - me preguntó muy serio.

- Porque considero que este es el momento adecuado - le respondí suavemente. - Antes no me conocías lo suficiente, pero no puedo desempeñar un puesto de confianza en la empresa sin que sepas en lo que me vi envuelta hace unos meses por un cúmulo de casualidades.

- Coincidió en el tiempo con tu despido por mi causa, ¿verdad?

- En realidad el despido fue el origen de todo - le dije sin un asomo de

rencor.

- Vuelvo a pedirte disculpas por ello.

- No te disculpes. En realidad me hiciste un favor, aunque reconozco que te deseé todo tipo de fatalidades en holandés durante aquellos días. Si no hubieras hecho que me despidieran, aún estaría en aquella recepción, dejando pasar el tiempo sin hacer nada que me interesara, seguiría con una pareja infiel que no me valoraba, no habría conocido a mi novio, no pintaría ni haría deporte y no tendría este trabajo tan estupendo.

- Y ahora me dirás que tampoco serías rubia.

- Efectivamente. Porque en realidad soy morena.

- No sé por qué me lo imaginaba - dijo sonriendo. - Por mi parte, mi percepción de que eres la persona idónea para este puesto no cambia después de haber leído todo esto. Es más, ratifica que eres una persona honesta que no se deja comprar.

Aquella conversación me permitió comprobar que Adriaan Janssen era una persona inteligente y con importantes valores éticos y también que estaba con una cabra. Según mi escasa experiencia laboral, ningún directivo normal contrataría a alguien que se hubiera metido en semejante berenjenal. Y menos aún daría un puesto de responsabilidad a una mujer que hubiera salido viva de milagro de un intento de asesinato con violación incluida a manos de un inspector de policía. Esas cosas en la vida real pasan factura. Salvo si tu jefe está medio chalado.

En aquellos dos meses viajé varias veces a Madrid, a visitar oficinas junto con Adriaan. Aprovechaba al máximo aquellos viajes para estar con Julián, llenarme de él y recargarme de su energía hasta la próxima visita. Cuando estaba en Amsterdam le echaba de menos, pero eso no me impedía ser feliz. Me había ganado a pulso la paz que respiraba, el trabajo que tenía, mi entretenida vida social, cada prenda de ropa que me compraba y cada cuadro que pintaba. Por fin, estaba preparada para alzar el vuelo, volver a Madrid y hacerlo completamente transformada.

25. Lunes

Siguen sin gustarme demasiado los lunes, pero ya no los aborrezco como antes. Y me encantan los zapatos de tacón. Ya no me siento ridícula con ellos, no tropiezo al andar ni parezco un pato mareado cuando los llevo. Pasearme por Madrid durante dos días con unos tacones imposibles me sirvió como curso acelerado de equilibrio, y en Amsterdam fui perfeccionando mi técnica.

Los llevo siempre de tacón ancho, con tiras que los sujetan a los tobillos y de colores llamativos, a juego con mi ropa. Me gusta hacer ruido cuando ando y que mis piernas se estilicen. Además, ya se han convertido en una de mis señas de identidad, igual que mi pelo corto rubio platino.

Esta mañana de lunes, el despertador ha sonado a las seis y cuarto, como todos los días. Lo he parado rápido para tomarme el trabajo de despertar a Julián, una de mis tareas cotidianas favoritas. Empiezo haciéndole cosquillas en la nariz y detrás de las orejas hasta que le noto sonreír. Después empiezan los besos: en la frente, en las mejillas, en la barbilla y después en los labios. Depende de nuestro nivel de cansancio me detengo más o menos en su boca. Paso rozándola para después continuar con el cuello y el pecho o me entretengo un rato, yendo cada vez más dentro hasta hacerme con ella entera. Esos días, suelo acabar a horcajadas sobre él, haciéndole el amor mientras él sigue medio dormido.

Esta mañana he pasado de prisa por sus labios y me he entretenido en hacerle cosquillas en el ombligo con mi lengua, hasta que me ha cogido de un puñado, me ha tumbado en la cama y se ha encaramado encima de mí. Se ha vengado de las cosquillas haciéndome miles de ellas más, hasta que he sentido su miembro dentro de mí y las risas se han convertido poco a poco en jadeos. El desayuno ha tenido que ir un poco más rápido de lo habitual, pero ha sido por una razón de peso. Eso sí, no ha faltado el café de su desgastada cafetera italiana y los bollos de manteca que todas las semanas nos trae Engracia del mercado.

La recuperación de la abuela de Julián ha sido bastante mejor de lo que cabía esperar para una mujer de su edad. Tuvo tanta suerte que todavía a veces nos cuesta creerlo. Sigue empeñada en cuidarnos y ocuparse de la casa, pero, cada vez más, las tornas están cambiando y somos nosotros los que nos ocupamos de que todo esté en orden, de que no le falte nada y de que vaya al

médico cuando le corresponde. Ella se deja cuidar y hace como si no se diera cuenta.

Después del apresurado desayuno, como todas las mañanas, Julián y yo hemos ido juntos hasta el metro y nos hemos despedido con besos rápidos en la entrada, sorteando la mañana de gente que sube y baja a toda velocidad por las escaleras a esas horas. Después de una última sonrisa con la cabeza ladeada, me he encaminado a la parada del autobús y desde allí a Atocha, para subir unas manzanas por el Paseo del Prado y meterme por la calle donde tenemos la oficina.

Cuando Adriaan y yo estuvimos buscando un local, insistí mucho en que no fuera en el Barrio de Salamanca. Sé que antepuse mis deseos y mis malos recuerdos a cualquier otro planteamiento, pero decidí que, por una vez, estaba más que justificado llevarme esa cuestión a mi terreno. Eso sí, le expliqué a Adriaan mis razones, al mismo tiempo que le proponía distintos barrios de Madrid igualmente elegantes y algo más originales. No puso ninguna pega y estudió con interés las alternativas que le había preparado, hasta que el barrio de Las Cortes se impuso al resto por muchas razones, entre ellas, un pequeño local al lado de una clínica estética y un bar de toda la vida que le entró por los ojos y decidió que tenía que trabajar ahí fuera como fuese. No le quité la idea de la cabeza. Aparte de que hacer cambiar de opinión a Adriaan es casi imposible, el hecho de tener El Retiro a un tiro de piedra me parecía un privilegio.

El paseo desde Atocha a la oficina me da energías para enfrentarme a mi trabajo. A veces, todavía siento el peso del "eres una simple recepcionista mona que se cree por encima de los demás", que me bloquea y me hace sentir que estoy viviendo una vida que no me corresponde, que pronto todos serán conscientes de ello y me devolverán a mi sitio. Me ocurre lo que los expertos llaman el "síndrome del impostor", pero, afortunadamente, la angustia cada vez aparece con menos frecuencia. El trabajo se me da bien, así que poco a poco empiezo a creer que me lo merezco. Igual que mi vida con Julián.

Hoy es un lunes algo diferente. Comenzamos la búsqueda de un director de desarrollo de negocio radicado en España, que sustituirá en unos meses a Adriaan. La idea de que mi pequeña rutina cambie no me gusta demasiado, pero no me queda más remedio que aceptarlo. El mundo no se puede parar, Adriaan tiene que volver a Amsterdam con su familia y yo no puedo seguir trabajando bajo su ala protectora. Ha llegado el momento de continuar sola.

Paso la mano por mi cuello y cojo la pequeña gargantilla que cuelga de él.

Es un regalo de José Luis, que me envió cuando se estableció en México. Se trata de un adorno que imita una pequeña llave USB, de oro blanco con tres pequeños diamantes. En una tarjeta color crema, un simple "gracias" en su bonita caligrafía acompañaba sus datos de contacto. Aunque a Julián no le entusiasma que la lleve, nunca voy a trabajar sin ella. Verla hace que me sienta fuerte, me recuerda todo lo que fui capaz de hacer y me ayuda a contrarrestar el miedo.

Julián me ha "amenazado" con comprarme un anillo con una gran piedra el día menos pensado, para que también lo lleve todos los días, y le he contestado que me parece una estupenda idea, siempre que no se arrodille en mitad de un restaurante o me lleve a la Torre Eiffel para que me fotografíen todos los turistas. Desde aquellas fotos con los churros me ha quedado un miedo a hacer el ridículo que aún no he conseguido superar.

Esta mañana me ha parecido ver un rostro familiar entrando en la cafetería de al lado. ¿Una jugarreta del destino? Mi instinto de protección sigue estando muy desarrollado después de todo lo que viví y no suele engañarme, pero esta vez he decidido no hacerle caso, ya que no se trata de un rostro amenazador, simplemente molesto. Poco a poco estoy dejando de mirar a todas partes cuando voy por la calle y cada vez veo menos el rostro de Elías Ojeda en cualquier hombre que se le parezca un poco. Me estoy empezando a tranquilizar.

Por supuesto, no había sido una confusión. Diez minutos más tarde, llamaban a la puerta.

- Buenos días. - En la puerta estaba Jacobo, con la sonrisa seductora que reserva a las mujeres que cree que pueden facilitarle las cosas, encontrarle una mesa en el mejor lugar del restaurante o agilizarle la espera para que le reciba alguien importante.

- Buenos días - he dicho. No he podido evitar resultar cortante, pero en realidad tampoco lo he intentado. Adriaan había hecho algunas llamadas directamente a posibles candidatos, pero que hubiera escogido a Jacobo no se me había pasado ni siquiera por la imaginación. No sé cómo a estas alturas sigo sin creer en las casualidades rocambolescas.

- Soy Jacobo Ruiz de Ávila, vengo a ver a Adriaan Janssen - siguió con naturalidad. Aún no me había reconocido, lo que no sabía si me gustaba o no.

- ¿Para una entrevista de trabajo? - le dije con indiferencia, haciéndole notar que era uno de tantos. Sentí su incomodidad y me alegré. Estaba harta de

la gente que se hace la interesante.

- Sí - contestó a regañadientes. Noté cómo sus ojos se iban agrandando mientras iba reconociéndome poco a poco. - Por aquí, por favor, - dije dándome la espalda.

- ¿María? - me dijo alucinado.

- Sí, soy María - contesté tranquilamente. Le acompañé a la sala de visitas más pequeña, apagué el aire acondicionado, cogí el mando, me lo llevé y cerré la puerta.

Veinte minutos más tarde, entré de nuevo a la sala con Adriaan, volví a conectar el aire y les dejé solos. No me hizo falta explicarle a mi jefe quién era Jacobo, ya que él mismo se encargó de renunciar al puesto sin que yo tuviera que intervenir más. Solo diez minutos más tarde, le acompañé a la puerta con la mejor de mis sonrisas, largamente ensayada en otra vida.

Cuando salía, volvió a mirarme, esta vez con la intensidad de los primeros días. Sentí un escalofrío seguido de una punzada de dolor. Aún no lo había superado del todo.

- Menudo calor me has hecho pasar - me dijo su sonrisa mas pícara. - Pero me está bien empleado.

No dije nada. Con mi mirada más inexpresiva, dejé que continuara.

- Ya veo que lo has conseguido - dijo.- Adriaan Janssen me ha dicho que eres su mano derecha. Nunca te creí capaz, veo que no te conocía tanto como pensaba. Enhorabuena.

- Se ve que en realidad no nos conocíamos de nada - contesté. Y lo decía en serio.

- Seguramente. Pero podríamos volver a intentarlo - me dijo con tanta desfachatez que dudé si reírme o partirle la cara. - He renunciado al puesto para que no tengas que trabajar para mí y no pueda haber lugar a malentendidos. Me gustaría volver a verte. De verdad.

Respiré hondo y me tomé unos segundos en contestar.

- Has renunciado porque das por hecho que le he dicho a Adriaan quién eres y lo que me hiciste, así que piensas que no tienes ninguna posibilidad. Efectivamente no me conoces y ni siquiera por la televisión te has enterado de que no soy una chivata.

Jacobo me seguía mirando, expectante. Me volví a sorprender de lo simple que era.

- ¿Entonces? - volvió a poner aquella sonrisa que en los primeros tiempos

me hacía perder los papeles. Ahora solo me ponía triste.

- Ni te lo plantees.

Me miró, molesto. El hecho de que hubiera pensado siquiera que podríamos reanudar nuestra historia o que me acostaría con él me resultaba increíble. ¿Yo había sido así de manipulable? Fuera como fuese, aquellos días habían terminado.

- Antes de pasar por la oficina, mejor acércate a tu casa a darte una ducha, estás sudando como un pollo - le dije con mi sonrisa anodina marca de la casa.

- Y espero que no te encuentres una sorpresa desagradable cuando abras la puerta.

Noté en su mirada una chispa de temor. Aceleró y bajó las escaleras de dos en dos.

Evidentemente, no tengo ninguna información sobre si su pareja le es fiel o no, pero me resultó sumamente agradable meterle un poquito de miedo en el cuerpo. Cerré la puerta, me senté en mi sitio y seguí con mi vida.